

Debates

ciudad / educación
memoria / izquierda
liberalismo

Eric Hobsbawm Thomas Bernhard



PUNTO
DE
VISTA

63 Revista de
crítica
SS
Abril 1999

Silvestri • Gorelik • Sarlo • Dalmaroni y
Merbilhaá • Richard • Monjeau • Altamirano
Leiras • Myers Ilustra: Jorge Boccardo



Las ilustraciones de este número son obras de Jorge Boccardo (Buenos Aires, 1957).

63

Revista de cultura
Año XXII • Número 63
Buenos Aires, Abril de 1999

Sumario

- 1 Graciela Silvestri, *La ciudad de los arquitectos*
- 10 Adrián Gorelik, *Observaciones sobre la sociedad civil y el Estado en la Argentina*
- 17 Beatriz Sarlo, *Educación: el estado de las cosas*
- 22 Miguel Dalmaroni y Margarita Merbilhaá, *Memoria social e impunidad: los límites de la democracia*
- 26 Nelly Richard, *La cita de la violencia: convulsiones del sentido y rutinas oficiales*
- 34 Federico Monjeau, *Thomas Bernhard: música y metáfora*
- 37 Carlos Altamirano, *Lecciones de un historiador socialista*
- 40 Marcelo Leiras, *Hechos y nombres de la izquierda*
- 43 Jorge Myers, *Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina*

Consejo de dirección:

Carlos Altamirano
José Aricó (1931-1991)
Adrián Gorelik
María Teresa Gramuglio
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Consejo asesor:

Raúl Beceyro
Jorge Dotti
Rafael Filippelli
Federico Monjeau
Oscar Terán

Directora:

Beatriz Sarlo

Diseño:

Estudio Vesc y Josefina Darriba

Suscripciones

Exterior:

50 US\$ (seis números)

Argentina:

24 \$ (tres números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 4381-7229

Composición, armado e impresión:

Nuevo Offset, Viel 1444,
Buenos Aires.

DE VISTA
PUNTO

La ciudad de los arquitectos

Graciela Silvestri



La ciudad

En los últimos diez años se consolidó un triple vínculo que define hoy las formas de producción física de la ciudad, con características que alteran totalmente las modalidades tradicionales: el que articula grandes capitales privados, instituciones de gobierno de la ciudad e instituciones específicas del campo profesional de las disciplinas orientadas a la transformación urbana, en particular de la arquitectura. Se parte aquí de la hipótesis de que esta alianza nunca fue más estrecha, y posee formas específicas y novedosas de funcionamiento.

Esta transformación se encuentra directamente relacionada con el auge de la construcción en Buenos Aires. La estabilidad económica y las condiciones más que generosas con que el gobierno de la ciudad recibe cualquier iniciativa privada, en la misma línea que sus antecesores inauguraron, ha motivado una reactivación que supera ampliamente las inversiones en la década de 1980 (el punto más bajo en las inversiones de la última mitad de siglo), acercándose a la potencia de los años sesenta. Pero por supuesto, hoy no estamos hablando ya de inversiones del estado. Según los datos del diagnóstico preparados por el equipo

del Plan Urbano Ambiental (octubre 1998), la inversión pública en infraestructura urbana ha disminuido un 100% en los últimos diez años —lo que resulta obviamente insuficiente para cubrir la amortización anual promedio del capital fijo.¹ La inversión inmobiliaria privada, en cambio, ha superado los niveles tradicionales de construcción en la ciudad.

¿Es necesario redundar sobre las implicancias de esta situación, después de los desastres del reciente verano? Si el tema pluvial ya había sido reconocido como grave, y los límites de funcionamiento del viejo sistema cloacal pudieron ser encarados circunstancialmente, la peor crisis en la historia local de los servicios eléctricos, desde que la CATE se instaló a principios de siglo, no había sido siquiera prevista. ¿No se conocían, puede uno preguntarse, las denuncias acerca del estado de los servicios efectuadas ante el ente regulador en marzo de 1998? Quienes caminaron en febrero por las calles de ese sur oscuro vieron otra ciudad: la degradación y la pobreza se hicieron más evidentes a la luz de las fogatas que los vecinos iniciaban como impotente protesta. Los restos urbanos que aparecen en las películas de ciencia ficción desde los años ochenta, en el estilo de *Blade Runner*, podrían confundirse con los barrios del suroeste en febrero.

1. Cf. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, *Plan Urbano Ambiental de la Ciudad de Buenos Aires. Elementos de Diagnóstico*, 1998.

La división socioespacial en Buenos Aires nunca fue más evidente que entonces, y la constatación cotidiana aparece corroborada por las evaluaciones estadísticas. Si comparamos los datos de niveles de sociohabitabilidad, educación, origen de la población, y características de la vivienda —traducidos aquí en esquemas espaciales—, se obtiene un plano en el que aparece claramente delimitada la riqueza del norte y la pobreza del sur-suroeste, incluyendo gran parte del centro histórico de la ciudad, con islas cada vez más estrechas de capas medias. La segregación, cabe agregar, nunca fue más clara en la historia.

Superpongamos a estos planos de diagnóstico el esquema de inversiones privadas y públicas en la ciudad en los últimos diez años: los lugares más promisorios son el objeto de las inversiones tanto privadas como públicas. ¿Alguien puede confiar, en este marco, en la oficina de planeamiento urbano cuando expone una multitud de proyectos para las zonas más degradadas, en Lugano o en Barracas, cuando ellos no sólo aparecen indefinidos en las ideas sino huérfanos de cualquier instrumento específico de intervención —como no sea la aleatoriedad de que algún Soros se interese? Sobre este fondo de problemas no

resueltos, sin caminos aparentes para la resolución, se erigen torres cerradas, centros comerciales, grandes proyectos que implican vastas zonas de la capital, hoteles cinco estrellas, estadios, y como broche de oro, la famosa aeroisla. ¿Es que Buenos Aires es una ciudad tan pobre que sólo puede depender de la voluntad de grandes capitales internacionales? Por el contrario, es una ciudad rica, al menos comparativamente con cualquier otra ciudad de la Argentina y con muchas de Latinoamérica; concentra, dentro de las fronteras de su autonomía, alrededor del 25% del PBI nacional, en contraste con la residencia de sólo el 10% de la población total del país, de la cual un importante segmento posee el mayor poder adquisitivo.

No se trata de pobreza en el municipio; se trata de la ausencia de cualquier proyecto de reforma, en el sentido social y físico, del espacio urbano, de la entrega incondicional a las pautas del mercado. Sin proyecto, la ciudad crece y se expande, en un sentido siempre opuesto a la aún proclamada retórica política de igualación social. Estas transformaciones tan publicitadas como ausentes de proyecto afectan a la forma de la ciudad de manera tan definida que, por primera vez desde los años treinta, estamos en los umbrales de otra Buenos Aires. ¿Cómo se decide este carácter futuro, si es que alguien lo piensa? ¿Quiénes son los actores reales de esta transformación? Durante mucho tiempo la ciudad estuvo en manos del gobierno nacional, y la oposición política, con justeza, señaló su responsabilidad en los problemas que aquejaban a Buenos Aires. ¿Qué ha hecho hoy la oposición convertida en gobierno de la ciudad para transformar esta situación?

El papel de la arquitectura

En este espacio de conflicto y múltiples solicitaciones que es la ciudad, y en una época en que el funcionamiento básico del habitar se ha puesto en crisis, centrarse en la arquitectura puede parecer, en principio, superfluo. Sin embargo no lo es, por diversas razones. En principio, porque en los gran-



Arriba: habitantes con estudios primarios; abajo: habitantes con estudios universitarios (Fuente: Plan urbano Ambiental). Los esquemas socioespaciales de educación como los de ingresos, vivienda, etc., coinciden todos en mostrar una segregación cristalizada.

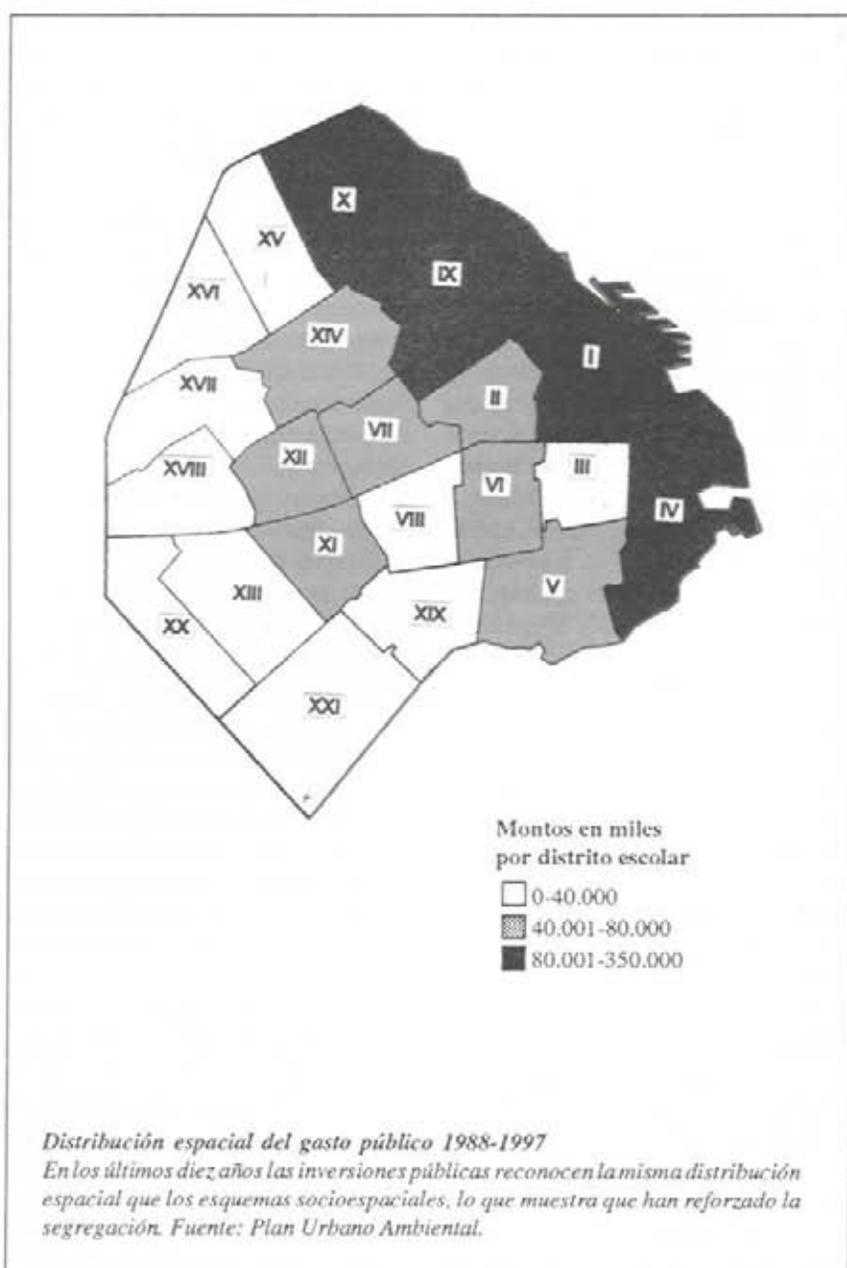
des emprendimientos a los que hemos hecho alusión, la arquitectura (en sentido amplio de construcción visible y significativa de la ciudad) sintetiza las distintas cuestiones urbanas, en la medida en que éstas constituyen el material de su forma: por añadidura, la arquitectura posee una dimensión simbólica en la que no sólo puede leerse una interpretación del presente y del pasado, sino también un proyecto futuro. En segundo lugar, ella se ha convertido, internacionalmente, en una pieza clave para promover una ciudad, más allá de sus funciones concretas en la producción económica o el uso social. Hoy, la arquitectura ha vuelto a adueñarse del papel que le otorgaba Dinócrates, el arquitecto de Alejandro: la del manifiesto más completo de celebración del poder. Como puede verse en el ejemplo del Museo Guggenheim de Bilbao, o en las intervenciones de gran escala de París o de Berlín, la arquitectura es monumento, es espectáculo, es publicidad, y contribuye decididamente a la colocación de la ciudad en el concierto nacional e internacional, económico y cultural. En esto, su papel ha cambiado con respecto a la efímera voluntad modernista, que en sus vertientes más radicales intentaba recusar ese carácter clásico de representación, presentándose como construcción al servicio de las necesidades sociales más acuciantes. Por último, estos grandes proyectos, que trastocan la forma visible de la ciudad —pero que también alteran el tejido social, los flujos circulatorios o el espacio público—, implican en este momento una forma de producción novedosa en nuestro país, que ha alterado sustancialmente no sólo las maneras de hacer arquitectura sino también la de hacer negocios y, sin duda, las formas de gobernar la ciudad.

Los sucesivos gobiernos de Buenos Aires en el período democrático han sido especialmente sensibles al nuevo valor otorgado a los grandes proyectos de arquitectura. Por cierto, ya habían cambiado los parámetros tradicionales de la planificación, que tendía a disolver en la cantidad y la eficacia el valor de la arquitectura de la ciudad. Madrid y Barcelona, que implementaron las nuevas orientaciones

urbanísticas en su propia transición democrática, fueron convocadas oportunamente como modelo. Pero en estos casos europeos, si bien se introducían aspectos de adecuación al nuevo orden económico mundial —como las empresas de capitales mixtos públicos y privados—, las grandes intervenciones impulsadas por el estado tendían a cualificar espacios degradados de la ciudad; por otro lado, la mayor flexibilidad de los planes no implicaba que no se asumieran estrategias globales en lo referente a los problemas clásicos de infraestructura, medio ambiente o vivienda.

En un ciclo de apenas quince años,

de aquellas ideas sólo quedó el valor publicitario de la arquitectura y la venta de terrenos al mejor postor. La Secretaría de Planeamiento del actual gobierno de la Ciudad no ha permanecido inactiva en lo que se refiere a colocar en los medios de difusión una multitud de proyectos inconexos, que van desde ambiciosas transformaciones de la costa, reactivación de arterias centrales, proyectos para vastos fragmentos urbanos y promesas para el sur. Varios de ellos parecen responder a la expectativa de igualación social que aún la mayor parte de la población de Buenos Aires hace suya. Pero en realidad, la Secretaría podría en estos ca-



4
sos recurrir a los expedientes de Potemkin sin grandes gastos; su voluntad social es pura retórica.

Revisemos las propuestas para las áreas degradadas. La "recuperación" de Lugano y Soldati pasa por la concesión del viejo parque de diversiones y (sic) "23 viviendas del plan arraigo"; la rehabilitación de los terrenos vacantes del Wames, por la construcción de un megamercado cuya contribución al espacio público consistirá en un infinito paredón; la de la Boca, por la propuesta de un paseo asomándose a las aguas negras del nunca saneado Riachuelo. Otros proyectos aparecen con cierta voluntad sistemática, pero ésta es inmediatamente contrariada en los hechos: el plan de mejoramiento de los espacios verdes, por ejemplo, se tradujo en las rejas y en los pesebres de fin de año. Escándalos nunca faltan, para seguir con una tradición argentina: baste nombrar la reciente venta de la Rural, y la posterior posibilidad de aumento de metros construidos sin cambiar el destino fijado por el Código; o la venta de medianoche de los terrenos de Tandano. En cuanto a las responsabilidades de la Nación —el proyecto de aeroisla, que continúa revitalizado; las transformaciones del puerto nuevo, cuyo impacto ambiental aún está por evaluarse, o las promesas incumplidas de saneamiento del Riachuelo—, no originan ningún conflicto entre el gobierno dirigido por la oposición y el gobierno nacional. De la Rúa y Menem parecen estar muy satisfechos de sus mutuos desempeños.

Hace unas décadas, esta situación hubiera originado serias protestas en las entidades profesionales, y conflictos entre las distintas lógicas del poder político y de las disciplinas técnicas. Recordemos, por ejemplo, la oposición clara de la Sociedad Central de Arquitectos al proyecto de autopistas de Cacciatore en plena dictadura militar. Es que la arquitectura en la Argentina se conformó como campo intelectual específico, con aptitud para actuar sobre la ciudad, en las luchas por imponer un modernismo que, desde la posguerra, fue canonizado como democrático y progresista. Así, la lógica técnica, aun con todas sus con-

tradiciones, llevaba a denunciar frecuentemente las acciones inequitativas en la ciudad. Pero, ¿cómo hoy las instituciones de este campo profesional van a denunciar nada si el *establishment* de la arquitectura se encuentra directamente implicado en las propuestas actuales? Basta revisar los integrantes de la Secretaría de Planeamiento Urbano y Medio Ambiente: de 42 personas en cargos de importancia directiva y técnica, 28 son arquitectos, y sólo un puñado de ellos poseen formación urbanística, ya sea académica o de oficio. ¿Cómo se plasma la voluntad "transdisciplinaria" del propio plan? Por otro lado, muchos de los emprendimientos se proponen conjuntamente con la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y con la Sociedad Central de Arquitectos. ¿Quién va a protestar? Por fuera de los mecanismos oficiales, los estudios grandes nunca tuvieron un peso similar en la ciudad. En un somero análisis de la profesión, publicado en 1997, se nos informa que existe en la ciudad un arquitecto por cada 170 habitantes (sí, no hay error de imprenta) y que cerca del 70% trabaja en la profesión. Por cierto, a esta situación se agrega un porcentaje altísimo de trabajo en condiciones precarias y temporales, en los staffs de los diversos estudios o en trabajos *free lance*; un porcentaje mínimo posee su propio estudio (6.7%).² Dentro de ese concentrado, sólo alrededor de quince estudios en Buenos Aires están en condiciones de competencia para obtener obras de envergadura. Algunos poseen una trayectoria destacable, todos poseen contactos de primera. Para ellos, como para los funcionarios actuales, la voluntad fáustica de la arquitectura moderna parece haberse cumplido, excluyendo casi totalmente las preocupaciones por la equidad social en favor de un "realismo" *ad hoc*.

Analicemos tres ejemplos recientes para identificar el impacto de las nuevas formas de producción en la arquitectura urbana: una operación mixta, como la del sector Este de Puerto Madero, la última etapa del plan de la Corporación; una operación privada, pero festejada por el gobierno porteño como si fuera suya: el Abasto; los ava-

tares de los últimos grandes concursos de ideas para la ciudad, en particular de Retiro, formulados en el marco de propuestas generales sobre los espacios vacantes o sobre la costa. Los tres ejemplos son paradigmáticos: el primero concierne a una operación impulsada desde el estado, la primera de las grandes realizaciones en Buenos Aires que formuló un modelo de gestión en el que se articulaban distintas reparticiones y jurisdicciones estatales y en el que se proponía la participación activa del capital privado; el segundo constituye una operación privada en manos de IRSA (Soros), con el particular carácter de situarse en una zona degradada; en tercer lugar, el concurso de Retiro remite directamente a la transformación de las modalidades proyectuales y productivas de la disciplina arquitectónica en su operar sobre la ciudad.

Los diques al este en la operación de Puerto Madero. Pocas operaciones tuvieron tanto éxito como la de Puerto Madero. Ella constituye el caso modelo para actuar sobre la ciudad, consolidado durante la intendencia de Grosso. Los cambios acaecidos en la ciudad desde principios de 1990 hasta hoy son palpables sobre todo en la segunda parte de la operación: la adjudicación de los terrenos al este de los diques.

La primera parte del proyecto tuvo un largo parto, e ilustra sobre diferencias esenciales con las acciones actuales. Debemos buscar en las *Veinte Ideas para Buenos Aires* el inicio público de una actitud contestataria contra el autoritarismo de la planificación que antes comentamos, en favor de una mayor participación ciudadana y de un acercamiento cualitativo a los núcleos problemáticos de la ciudad. Algunas de las *Veinte Ideas*, que cubrían todo el territorio de Buenos Aires, se referían a la costa del puerto. Ya hemos comentado en otro artículo la sensibilidad del proyecto de Tony Díaz y aso-

2. E. Bekinchstein y A. Aldasoro, *Arquitectura: la crisis de un proyecto. Formación y realidad profesional*. CBC/SICYT. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Buenos Aires, 1997.

ciados para esta área industrial abandonada: una lección vigente de las posibilidades de leer la historia, la topografía, y las necesidades inmediatas, afirmando simultáneamente una innovación formal particular.³ Esta perspectiva no predominó, pero aun así, las bases del concurso resultaban claras con respecto al carácter buscado en el área.

En efecto, el programa remarcaba dos cuestiones: la afirmación de una identidad para el área, que se presumía parte de la identidad urbana en general, y la reactivación del centro, que ya se diagnosticaba en plena decadencia. Se esperaba que la rehabilitación del viejo puerto en posición central redundara en la mejora cualitativa tanto del norte como del sur. También se acentuaba la proporción de espacios públicos con respecto a un proyecto anterior, matriz del actual, de los asesores españoles. Los equipos ganadores de los tres primeros premios se abocaron luego a la especificación del *master plan*; a ello sucedió la primera etapa de remodelación de los viejos almacenes. Por entonces, el peso de la historia, para bien y para mal, era fuerte: aquí actuó como contrabalanceo de acciones salvajes. No así en los diques al este, que también forman parte del plan maestro. Esto se debe a diversas coyunturas: en primer lugar, el área en su conjunto continúa separada de la ciudad; si algo no sucedió con esta intervención, es la integración del "nuevo barrio" *gentrificado* al tejido urbano y su posible impacto en la recualificación del centro (mucho menos del sur). Obstáculos que no se habían tenido en cuenta (la autopista metropolitana; la ausencia de inversiones en infraestructura; la displicencia en el tratamiento proyectual de las barreras urbanas) contribuyeron a que el barrio del puerto siga siendo una isla atractiva para los turistas y un patio de comidas para sectores de altos recursos que desplazó a la Recoleta, sin incidencia en la ciudad real. El sector este de los diques es aún poco visible, y no se espera de esta área ninguna incidencia activa en el resto del espacio urbano.

Pero también existe un factor ideológico que bloqueó la posibilidad de

un proyecto coherente en los diques del este: ciertas convicciones compartidas por especialistas y ciudadanos se adelgazaron en lugares comunes, permitiendo el avance de una acción sujeta exclusivamente a las reglas económicas. A la actitud conservacionista elemental que teñía hace diez años la disciplina arquitectónica, casi como último baluarte cualitativo, sucedió una modernidad salvaje, apoyada en los tópicos del "fragmento", el "caos" o la "globalización".

Aquel plan maestro de Puerto Madero constituía, al menos, un proyecto definido a principios de la década; y esto no oculta que el gobierno municipal de entonces, delegado del nacional, haya inaugurado modalidades de corrupción nunca vistas. Veamos en cambio las intervenciones en los diques al este que se pusieron a punto, después de un breve letargo de la Corporación, a partir de 1996. La licitación del dique cuatro fue comidilla en los círculos arquitectónicos: en potencia, se trataba de una licitación de proyecto y precio; en realidad, se trataba de ver quién ofrecía más; ganaron quienes ofrecieron por las tierras un precio tan espectacular que se los premió con la ampliación del predio. No necesito redundar sobre los proyectos, ya que todos los que se presentaron, estudios grandes locales asociados entre sí y con empresas norteamericanas, no parecen, ellos mismos, demasiado satisfechos. Los "pesos pesados de la arquitectura sumados a poderosos inversores nacionales y extranjeros", según descripción apologetica del diario *Clarín* en marzo del 97, tuvieron un desempeño más que convencional. Desde entonces no sólo se sumaron más propuestas de poco relieve, sino que, inadvertidamente, se demolieron los silos de Bunge y Born, supuestamente protegidos en el plan. Ningún arquitecto medianamente culto ignora que estos silos, más allá de su calidad intrínseca, constituyeron un paradigma para la arquitectura moderna internacional, publicitados por Gropius y Le Corbusier. No se trataba sólo de un patrimonio local.

¿Qué características de paisaje urbano va a conformar esta suma de intervenciones apenas controlada, que

suma sin conexión la ópera de Sidney en miniatura, lavadas oficinas a la americana, y hoteles de cadenas internacionales que sin esfuerzo podrán superar en fealdad al Sheraton? Las bases del concurso y los proyectos del 91 también eran convencionales, pero poseían una definición con respecto al carácter del sitio que, sin grandes innovaciones, prometía cumplir con algunos items que ya pertenecían al sentido común ciudadano. Los diques al Este no quiebran ningún sentido común —instalan lo peor de la vasta y rica cultura norteamericana— y no logran, en conjunto, convertirse en un proyecto identificable. A la Corporación Puerto Madero sólo le interesó en este caso los réditos de la venta; y no precisamente porque los fuera a invertir, como todos los habitantes de la ciudad sabemos, en las zonas más desprotegidas o en la infraestructura de la ciudad. La experiencia de Puerto Madero deja, además, un sabor amargo a quienes defendieron la modernización de los criterios tradicionales de planificación en Argentina, viendo cómo la flexibilidad y apertura que se publicitaban en los inicios de la democracia se convirtieron en sujeción a las reglas de juego del capital privado.

El Abasto. Las primeras propuestas para cualificar un barrio degradado pero central en la ciudad a través de la recuperación del magnífico edificio construido en 1927-30 por Del Pini, Sulcic y Bes datan de fines de 1970. Fueron proyectadas por un equipo liderado por Marcos Winograd, de fuerte inspiración social, y se movían en un plano experimental, ya que las condiciones políticas y económicas impedían su concreción; se trataba, como en tantos casos de la época, de llevar adelante un manifiesto en una zona ejemplar de la ciudad, que pudiera ser aprovechado por diversas organizaciones vecinales, cooperativas, y grupos alternativos de trabajo urbano. Por entonces, nuevos temas tales como la preservación edilicia o la participación

3. Cf. A. Gorelik y G. Silvestri, "Requiem para el puerto", *Punto de Vista*, n° 39, diciembre 1990.

barrial comenzaban a corroer el corpus de la planificación modernista, preparando el campo para los grandes cambios del ochenta. En los grupos críticos del autoritarismo planificador, acentuado por las circunstancias, estaba de moda el modelo de intervención del municipio eurocomunista de Bologna: la rehabilitación de los centros históricos sin la expulsión de los sectores de menores recursos. El Abasto resultaba ideal para proponer un proyecto en esta dirección; la remodelación del viejo mercado desplazaba en la propuesta las funciones productivas hacia las culturales y sociales —un ejemplo del cambio de sensibilidad en el campo progresista.

6

Cuando en 1983, la inauguración del nuevo Mercado Central era inminente, se presentaron otros proyectos que ya incluían el tema del centro comercial. Con nuevas normas para el área, en 1984, el Hogar Obrero se hizo cargo del edificio; de acuerdo con las nuevas orientaciones, las actividades participativas y culturales se condensaron y redujeron en la actividad *boom* del momento: el paseo de compras. La reconstrucción se inició, pero el Hogar Obrero quebró al poco tiempo. Con intenciones similares a las del Abasto, la cooperativa había alcanzado a remodelar para este fin el viejo mercado Spinetto, que puede dar hoy una idea de esta mezcla tímida entre preservación de las fachadas y pastiche del espacio interior, y de su limitado eco en la cualificación de un barrio que necesitaba algo más que un bonito centro de compras para levantarse. Por entonces, el estudio de López y asociados, pionero en la introducción de nuevas modalidades en la arquitectura para el comercio, había logrado una fórmula exitosa tanto en la gestión del encargo como en la imagen presentada (“a elección del cliente”). Apoyándose en el quiebre, dentro de la disciplina arquitectónica, de los principios de austeridad formal de cuño europeo, Juan Carlos López y su grupo no temían ni palmeras de plástico ni dorados a la hoja; el gusto kitsch-norteamericano, siempre conjurado, penetraba definitivamente en la disciplina. El impacto social de los *shoppings* de López fue objeto asiduo

de reflexión sociológica, arquitectónica y periodística; y en efecto el estudio llevó a la práctica el desplazamiento que actualmente es moneda corriente en los argumentos populistas: el que partiendo del “pueblo” o —según fuera el grupo político— la “clase obrera”, se focalizó en los setenta en el “vecino” aunando todas las fracciones políticas, y desde fines de los ochenta en el público consumidor, alias, “la gente”, representada por el cliente, a su vez condensado en el agente inmobiliario. López comprendió bien el cambio, al afinar su éxito en las imágenes establecidas en la media cultural de Buenos Aires.

Pero en estas obras mencionadas estamos aún bajo los efectos de la hiperinflación. Más allá de los problemas particulares de la vieja cooperativa socialista, una empresa de transformación en gran escala como la imaginada para el Abasto no podía ser enfrentada sino por consorcios poderosos. Resulta evidente el contraste de estos antecedentes con la operación actual, que introduce varias novedades con respecto a los proyectos anteriores y también con respecto a las perspectivas más acotadas de los primeros centros comerciales. La primera: la concentración de capitales internacionales (IRSA-Soros), grandes empresas de diseño norteamericanas (Thompson y Asociados) y un mix de grandes estudios argentinos, que además de “traducir” el proyecto norteamericano a las condiciones locales, se ocuparon de la remodelación de dos manzanas vecinas al mercado. En una de ellas, el estudio Solsona proyectó tres torres sobre un manto verde convenientemente cercado; en otra, Pfeifer y Zurdo instalaron un supermercado COTO, al que sumaron, sobre la plataforma, dos torres que poseerán una sin duda interesante vista sobre los techos. Con el mismo sistema de producción de arquitectura, las diferencias de calidad proyectual en ambos casos son notables.

Las tres torres de Solsona mantienen una coherencia que el estudio se encarga de justificar ideológicamente, defendiendo la concentración masiva en la ciudad —en contra del chalecito suburbano hoy tan en boga— y la con-

secuente liberación del suelo, articulación característica de la arquitectura de vanguardia. Pero la lógica inmobiliaria implica aspectos que la voluntad de un estudio no puede soslayar: por ejemplo, la privatización absoluta del espacio liberado, con convenientes rejas y casillas de seguridad. Desde el punto de vista comercial, las torres tuvieron un éxito de venta instantáneo apoyado en facilidades a largo plazo dirigidas a una clase media con ciertas posibilidades de ahorro. Para entonces, la capacidad de venta de las torres de lujo había llegado a su límite: desde entonces, la apuesta por esta tipología se generalizó en barrios tan disímiles, y no precisamente coquetos, como San Cristóbal, Villa Crespo o Almagro. No es necesario insistir sobre los aspectos que hacen a estos emprendimientos tan apetecibles: la seguridad y la “filosofía” verde.

El caso de COTO, realizado por una desprendimiento del estudio de López (el mismo que realizó el aspecto arquitectónico del tren de la costa), está más en consonancia con los emprendimientos medios en esta ciudad: carece de cualquier valor arquitectónico, de cualquier conexión con el espacio público urbano, y difícilmente pueda sacarse de él alguna idea para comentar. COTO, como se sabe, es la cadena menos indicada para favorecer un mejoramiento de las cualidades urbanas del barrio, y los proyectistas, formados en la escuela de “lo que el cliente quiere”, no ofrecen ninguna resistencia.

Pero es el mismo centro comercial Abasto, ya inaugurado, el que nos permite reflexionar sobre cuál será la *media* de una arquitectura producida según el sistema “mandamos planos tipo y ustedes los traducen”. Por suerte el edificio había sido declarado de valor patrimonial, por lo que la estructura misma no pudo tocarse. Pero la calidad del espacio que otorgaban las bóvedas, el *leit-motiv* del edificio, es sistemáticamente negada en el proyecto actual. No es difícil comprender, aun para un lego, que se necesita cierta dimensión y cierta proporción para admirar tan voluminosa cubierta; puede usted imaginarse el Panteón dividido en varios pisos y logrará, si no conoce

aún el Abasto, hacerse una idea de la obra. Hacia la calle, la fachada mantiene su dignidad gracias al único control que el poder público ejerció sobre esta operación (la inclusión del edificio en la lista de monumentos locales) pero puede observarse, nada más, la permanencia del resto de las fachadas laterales, pertenecientes a otra época del mercado, a escasos metros de un fondo monumental: para lograr un efecto tal, que no hubiera sido aprobado en un proyecto de alumnos de la facultad, hubiera sido mejor demolerlas.

Si revisamos la recepción de esta operación en los medios periodísticos, veremos que, mientras abundan las celebraciones, las críticas parten sólo de aquellos especialistas que ocupan un lugar marginal en la disciplina, en especial de los historiadores. Como voz aislada, el urbanista David Kullock fue el primero en denunciar en una enumeración sistemática, mucho antes de que la obra estuviera terminada, los problemas urbanos que acarrearía tamaña operación, para advertir el tipo de estudios y controles que competía al poder municipal: problemas de congestión en el tránsito, rendimiento de la infraestructura en el área, impacto sobre el comercio minorista, expulsión de la población de bajos recursos. Destacó además la ausencia de mecanismos por los cuales la revalorización de los inmuebles del entorno podía ser aprovechada por el gobierno de la ciudad para recuperar parte de dichos valores y poder aplicarlos a mejoras urbanas. Fue el único urbanista reconocido que tuvo un espacio de crítica al emprendimiento.

El gobierno de la ciudad no controla nada, no pide nada y da las gracias: el Abasto le permite afirmar que el proyecto de revitalización de la calle Corrientes está en marcha. Más allá de propuestas de mobiliario urbano en la zona central, que probablemente nunca serán realizadas, Abasto y Warnes, cuyas lógicas son totalmente privadas y su solución altamente discutible, se asumen como parte del proyecto.

Un resumen de los temas que implica el Abasto. En el área de impacto directo del nuevo *shopping*, la pobla-

ción "típica" que en los primeros proyectos se intentaba incentivar para la participación, salvar asistencialmente o cooperativamente, fue expulsada. Los terrenos se valorizaron espectacularmente en poco tiempo, pero la ciudad nada obtuvo de esta valorización. Los nuevos modelos de producción de la arquitectura, por último, no aportan al mejoramiento de la calidad urbana; por el contrario, proyectos como el de las torres que podrían constituir un ensayo de alternativas para la revalorización del espacio público en un área donde prácticamente no existen espacios verdes, deben cerrarse sobre sí mismos y obedecer a las rígidas reglas de lo que se vende y no se vende. El principal responsable de esta situación no es IRSA, ni Soros, ni los estudios de arquitectura, sino el gobierno de la ciudad, y más precisamente la oficina de planeamiento, plagada de arquitectos, como vimos, que ni ha estudiado el impacto ambiental, ni ha protegido a los sectores expulsados de menores recursos, ni ha incidido mínimamente, como no sea en la permisividad total, en el collage extraño que representa toda la operación.

Los concursos. Los concursos de ideas, una instancia en la que supuestamente las propuestas arquitectónicas pueden manifestarse en plena autonomía de recursos, completan este panorama rápido de la arquitectura de la ciudad. Se trata de una cuestión clave en la conformación del campo arquitectónico de los años sesenta-setenta, cuando la movilidad social y la transformación del ideario dentro de la disciplina se producía, precisamente, a través de la multiplicidad de concursos públicos, transparentes en su mecanismo y abiertos a nuevas propuestas. Por supuesto que el sistema de concurso de proyecto en las obras públicas poseía diversos aspectos problemáticos (el costo, la irresponsabilidad con respecto a la posibilidad y economía de la construcción, la ausencia de opiniones no arquitectónicas). Pero es innegable la movilización cultural que ellos producían. Ganaban frecuentemente estudios muy jóvenes, a veces sin ninguna experiencia, que imponían nuevas tendencias: desde la Biblioteca Na-

cional hasta el Auditorio Buenos Aires, desde el edificio de la UIA hasta Aerolíneas Argentinas, la innovación era la norma.

Por cierto, el tema de los concursos atendía entonces sólo casos particulares de alto valor simbólico. La izquierda de la matrícula los criticaba, entregada a la sociología y a la planificación. A la distancia de treinta años, podemos evaluar tanto las justezas de esta crítica (los grandes estudios actuales son hijos de esta modalidad efectista) como sus límites al no reconocer su importancia cultural en la ciudad. Hacia los setenta, una alianza entre las perspectivas sociales del progresismo y la modalidad de concursos redundó en las experiencias de los grandes conjuntos de vivienda, que condensaban todo lo malo y todo lo bueno de este período: la irresponsabilidad del gesto "de artista" y las preocupaciones por las necesidades básicas de la población.

¿En qué consiste la novedad de los concursos actuales? No, precisamente, en que hallemos soluciones impen-sadas en los premios. Aunque muchos concursos continúan con la modalidad tradicional (un edificio, un comitente preciso, un programa lógico y delimitado que implica que, en poco tiempo, un estudio de arquitectura lo puede resolver), la novedad consiste en las dimensiones y envergadura de algunos de ellos, que proponen la resolución de fragmentos clave de la ciudad. Aunque en algunos casos participan urbanistas en el equipo de proyecto, la mayor parte de estas propuestas son resueltas dentro de la lógica exclusiva de la arquitectura.

Detengámonos en un concurso reciente: Retiro. Justo Solsona publicó recientemente en la revista de la Sociedad Central de Arquitectos una breve crítica sobre este concurso, en el que apuntaba con claridad sus problemas: los arquitectos fueron convocados para urbanizar, resolver problemas vehiculares en relación con la ciudad existente y dentro del conjunto, legislar sobre códigos de uso y volúmenes construidos, que se acercan al millón de metros cuadrados, realizar propuestas de normas patrimoniales, en etapas imprecisas en el tiempo y sin co-

nocimiento de la capacidad real de realización. "Lograremos sin duda, los arquitectos —afirma irónicamente— una solución sin necesidad de especialistas, ni conociendo profundidades de caños, niveles de subtes, estudios de tránsito, medición de flujos vehiculares, capacidades para racionalizar líneas de colectivos y sin saber si existe alguna capacidad político administrativa para tomar decisiones. No desesperar. Lograremos casi sin datos la solución ideal."⁴

¿Cómo se llegó al concurso de Retiro? La propuesta de reestructurar 100 hectáreas de la ciudad nació en los ochenta como iniciativa de Ferrocarriles Argentinos, que intentó vender toda la franja de Avenida Libertador. La reestructuración ferroviaria liberaría las tierras, financiando el costo de la reforma. Una consultora internacional, asociada con el estudio de arquitectura Hampton y Rivoira, planteó las bases generales de la operación: el proyecto fue calificado como la inmobiliaria de Menem (se loteaba toda el área), mientras a la oposición no se le ocurría otra cosa que "hacer un parque". Existían problemas más graves: la renovación de la concentración cualitativa en el norte de la ciudad, el impacto no medido en el mercado inmobiliario, la articulación con el resto de la ciudad ante la inexistencia de un plan estratégico. Se sumaban a estas cuestiones graves problemas sociales, de casi imposible solución equitativa, como la erradicación de la villa a cuyos habitantes se les había otorgado la posesión de las tierras durante la intendencia de Grosso. Las luchas de los habitantes de la villa tal vez se recuerden; menos se recordará que la propia Sociedad Central de Arquitectos se manifestó en principio en contra del proyecto Retiro... hasta que se le dio la posibilidad de organizar el concurso, sin cambios esenciales en la orientación. El gobierno encontró un medio más que eficaz para evitar cualquier crítica; como afirma el liquidador de Ferrocarriles Argentinos y presidente de FEMESA, "la propuesta del concurso nos pareció la mejor manera de despolitizar el tema y de permitirle a la sociedad, a través de los profesionales arquitectos y urba-

nistas (sic), concretar su opinión respecto al tema".⁵ Por qué razón los arquitectos son tratados como la voz de la sociedad, cuando el proyecto cuestionado estaba propuesto por un equipo en el que participaban activamente arquitectos, se ignora. Para 1996, cuando se abre el concurso, las bases presentadas fueron preparadas y asesoradas por seis arquitectos, un ingeniero y un abogado; el jurado estuvo integrado por cinco arquitectos, el liquidador de ferrocarriles argentinos y el doctor de la Rúa. He aquí *la voz de la sociedad*.

El equipo del proyecto ganador en el concurso de ideas comprendió inmediatamente que no se trataba de un concurso de ideas, sino de responder en forma eficiente y lo más ordenada posible a los requerimientos de las nuevas condiciones económicas de la ciudad. Ningún proyecto presentado se hace cargo de los conflictos anteriores, y mucho menos de los eventuales problemas. Obedecen a las reglas instauradas.

El mismo equipo ganó el concurso de Ciudad Universitaria, con una fórmula similar que el jurado mismo, no demasiado entusiasmado con los proyectos presentados, juzgó como "correcta y eficaz". En este caso, el concurso se origina en un convenio entre la Facultad de Arquitectura y la Secretaría de Planeamiento de Buenos Aires, que lo presenta como parte de su proyecto de recuperación del río.

Si en este caso se trataba de un concurso a la vieja usanza, es decir transparente en la elección y relativamente abierto en la convocatoria, en otros casos la FADU llevó adelante convenios con el municipio local y con otros municipios del gran Buenos Aires, en los que la elección de los equipos proyectistas pasaba más bien por tramas internas que por una correcta evaluación de los antecedentes. Se trata, en realidad, de ofertas de "transferencia técnica" que le otorgan a la Facultad importantes ganancias; es dudoso que estos trabajos se encarguen a los equipos más competentes, a juzgar por las últimas compulsas. Es que la facultad se ha vuelto un excelente lugar para realizar todo tipo de negocios: la famosa autonomía aca-

démica ya resulta una entelequia en Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires.

Los tres ejemplos analizados cubren distintas franjas de problemas y distintas modalidades de producción de la ciudad. Sin embargo, en los tres casos el peso de la arquitectura profesional es decisivo, ya sea a través de una nutrida representación en la secretaría de planeamiento, a través de entidades profesionales o académicas, o a través de un puñado de estudios grandes que poseen contactos importantes con inversores de evergadura. Las instituciones comprometidas (la municipalidad, la universidad y la Sociedad Central) no trabajan en forma autónoma, sino que han establecido, en los últimos años, una alianza difícil de romper, ya que a las tres partes convienen las buenas relaciones, y no precisamente por el declamado interés en la ciudad. En cuanto a los estudios grandes, queda claro que para las dimensiones de los casos presentados, los pequeños estudios no están en situación de competencia. Y al capital, por definición, sólo le interesan las ganancias.

Por cierto, la participación de arquitectos en la forma urbana asegura, especialmente cuando se trata de concursos abiertos, un nivel de calidad que ninguna otra profesión está en grado de ofrecer. Más dudoso resulta, en cambio, que el arquitecto cuente entre sus competencias ordenar el tránsito o legislar sobre la ciudad. Muy riesgoso, por cierto, el hecho de que los procesos de concertación previos al momento del concurso o del otorgamiento de la obra propiamente dicho se reduzcan, y sólo en raras ocasiones, a audiencias públicas no vinculantes que no pasan de ser una catarsis colectiva.

La partición en comunas, si no existe un apoyo equitativo desde los organismos centrales, acentuará lo que hoy sucede: que sólo tendrán oportunidad de ser llevados a cabo los pro-

4. J. Solsona, "In memoriam: Retiro", *Revista de Arquitectura*, n° 188, marzo 1998.

5. M. Chandler, "Entrevista al doctor Matías L. Ocdóñez", *Revista de Arquitectura*, n° 184, enero-febrero 1997.

yectos situados en zonas ricas; que sólo allí existirá, al menos, un concurso previo que proponga ciertos límites a la acción del capital privado, u organizaciones de vecinos con fuerza para incidir en la calidad urbana de su lugar (no es lo mismo la presión de los Amigos de Palermo que la que puede llevar adelante un grupo de vecinos de Lugano); el resto se parecerá más bien al proyecto del Warnes con su largo paredón.

Cortadas ya las últimas amarras con la ideología del proyecto moderno, que, tal como se manifestó en la Argentina en las décadas que median entre el 50 y el 76, aparecía fuertemente cargado de deberes sociales y de aspiraciones de equidad del espacio, es difícil encontrar en los proyectos arquitectónicos de hoy propuestas que ejerzan una mínima crítica al *status quo*. La excusa para esta nueva actitud es que hoy el arquitecto se coloca en una posición más modesta, "no intenta cambiar al mundo". Bajo este paraguas, López justificaba sus shop-pings (¿por qué cambiar el gusto de la gente?). La "gente", sin embargo, está directamente representada por el agente inmobiliario o por el desarrollador, que inciden en muchos casos directamente en la calidad del proyecto. También esta actitud pragmática está en la base de la rápida aceptación del proyecto Retiro. Sin embargo, nunca como hoy el arquitecto poseyó más poder y logró operar sobre tales dimensiones, aceptando sin fisuras las reglas del juego.

No existe lugar en este concierto para la disensión, para la crítica o para la experimentación. Estas acciones sobre la ciudad son apoyadas plenamente por un aparato publicitario que se extiende no sólo por un puñado mínimo de revistas de la profesión, sino especialmente por los suplementos de arquitectura de los grandes diarios locales. Si algunas veces se alzan para objetar tal o cual aspecto negativo, éstas no sólo son aisladas y por lo tanto inconexas, sino que, como sabemos muchos por experiencia propia, se opera frecuentemente una censura sobre la libre opinión. La cantidad de arquitectos o urbanistas que no participa en esta *entente* teme manifestarse, cuando las pocas oportunidades de trabajo radican en integrar este concierto. Si agregamos que en el mundo académico, las cátedras principales de arquitectura no han tenido renovación desde el 85, y que el propio decano de la Facultad es miembro de uno de los estudios más exitosos, el círculo se cierra.

¿Redunda esto, ya que no en calidad de vida general, en el mejoramiento de la "ciudad visible", en la racionalización y mayor perfección de una construcción tradicionalmente mala después del cuarenta, o en nuevas propuestas en la forma estética? ¿Hallamos proyectos osados como el Guggenheim, refinados como el Museo Judío de Berlín, grandes reinterpretaciones de la tradición como en París? No: las mejores obras de arquitectura de los últimos diez años no pertene-

cen a la "movida cultural" de la Reina del Plata; existen, sin duda, obras interesantes por fuera de los ajetreos exitistas del "puerto maderismo", como ha señalado Pablo Beitía. En contraposición a Buenos Aires, vale la pena señalar el caso de Rosario, ya que se trata de intervenciones de escala urbana en una ciudad que, si bien más manejable, no puede decirse más rica; y que, sin duda, debe moverse también dentro del juego que las nuevas condiciones económicas exigen. Sin embargo, un proyecto coherente para la ciudad ha redundado en una alta calidad de los espacios públicos, como la plaza Santa Cruz de Gerardo Caballero y Ariel Giménez o el completamiento del conjunto cívico del Monumento a la Bandera, de Rubén Fernández y Silvia Rumieri.

La alianza sin fisuras entre el gran capital, las instituciones públicas y las corporaciones profesionales no es un destino ineluctable, salvo que se elija que sí lo sea, como sucede en Buenos Aires. Después de esta breve reseña de las condiciones en que se produce la arquitectura de la ciudad, la pregunta sobre la existencia de un proyecto, de una imagen o de un carácter para la tan cacareada ciudad del 2000 puede contestarse fácilmente. *La ciudad de los arquitectos*, como se nombró a Barcelona durante el ya mentado plan modernizador, se convierte en Buenos Aires en la ciudad de los *developers* a los que arquitectos y funcionarios seguirán sin resquicios.

La Ciudad Futura

Revista de cultura socialista

Bmé. Mitre 2094 - 1º p. (1039) Capital
Tel.: 4953-1581

ENTRE PASADOS (REVISTA DE HISTORIA

Año VIII - Número 15 - Fines de 1998

Conflicto social en la campaña bonaerense
Autobiografías de inmigrantes italianos
Trabajo y ciudadanía en Brasil
Dossier: el cine y la historia

Suscripciones: en Argentina, u\$s 24.- (dos números).
En el exterior, vía superficie, u\$s 30.- (dos números); vía aérea, u\$s 40.- (dos números).

Observaciones sobre la sociedad civil y el estado en la Argentina

Adrián Gorelik

10



¿De qué hablamos hoy en la Argentina cuando hablamos de la sociedad civil? El artículo de Mariano Narodowski que suscita estas líneas no desarrolla ese tema.¹ Su tema es el estado y, en todo caso, la sociedad política; el modo acritico en que ésta ha naturalizado la estatalidad de la educación en la Argentina y cómo eso le impide elaborar una propuesta de políticas educativas que se haga cargo de la actual crisis. En vez de ello, se ha habituado a repetir una y otra vez que "hacen falta políticas educativas de estado" como si en la propia consigna radicara la respuesta; sin advertir, señala Narodowski, que lo que ha so-

brado en la Argentina son políticas educativas de estado, por lo que formarían más parte del problema que de la solución. Es una posición provocativa si pensamos, por ejemplo, el grado de insustancialidad de la fundamentación del FREPASO cuando anunció que pondría en el centro de su programa de gobierno futuro a la educación (insustancialidad ratificada por el hecho de que es casi imposible acordarse de esos anuncios realizados en el momento álgido de la Carpa Blanca); también es provocativa en un sentido desarrollado por el artículo de Sarlo de este mismo número: la negación del conflicto que supone el actual

sentido común político acerca de que todos los temas críticos de la política argentina deben formar parte de políticas de estado consensuadas.

El artículo señala la no naturalidad de la estatalidad de la educación pública, contrastando el caso argentino con ejemplos en que público no es sinónimo de estatal (fundamentalmente el caso anglosajón), y muestra, frente al hábito de suponer que el modelo estatalizado ha estado funcionando a la perfección, la evidencia de la privatización que se ha venido consumando desde los años sesenta como producto de una suma de políticas públicas y de microdecisiones de la sociedad. Así, lo que existe actualmente es un híbrido público-privado que seguiría signado por la fuerte presencia de las políticas de estado (tanto porque es una política de estado la que lleva a la privatización, como porque los resortes de la educación pública seguirían en manos del estado nacional y provincial); y al no reconocerse lo específico de esta nueva situación, no se proponen políticas que se hagan cargo de las inequidades de todo tipo que produce el nuevo marco. De este modo, Narodowski parece alertar que con la educación pública se corre el mismo riesgo que con ENTEL: defender una estatalidad que no se haga cargo de su verdadero significado actual, de los desafíos que se enfrentan y de

1. "¿Hacen falta 'políticas educativas de Estado' en la Argentina?", *Punto de Vista*, N° 62, diciembre 1998.

los cambios que se advierten en la sociedad, deja las iniciativas modernizadoras en las manos de quienes no piensan la educación en términos de equidad, de formación de calidad "para una sociedad democrática y diversa".

Como se ve, entonces, el artículo no se centra en el tema de la sociedad civil, por lo que discutir sus implicancias en él podría parecer un forzamiento. Sin embargo, creo que es en la enorme confianza en la sociedad civil que subyace todo el artículo donde Narodowski puede fundar la radicalidad con que desmonta y combate el sentido común del modelo estatalista. Lo que en su argumentación se recorta nítidamente como relevo democratizador del monopolio estatal en la educación pública argentina (ya no solo autoritario, sino ineficaz), son los "actores sociales" que involucra la escuela: familias, alumnos y educadores; son ellos, nos dice Narodowski, como elemento reprimido por la estatalidad, los que deben tener ahora el poder en las instituciones escolares, gestionando sus propios proyectos educativos descentralizados y controlando la transparencia de un estado que quedaría apenas con algunos mecanismos para garantizar principios de equidad. Es el protagonismo de la sociedad civil, el *public* privado, de acuerdo a la acepción anglosajona, que el artículo pone como contraejemplo de la estatalidad de lo público en la Argentina: esa red de individuos y asociaciones que se movilizan por virtud ciudadana e interés burgués (decidir cuánto de la primera y cuánto del segundo ha ocupado una buena porción de las reflexiones sobre la teoría liberal), cuya existencia sólida en nuestras tierras, una solidez que le permita ser el relevo del estado en un tema tan crucial como la educación, no parece cuestionarse.

Es curioso que, en tren de desmontar la naturalidad del estatalismo, Narodowski no advierta que apela a una solución que, hoy por hoy, en casi todos los ámbitos, está bastante más naturalizada que el ya anacrónico estatalismo. Podría decirse que el sentido común actual, aquel conjunto de premisas cuya verdad no se cuestiona por-

que ni siquiera se percibe como producido culturalmente, es desde hace tiempo furiosamente societalista, descentralizador y antiestatal. Más aún, en una gran cantidad de temas ese sentido común a favor de la "sociedad civil" se ha convertido en el principal obstáculo para pensar los verdaderos problemas. Un ejemplo de ello, vinculado a los temas que mejor conozco, es el de la descentralización en la ciudad. La nueva Constitución de Buenos Aires instituyó la figura de la alcaldía sin ningún debate, en una especie de epifanía que contó con el consenso unánime de todas las fuerzas políticas y de las organizaciones sociales y vecinales que cercaron la Constituyente con sus reclamos, con lo cual más que afrontar el desafío de un nuevo diseño de la relación entre el estado y la sociedad en una ciudad peculiar como Buenos Aires, se rindió tributo a la concatenación simplista de una serie de palabras clave que han devenido sinónimos: democratización-participación-descentralización; concatenación que sintoniza muy bien con el "small is beautiful", lugar común del populismo posmoderno norteamericano, que exige la plena autonomía de la pequeña comunidad frente al estado central, en quien sólo ve la mano expoliadora que cobra impuestos. Y no digo aquí que no sea una alternativa política que deba ser discutida y afrontada; simplemente señalo su actuación como sentido común en la sociedad y en todos los partidos políticos de modo que se ha hecho imposible esa discusión.

La producción de este lugar común societalista en la Argentina se dio en los últimos veinte años desde muy diferentes vertientes. En primer lugar, el clima antidictatorial, que identificó estado y autoritarismo, y con el estímulo de la actividad de contados grupos sociales —especialmente los organismos de derechos humanos— se dio a la tarea de imaginar la reactivación de una sociedad civil adormecida por los años de plomo. En el mundo cultural —ya que todavía no era académico en el sentido en que ha venido consolidándose con mayor autonomía desde mediados de los años ochenta—, es fácil reconocer ese cli-

ma en una serie de estudios novedosos que comenzaron a hacerse sobre el filo de la dictadura. Aquí me voy a referir específicamente a estudios históricos, no sólo porque es el área que más conozco, sino porque creo que es el registro que dialoga mejor con la revisión del ciclo histórico de la educación estatal que realiza Narodowski.

Por ejemplo, los estudios sobre la inmigración que buscaron adecuar los principios del "pluralismo cultural" norteamericano a un tema que siempre había sido considerado bajo la imagen del "crisol de razas"; así, tanto comenzaron a descubrirse las peculiaridades de los diferentes grupos sociales, nacionales y étnicos y trazarse sus historias internas, como a criticarse —con un matiz fuertemente influido por la aproximación a los temas del poder de un foucaultismo bastante aplanado— las políticas de homogeneización que el estado nacional llevó a cabo y los diferentes instrumentos con que las realizó —uno de los privilegiados, por supuesto, la educación "nacional".² Y si ese vago foucaultismo permitía, de todos modos, enlazar discursivamente el tono de esos estudios con las reivindicaciones más tradicionales de la izquierda (sobre este desplazamiento ideológico dio cuenta muy acabadamente Oscar Terán),³ otros trabajos buscaron con mayor coherencia ideológica entender las implicancias de una reivindicación de la sociedad civil.

Me refiero a trabajos como los iniciados a principios de la década de 1980 sobre los sectores populares porteños, a su intento de extrapolar de los estudios sobre las sociedades vecinales de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo un carácter más permanente de "nidos de la democracia", definiendo el particular estilo de sociabilidad que crearon y el particular ámbito en que se dio —el barrio de la sociedad aluvial, que reunía en su ascenso a clase media a artesanos, empleados y profesionales, nacionales y

2. Hilda Sabato hizo una excelente evaluación crítica de esas propuestas en "Pluralismo y nación", *Punto de Vista*, N° 34, julio-sept. 1989.

3. Cfr. Oscar Terán, "La estación Foucault", *Punto de Vista*, N° 45, abril 1993.

extranjeros— como espacio de resistencia y transmisión de una democracia “al acecho”.⁴ La reflexión sobre el autoritarismo producía una reivindicación optimista de los procesos propios de la sociedad frente al estado y, al articularse con la aceptación consciente del fracaso del populismo y la caída de la ambición revolucionaria de la izquierda marxista, se traducía en una revisión no esencialista ni teleológica de los sectores populares y, en particular, en una revaloración —completamente novedosa en la cultura progresista argentina— de la clase media como sociedad civil por excelencia. La aceptación política del marco de la democracia liberal implicaba, como consecuencia lógica, adoptar la noción de sociedad civil; y, de hecho, en las arduas discusiones que esos trabajos generaron respecto del uso de la categoría “sectores populares” en lugar de las más tradicionales de clase, hoy podría verse la dificultad de la ortodoxia de izquierda para aceptar las mismas consecuencias conceptuales. Situación similar a la que producen las dos categorías asociadas a la de “sociedad civil”, espacio público y mercado: la izquierda democrática tuvo que dejar de lado la visión escatológica de la política para poder incorporar en su horizonte de problemas este paquete de nociones, en un proceso de reevaluación del liberalismo que colocó la reflexión sobre el autoritarismo en la Argentina en el cauce de un vasto movimiento político-intelectual mundial que buscaba hacerse cargo de la crisis del socialismo.

La revisión histórico-teórica sobre las relaciones estado/sociedad en la Argentina fue entonces uno de los caminos de valorización de la sociedad civil como categoría política y como protagonista de la transformación democrática, en el marco del clima antidictatorial. Pero, en segundo lugar, y sin que sus conexiones se advirtieran con claridad, esta valorización comenzó a convivir, a poco de andar, con la transformación formidable del menemismo, que por fuera de toda conceptualización, como simple adecuación realista a un diagnóstico de derecha sobre las relaciones de fuerzas en el mundo, produjo de modo vanguardista un nuevo escenario que hoy podría

verse como la consumación monstruosa de los sueños del democratismo antiestatal. Decretó la extinción de los principales mecanismos del estado —muchos de los cuales sobrevivían en total descomposición— e interpuso la materialización brutal del mercado en cada rincón de la sociedad, produciendo una completa identificación entre ambos. Las críticas al estatalismo que esta transformación conllevó combinaron los argumentos tradicionales contra el Estado de Bienestar de los grupos sociales poderosos —que en la Argentina siempre criticaron al estado al mismo tiempo que lo colonizaban para que funcionara en su favor— con una cantidad de argumentos (a veces cínicos, a veces oportunistas, a veces ingenuos) que se hacían cargo del ascenso de la sociedad civil. Como señalaron algunos autores, las consecuencias del Estado de Bienestar en lo que hace a la relación estado/sociedad civil (al hacerse cargo de la existencia social, el estado alentó el consumo pasivo y la apatía ciudadana; sus intentos de ampliar la regulación y el control de la vida social mediante formas corporativistas de intervención supeditaron los intereses mejor organizados de la sociedad a los intereses del gobierno) fueron popularizadas por el neoconservadurismo que se valió de ellas para fortalecer una visión peculiar, distorsionada, de las virtudes de la sociedad civil: “autointerés, flexibilidad, autoconfianza, libertad de elección, propiedad privada y desconfianza en la burocracia estatal”, en la enumeración que hacen Cansinos y Leroux.⁵

Lo cierto es que el experimento menemista, mientras en su versión más democratista apoyó su política privatizadora en un discurso que mentaba la resurrección de la sociedad civil, fue produciendo en todos estos años una cantidad de ejemplos de cómo funciona una sociedad civil alumbrada en tales condiciones (“cirujía mayor sin anestesia”), como para que al primer optimismo voluntarista pudiera sucederle una visión un tanto más desencantada, y como para que a las críticas radicales al rol del estado pudiera seguirle una evaluación más atenta a las peculiaridades del caso argentino.

De hecho, escribo estas líneas en una parte de la ciudad que está hace más de una semana a oscuras por las fallas de una empresa de servicio público privatizada. La falta de electricidad, seguramente el servicio más esencial después del agua, constituye una situación inaudita en cualquier ciudad del mundo que no esté en guerra. En la Buenos Aires actual, además, realiza las más lúgubres escenas de la literatura de anticipación: un paisaje de ruina urbana, barricadas de fuego en todas las esquinas, una sociedad completamente desarticulada a la que, descabezado el Estado Providencia, sólo parece haberle quedado el recurso de la imploración a la mera Providencia. Hoy se descubre la falta de garantías de las privatizaciones menemistas, pero también se podría descubrir la extrema debilidad de la sociedad civil que acompaña todo el proceso, en flagrante contradicción con el modelo anglosajón que supuestamente lo inspira: no fue sólo porque Margaret Thatcher fuese mejor estadista que Carlos Menem que en Inglaterra se tomaron cinco largos años para, primero, diseñar y crear los entes de control de la prestación de los servicios públicos que se pensaba privatizar y, recién después, para elaborar los respectivos pliegos de licitación y sus contratos. Más allá de las escenas individuales de solidaridad conmovedora que la emergencia ha producido, queda a la vista una sociedad anómica, desarmada, que carece de los más elementales resortes de una sociedad civil teóricamente definida como tal; es decir, no sólo el ámbito de lo más privado, la familia y el tráfico mercantil, sino también una rica trama de asociaciones y una fortísima vincula-

4. Me refiero muy especialmente a la línea de trabajos llevada adelante durante los años ochenta por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, cuya expresión más acabada se puede ver en el libro *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, de cuyos artículos son las expresiones entrecomilladas.

5. Ver César Cansinos y Sergio Ortiz Leroux, “Nuevos enfoques sobre la sociedad civil”, *Metapolítica*, N° 2, México, abril-junio 1997, especialmente su análisis de las conclusiones de John Keane, *Democracia y sociedad civil*, Alianza, Madrid, 1992.



ción entre el espacio público ciudadano y el espacio público más plenamente político. Sobre la trama de asociaciones se puede decir, para referirnos puntualmente a la emergencia, que en estos casos se nota la extrema autoindefensión de los consumidores en la Argentina pero, más gravemente aún, como antes con el atentado a la AMIA, que aparece en escena la peculiar noción que se tiene aquí de la Defensa Civil: una entidad burocrática estatal, creada con los criterios gendarmes e ineficientes establecidos en décadas de monopolio militar sobre los temas de la seguridad. Respecto de la vinculación con el espacio público político, por su parte, conviene notar que la visión societalista concibe en general al espacio público exclusivamente como la instan-

cia externa al estado para su control ciudadano, pero no se suele ver que en una sociedad democrática es fundamental la mediación política entre la ciudadanía y sus funcionarios electos a través de la "segunda esfera pública", la de los partidos políticos que penetra al estado a través del parlamento realizando la representación.⁶ ¿Dónde se produjo la traducción política del malestar social de estos días de emergencia? ¿Qué políticos buscaron una mínima vinculación con lo que estaba sucediendo en la calle? ¿Qué sociedad civil y que espacio público —y aquí entran también los medios de comunicación— producen este sistema político que existe solamente dentro de la pantalla del televisor?

Lo que ha quedado a la vista en esta emergencia, además de que las

privatizaciones se hicieron mal y sin control, es que la cadena de instituciones *sociedad civil / mercado / espacio público / estado* es una cadena cultural y colectivamente producida y que, por lo tanto, de modos no sencillos ni reflejos, esas instituciones se reenvían mutuamente, en una sociedad dada, sus principales característi-

6. "En efecto, la emergencia de una nueva forma de autoridad pública unificada, despersonalizada y burocrática, el Estado moderno, debe ser vigilada y supervisada y ser responsable ante y controlada no sólo por el imperio de la ley sino también por la emergencia de una segunda esfera pública políticamente relevante (dentro de la sociedad y penetrando al Estado en la forma de parlamentos) que cuestiona tanto a la *raison d'état* como al *arcana imperii*"; ver Andrew Arato y Jean L. Cohen, "Esfera pública y sociedad civil", en *Metapolítica*, n° 9, México, enero-marzo de 1999.

cas. Aunque esto no suponga más que ratificar la comprobación circular por la cual un estado comprometido con la igualdad social suele ser el resultado de una sociedad civil fuerte y, viceversa, un estado ajeno a cualquier tipo de compromiso social suele ser el resultado de una sociedad débil y desarticulada.⁷ El problema, en todo caso, es cómo se interviene en ese círculo. ¿Estamos incapacitados culturalmente para producir una articulación más rica de esas instituciones?

14 Evidentemente, la teoría maestra de la sociedad civil —la visión liberal clásica de las relaciones sociedad civil/estado— se formuló en el análisis de la experiencia histórica y social anglosajona (por eso a Narodowski le sale tan naturalmente el contraejemplo inglés, mientras que no menciona en su artículo los ejemplos francés o alemán, en los que la educación pública es estatal y funciona); especialmente la experiencia norteamericana. Fue en su visita a los Estados Unidos donde Tocqueville pudo constituir a la sociedad civil en el reaseguro de la libertad en las democracias igualitaristas, gracias al rol del autogobierno local y las asociaciones voluntarias. Frente al centralismo estatal francés (y a las consecuencias que suponía la inevitable extensión en la sociedad francesa del principio igualitarista en las condiciones puestas por ese centralismo estatal), Tocqueville señalaba que

“Lo que más choca al europeo que recorre los Estados Unidos es la ausencia de lo que nosotros llamamos gobierno o administración. En América se ven leyes escritas y se observa su ejecución cotidiana; todo se mueve en torno nuestro, más por ningún lado descubrimos el motor. La mano que dirige la máquina social se oculta en todo instante.”⁸

Experiencia muy diferente de la argentina, como prueban cantidad de trabajos de historia; especialmente de la experiencia de la Argentina moderna que surgió de la consolidación del estado nacional en 1880. Esto se sabe; pero, porque es prácticamente una perfecta inversión de la frase de Tocqueville, me parece interesante citar la sorpresa diversa de otro viajero que

recorrió la Argentina un siglo después de que el francés recorriera los Estados Unidos:

“(…) Más, mucho más que todos los adelantos económicos, urbanos, etc. de la Argentina, sorprende el grado de madurez a que ha llegado allí la idea del Estado —escribía Ortega y Gasset en 1929—. Recuerdo que la advertencia de esto fue la impresión más inesperada y fuerte que de la vida pública argentina recibí en mi primer viaje y que el reciente no ha hecho sino confirmar. Yo presumía hallar un Estado aún blando, vago, de aristas poco acusadas y apenas diferenciado del gran protoplasma social. Encontré un Estado rígido, ceñido, con grave empaque, separado por completo de la espontaneidad social, vuelto frente a ella, con rebosante autoridad sobre individuos y grupos particulares. A veces en Buenos Aires me acordaba de Berlín, porque veía por dondequiera asomar el perfil jurídico y de gendarme de las instituciones públicas.”⁹

Y la mención de Berlín también podría sugerir que el panorama que vio Ortega responde mucho más acabadamente a la relación sociedad civil/estado conceptualizada por Hegel —donde la primera se reduce al mundo del particularismo y el segundo es la instancia que encarna los valores universales—, que a las visiones descentralizadoras anglosajonas.

A cincuenta años de organizado el aparato del estado nacional, su presencia permeaba todo el funcionamiento social, al punto de que podría decirse que en la Argentina el espacio público se produjo “desde arriba”, es decir, de modo bastante paradójico si se atiende a la definición clásica. Pero que las instituciones públicas tuvieran perfil de gendarme no implicaba necesariamente una sociedad débil; por el contrario, los estudios históricos del período de formación de la Argentina moderna muestran una trama muy rica de expresiones de autoorganización social. Lo que debe ser entendido, entonces, es cómo se procesó esa riqueza en la relación con aquel estado tan particular: ¿qué sociedad civil fue forjada en esa relación, o, mejor, qué sociedad civil pudo forjarla?

Natalio Botana la llamó la “república de habitantes”, en una descrip-

ción notablemente perspicaz: el “laboratorio del ochenta” habría significado la realización paradójica del principio de legitimidad alberdiana, que, para preservar la sociedad civil incipiente de la facciosidad de la política criolla, propuso una escisión entre una y otra, ofreciéndole a la libertad civil “la seguridad de un orden centralizado”. Era “la fórmula de una república restrictiva, generosa con las libertades civiles y mezquina con la libertad política”, a la que la sociedad reaccionó ratificando su desinterés por lo político. Y éste es el paisaje que alumbró en su consolidación:

“Gracias a esa libertad, los argentinos —criollos y extranjeros— hicieron en paz su historia cotidiana. Con todo lo que acarrea de éxitos y errores, esperanzas y fracasos, tejieron en poco tiempo la trama de lo privado. Más que la belleza de monumentos y palacios públicos, de los recintos donde brilla la elocuencia, o del lugar abierto donde estalla el combate político, la legitimidad alberdiana alumbró un paisaje urbano impregnado por la disciplina del trabajo: casas y barrios, medios de transporte, electricidad y fábricas. En cada propietario, cualquiera fuese su fortuna, en cada asociación civil, cualquiera fuese su tamaño, esa legitimidad puso en marcha el engranaje del pluralismo negativo. Depositó así, sin quererlo, la semilla que más tarde habría de crecer en innumerables formas individuales y colectivas. Era la conducta privada que, en su esfera, realizaba tantas acciones como posibilidades se abrían ante la inventiva humana y que, volcada hacia lo político, se manifestaba mediante una ética de la negación.”¹⁰

Una de las instituciones que en Buenos Aires muestra más paradigmáticamente esa condición dual de la sociedad civil, a pesar del optimismo con que la recuperaron los estudios de los

7. Ver Cansinos y Ortiz Leroux, “Nuevos enfoques sobre la sociedad civil”, op. cit.

8. Alexis de Tocqueville, *La democracia en América I* (1835), Sarpe, Madrid, 1984, volumen I, pág. 84.

9. José Ortega y Gasset, “El hombre a la defensiva” (1929), en *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Alianza, Madrid, 1995, pág. 117.

10. Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, p. 482.

años ochenta, es la Sociedad de Fomento, con su enorme riqueza y capacidad integrativa hacia el interior del espacio público local del barrio y su asociación corporativa con el estado hacia afuera, en la búsqueda de un reemplazo de la política a la que siempre señaló como el principal obstáculo para el "progreso".¹¹ El fomentismo siempre desconfió de la política e imaginó una gestión sin mediaciones en defensa de los intereses de "los vecinos", con una visión administrativista de la gestión de lo público en la ciudad. Detrás de las reivindicaciones democratizadoras, es ésta la visión que preside las propuestas urbanas descentralizadoras: la exclusiva identificación de gobierno de la ciudad con "eficiencia", que concibe la ciudad como un mero espacio administrativo, lugar de las decisiones técnicas y los intereses inmediatos, y no como el ámbito eminentemente político de la cultura humana, la *polis*. El asociacionismo se desentiende de los efectos globales de su práctica cotidiana y de sus reivindicaciones, sólo encaminadas al *progreso* de su barrio, de su cuadra, de su casa. Y si durante el proceso de expansión modernizadora este "pluralismo negativo" no fue contradictorio con la integración y la equidad —garantizadas por el estado—, en un proceso de crisis la sociedad estalla en una multiplicidad de demandas locales insatisfechas. Esto es lo que no advierten las propuestas de alcaldías, bienintencionadas desde el sentido común de época: que en una ciudad fragmentada es necesario reponer visiones colectivas de las que carecen por definición las instituciones sociales que, por lo tanto, libradas a su propia lógica, no hacen sino reproducir la fragmentación; que en una ciudad fragmentada, la convocatoria a una descentralización irrestricta no hace sino ocultar que la verdadera escala en que los actores de peso económico toman sus decisiones sobre la ciudad, deja hasta a los vecinos más organizados como espectadores desarmados.

En este sentido, es fundamental entender el rol histórico del estado central en la conformación de la propia ciudad: el estado nacional pudo construir una burocracia con principios uni-

versales gracias a que pudo formar funcionarios investidos de un rol público que les permitía ganar una considerable distancia de sus intereses más inmediatos; por eso pudo ser mucho más progresista que los gobiernos locales anteriores —o que los vecinos "notables" del Concejo—, justamente por la ausencia de mediaciones en el tipo de representación: en el nivel local pesan mucho menos los componentes políticos y mucho más los intereses económicos directos; y esto es coincidente con la experiencia de la urbanización decimonónica en casi todos los países, en los que el poder público central fue más innovador que los grupos de gestión locales, atados a redes de intereses inmovilizadoras.¹²

Otra de las manifestaciones más perversas del "pluralismo negativo" en la relación sociedad civil/estado que se fue construyendo se advierte en la proverbial evasión impositiva de la sociedad argentina. Un estado que se propuso encarnar lo universal y terminó, en el mejor de los casos, produciendo una maquinaria pesada, desajustada e ineficiente, sinónimo de carga y de demanda sin contrapartida de bienestar o justicia; y una sociedad que se habituó a usar ese argumento como excusa para reforzar su sentido particularista, para desentenderse de modo irresponsable de la producción de cualquier mecanismo de distribución social. No es difícil encontrar en una misma persona al más combativo defensor de los derechos de los jubilados y al evasor más pertinaz; en otro plano, esto también explica que la Argentina sea uno de los pocos países en que los sectores políticos progresistas piden que se bajen los impuestos. No se trata de socializar las culpas y olvidar que, en todo caso, es un sistema impositivo recesivo, que no afecta a las grandes empresas y los grandes propietarios; pero es importante señalar las constantes que, en diferentes grados de presencia y responsabilidad, atraviesan el completo sistema *sociedad civil / mercado / espacio público / estado*: la producción histórica y colectiva de sus marcas de agua.

El despilfarro social de un sistema así concebido no tiene límites y se manifiesta en los aspectos más nimios del

funcionamiento colectivo; por ejemplo, la recolección de basura. Buenos Aires debe ser una de las pocas ciudades del mundo en que no se recicla la basura; al gobierno de la ciudad no le pareció que eso debía figurar en la renovación de los contratos con las concesionarias. Pero, además, Buenos Aires debe ser una de las pocas ciudades del mundo donde se recoge la basura seis veces por semana; y eso no impide que los vecinos la saquen en horas diferentes de las permitidas y muy especialmente el día en que no se recoge, lo que hace que las veredas estén siempre llenas de basura. Contra un estado despreocupado por el gasto social, una sociedad menos preocupada aún: con la apariencia de afrontar una de las causas de las inundaciones en la ciudad —las bolsas de basura que tapan las alcantarillas—, una asociación civil reclamó combativamente en la última sudestada que el gobierno renegociara los contratos con las empresas recolectoras para imponerles... ¡que pasaran también los sábados!

Entender qué ocurre en este marco institucional cuando el estado es directamente desmantelado no es muy difícil: la sociedad atomizada, individualista, en el mejor de los casos tan esforzada como impotente y, en el peor, atravesada por el cinismo y la trampa. La desintegración de las escasas y ya decadentes redes públicas que el estado garantizaba ha librado a la sociedad a la más salvaje competencia de suma cero: la aceptación naturalizada de la fragmentación social, perdido todo universal, sólo garantiza la reproducción de la diferencia, la defensa a ultranza de la posición conseguida. Es el paisaje de las rejas y las garitas de vigilancia, de los barrios cerrados y las "torres country", de los "justicieros" y los chicos de la calle. Desaparecido el horizonte de la movilidad social y el único garante de la integración, el particularismo de la sociedad civil hegeliana se convierte muy fácilmente en el estado de naturaleza hobbesiano: la lucha de todos contra todos.

Hay un ejemplo que permite ver esta lógica funcionando en el tema educativo. En los barrios de clase media y alta de Buenos Aires funciona

una no demasiado sutil discriminación por la cual hay escuelas públicas estatales para los hijos de los vecinos-vecinos, y escuelas públicas estatales para los hijos de los porteros o, cuando hay, de los habitantes de casas tomadas y pensiones. Los funcionarios estatales directivos de esas escuelas y los inspectores estatales que los controlan traicionan uno de los principales fundamentos de la escuela pública estatal, la igualdad de posibilidades, y fomentan la cristalización de las diferencias; si eso hubiera ocurrido en las tres primeras décadas del siglo, probablemente no se hubiera formado la tan representativa clase media argentina. Pero es evidente que, junto a los funcionarios estatales, una parte importante de esa clase media hoy participa activamente del proceso discriminatorio; es más, ese proceso se convierte en una demanda social sobre el estado educativo (es una de las garantías de que algunas de las escuelas estatales sigan siendo "buenas"). ¿Es imaginable que tales mecanismos de discriminación se desactiven si la gestión educativa queda en manos de los actores sociales que los han construido? (De hecho, si me enteré de la existencia del caso fue gracias a las denuncias impulsadas de oficio por una institución pública estatal, la Oficina del Ombudsman, y no gracias a las cooperadoras escolares o a las familias involucradas.)

Primera obviedad: en la Argentina, la sociedad civil no es tan maravillosa y el estado no fue tan malo. El problema es que ambas afirmaciones, como las contrarias, parten de suponer el contramodelo de la sociedad liberal anglosajona clásica como panacea, ya no sólo teórica sino efectiva, y no como compleja construcción histórica colectiva de la que se puede aprender mucho, pero no injertar a la fuerza sin que se produzcan efectos perversos. Segunda obviedad: como el modelo privatizador es una importación abrupta de la receta norteamericana, su celebración del mercado presupone la celebración de la sociedad civil cuando esa cadena de asociaciones funciona (y es notable cómo funciona allá, por lo tanto, cómo presupone también un estado muy activo),

cosa muy difícil de verificar aquí. Es una obviedad y, sin embargo, no puedo dejar de pensar al plantearla lo poco que se ha debatido y, tal vez por eso, que así presentada se presta a dos tipos de lecturas: la superioridad del modelo anglosajón o la defensa cerrada de la "peculiaridad" argentina, cuando el problema es el de siempre: se debe entender cómo funciona esa peculiaridad inclusive para intentar transformarla en una dirección diferente (y parto de la certeza de que ésa es una necesidad pendiente). Tal vez las culpas de un pasado de hueca declamación antiimperialista hayan sido un obstáculo para que el progresismo pudiera discutir a fondo las implicancias socio-culturales del modelo teórico sociedad civil/estado que conlleva la globalización de la receta norteamericana, cosa que no parece ocurrir, por ejemplo, en Francia, donde es sólidamente combatida y, en los casos más lúcidos como el de Bourdieu, esas polémicas no traslucen una mera reacción chauvinista o antimodernizadora. Tal vez eso se deba también a que los franceses tienen más que defender en su estado que nosotros; pero eso me lleva al último punto.

Si todas estas discusiones y procesos que tienen en el centro el problema de la sociedad civil han sido tan intensos en los últimos años, ¿por qué en un artículo como el que comento, comprometido con valores como la equidad y la justicia social, no se cuestiona su naturalización y sí la del estatalismo? Indudablemente, porque en el tema educativo se ha preservado un extraño bolsón de sentido común estatalista que, más allá de las intenciones de Narodowski al refutarlo, podría decir muchas otras cosas del sistema educativo argentino. Principalmente, que en la educación el estatalismo fue más exitoso que en otras dimensiones de la vida social, y que todavía sigue remitiendo a valores que esta sociedad no ha sabido producir en ningún ámbito extra estatal: igualdad de posibilidades, compensación social. Valores que fueron durante buena parte del siglo XX la llave para la movilidad social y cuya instrumentación estatal no puede ser fácilmente responsabilizada de la actual cristalización en una

sociedad dualizada. También en la educación el estado central fue —y siguió siendo por mucho tiempo— más progresista que los actores sociales, especialmente la familia; y, curiosamente, la propia familia aceptó la división de tareas mientras ese progresismo garantizó un lugar en la sociedad que los valores tradicionales hacían imposible. Quizás ésta pueda ser una explicación del apoyo social a la Carpa Blanca y a las movilizaciones docentes, aun en este marco de desmovilización, y aun cuando no son los docentes los que, más allá de la denuncia de una situación angustiante, parezcan poder hacerse cargo del diagnóstico, ni la clase política haga otra cosa que aferrarse al sentido común que, en su desesperación, expresa.

Un diagnóstico realista como el de Narodowski debe ser indudablemente el punto de partida de un debate político y cultural sobre la educación; pero, al mismo tiempo, el tema educativo, por haber emblemático en una larga tradición algunos de los mejores aspectos del estado y algunos de los perfiles más nobles de su relación con la sociedad civil, y también porque es un tema que toca enfrentar hoy, cuando ya asistimos a los estragos de la mercadización compulsiva en el tejido social; por todas esas razones, ¿no será la educación el tema más propicio para debatir una política de reforma capaz de abordar con un conocimiento a fondo el problema de las relaciones sociedad civil/estado, sin maniqueísmos, sin voluntarismo estatalista pero tampoco societalista? Es mucho lo que está en juego para que lo dejemos en manos de la inercia estatal, pero el proceso privatizador que Narodowski propone asumir con realismo muestra una inercia social que no parece mejor, aunque el progresismo bienpensante educativo todavía no haya hecho de ella su bandera.

11. He desarrollado esta polémica en *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1998.
12. Cfr. Paolo Sica, *Historia del urbanismo. El siglo XIX*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1981, especialmente el tomo I, pp. 60-62.

Beatriz Sarlo



En el último número de esta revista se publicó un artículo de Mariano Narodowski cuyo título revelaba la originalidad del argumento: "¿Hacen falta 'políticas educativas de Estado' en Argentina?".¹ Quien titula de ese modo, tiene una respuesta negativa: no hacen falta políticas de estado sino otra cosa. Por lo menos desde 1860 y durante un siglo, hubo políticas de estado eficaces. En consecuencia, el reclamo de políticas de estado pasa por alto que las dificultades de la educación tienen algo que ver con un pasado estatista y centralizador. Al argumento lo acompaña una música conocida (a los estados de bienestar

se les atribuye todos los desastres que el capitalismo se niega a cargar en sus propias cuentas: sobre esto ya ha hablado Pierre Bourdieu con elocuencia); sin embargo, sería injusto encontrar en los ecos de esa música la oportunidad para descartarlo.

Por el contrario, Narodowski interviene en el debate de manera provocativa y original. Su tema no es sólo de especialistas (reconocerle ese estatuto reforzaría las tendencias tecnocráticas que invaden la política y subordinan a los políticos). Es posible, entonces, retomar sus ideas desde afuera del campo de las tecnologías de política educativa, para hablar un

poco de historia y otro poco de política.

Política

El interrogante abierto por Narodowski sobre la necesidad de "políticas de estado" podría aplicarse no sólo a la cuestión educativa. Se ha convertido en un hábito repetir, frente a cualquier cuestión conflictiva, que su solución depende de acordar alguna "política de estado". Es el gran comodín de la retórica política argentina de estos años: las "políticas de estado" neutralizarían y sintetizarían las diferencias programáticas y garantizarían la continuidad de gestión. Cuando no se sabe muy bien cómo resolver conflictos económicos o sociales en el campo de la educación o en cualquier otro, se recurre al paraguas retórico de las políticas de estado, que permite remitir a un acuerdo futuro la debilidad de ideas o de fuerzas en el presente.

En un momento de muy bajas diferencias programáticas e ideológicas, el paraguas retórico "políticas de estado" permite colocar el problema (cualquiera sea) en un rubro superpartidario que tendría el mérito de asegurar bajo nivel de conflictos, alto nivel de acuerdos, y síntesis de diferencias que no sean significativas (¿pero cuáles son

1. Mariano Narodowski, "¿Hacen falta 'políticas educativas de Estado' en la Argentina?", *Punto de Vista*, número 62, dic.1998. Todas las citas corresponden a este artículo.

las diferencias significativas cuando se habla de políticas de estado?).

El artículo que estoy comentando no simplifica de este modo, pero comienza por este lado, porque me parece que vale la pena tomar el ejemplo dado por Narodowski. La educación fue una política de estado en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Esto es difícilmente discutible, por lo menos hasta 1930. Sin embargo, sería inexacto afirmar que esa política de estado se originó en una síntesis de posiciones. Muy por el contrario, la batalla de la educación tuvo vencedores y vencidos ("la estatalización de las escuelas, afirma Narodowski sustentándose en la historiografía, logró disciplinar a las corporaciones religiosas y laicas"). En efecto, antes de la aprobación de la ley 1420, la Iglesia católica movilizó escuadrones parlamentarios y legiones de periodistas e ideólogos comprometidos en la lucha contra esa política que, respondiendo a las ideas de la fracción hegemónica de la elite, hería las ideas e intereses de otra fracción significativa. Fue una batalla ideológica y política, que la Iglesia perdió cuando se impuso la neutralidad educativa en materia religiosa y la escuela estatal se convirtió rápidamente en un ímán donde la gente acudía no sólo porque la educación fuera obligatoria.

Pero entonces, ¿fue la educación una política de estado cuya base legal la constituyó la sumaria pero eficazísima ley 1420? Esa ley despertó resistencias enconadas, partió a la sociedad por clivajes ideológicos y culturales. Fue concebida como política que debía ser duradera y cuyos efectos se inscribían en la constitución misma de la sociedad civil. Pero no surgió de ese tipo de acuerdo general que, según el más reciente mito de la política argentina, da legitimidad (es decir aceptabilidad futura) a las llamadas "políticas de estado".

Sin embargo, nadie diría que no fue una política de estado. Y lo fue porque sucesivos gobiernos estaban de acuerdo con ella, no porque se sintieran atados por el principio teórico de la continuidad. Primera lección educativa para quienes hoy agitan (exclu-

yo, por cierto, a Narodowski que no interviene en este sentido) el paraguas retórico "políticas de estado" creyendo que siempre surgen de una síntesis de las principales posiciones e intereses. No hubo innovación política, convertida en política de estado, que se sostuviera sobre esta ingeniería de acuerdos. La que hasta hoy parece una política de estado, a la que pagan tributo tanto el gobierno como la oposición casi sin excepciones, la convertibilidad, no se originó ni remotamente en un acuerdo. Fue votada en el congreso por la mayoría que el poder ejecutivo pudo construir, sin buscar otro consenso que el de ganar los votos que le faltaban a cambio de favores a algunas administraciones provinciales.

"Política de estado" entonces no quiere decir nada cuando, con la expresión, se quiere pacificar una escena donde hay conflicto, diferentes posiciones e intereses. En el caso de la educación, durante décadas, se intentaron distintas reformas que no lograron romper la inercia de la primera política exitosa fundada en el siglo XIX. La educación se resistía a reformarse no porque no cambiaran las ideas ni porque los gobiernos creyeran que allí había una política de estado que los comprometía, sino porque la inercia de los grandes aparatos burocráticos es una fuerza comparable a la de la voluntad de cambiarlos.

Sin embargo, a fines de los años sesenta se produce lo que Narodowski llama una "progresiva privatización del espacio escolar". Este proceso tiene que ver más con el deterioro de la educación estatal y la desactualización de sus proyectos, que con la emergencia de una nueva política. Los que pueden (incluso muchos que siguen defendiéndola) retiran a sus hijos de la escuela estatal. No hubo un cambio de las "políticas de estado" que forzara esto, porque, si ese cambio existió fue a fines de los años cincuenta, durante la presidencia de Frondizi.

Educación

Hubo entonces una política de estado, que viene del siglo XIX, fundada no sobre el acuerdo sintético de ideas, si-

no sobre una victoria de los liberales sobre los católicos. Estos no se sintieron en absoluto protagonistas de la fundación de una política de estado aun cuando ella no resultó de la imposición de una elite sobre sectores populares sino sobre miembros y amigos de la propia elite.

Hubo construcción de una burocracia escolar que hizo posible la continuidad en el tiempo de esa victoria política. Probablemente la garantía más eficaz de que una política llegue a ser lo que se piensa que es una política de estado, reside en la existencia de una burocracia distinguida profesionalmente que obtenga prestigio y un lugar en la sociedad desarrollando esas tareas como servicio civil y fuente de poder. Esta articulación de una batalla política exitosa y una burocracia bien preparada para la tarea es uno de los requisitos de continuidad de la política (por lo menos hasta un cambio muy fuerte en la opinión, en la relación de fuerzas enfrentadas, o el advenimiento de alguna forma autoritaria de gobierno).

La educación tuvo la continuidad atribuida a las políticas de estado, en primer lugar, porque resultó lo suficientemente exitosa como para que a nadie se le ocurriera cambiarla. En segundo lugar, porque instruyó una burocracia que aseguró esa eficacia en la escena concreta de la administración y de la escuela. Cuando ambas cosas ya no fueron evidentes para la sociedad, parte de ella, que tenía los medios materiales y culturales, abandonó los espacios educativos estatales que antes había poblado.

La educación estatal argentina tuvo "resultados de alto impacto en términos de aumento de la matrícula (especialmente en el nivel básico) e importantes avances en el logro de la igualdad de oportunidades". Narodowski juzga ajustadamente, moderadamente, los logros de la educación estatal. Yo agregaría: la educación estatal garantizó la igualdad sexual, algo que no hicieron las educaciones estatales o privadas de otros países (en México, por ejemplo, durante bastante tiempo la escuela elemental fue obligatoria para los niños y no para las niñas). No sólo fue obligatoria sino

que sostuvo un principio de universalidad más amplio que el contemplado en la Constitución misma. Ninguna otra institución no estatal hubiera realizado esta homogeneización radical de la población argentina, borrando el principio de desigualdad sexual.

Las maestras normales tenían, como afirma Narodowski, una identidad férrea producida por la escuela estatal. Esa identidad se afirmaba no sólo en el Himno de la Escuela Normal de Profesores que Narodowski cita con alguna ironía,² sino en el camino de ascenso y prestigio que significaba el normalismo para las hijas de los sectores medios y populares. Producir maestras en 1900 era producir no sólo una mano de obra bastante bien calificada para la administración y la enseñanza sino también un sector importante de la sociedad civil, activo e influyente fuera de la escuela. La escuela configuraba a la sociedad no sólo a través de sus alumnos sino con una categoría laboral especializada.³

Narodowski afirma, sin equivocarse por cierto, que la cultura escolar "determinó un poderoso sesgo identificador y de uniformización de la población en términos de algunos saberes". Para decirlo sencillamente, la escuela le enseñó a casi todo el mundo a leer y escribir. Esa fue la cualidad diferencial de la Argentina en América Latina y es, precisamente, lo que la escuela estatal (y muchas de las privadas) no garantiza eficaz ni universalmente en los últimos años de este siglo.

Cito de nuevo a Narodowski: "Este sesgo identificador permitió colocar a la escuela primaria como agente central en el proceso de conformación de una identidad nacional". Podría pensarse que otro tipo de escuela, por ejemplo, una escuela pública no estatal, podría haber garantizado el mismo acceso a los mismos saberes, aunque resulta difícil imaginar tal universalidad de una escuela no estatal que, en la Argentina de fines del XIX y comienzos del XX, hubiera sido más progresista que la de casi todos los países europeos, excluida probablemente Francia. En cuanto a la consolidación identitaria, ninguna otra institución que no fuera estatal hubiera podido construir en una nación inmigratoria,

En efecto, si en la Argentina ignoramos lo que significan las identidades con guión (es decir, la forma de las identidades en Estados Unidos: italo-norteamericano, polaco-americano, afro-americano) es, precisamente, porque la escuela estatal sostuvo un ideal uniformizador y lo impuso de modo muchas veces autoritario y cargado de prejuicios. Acá no existe la idea de nacionalidad sintética: se es argentino de origen italiano, no se es italo-argentino. Se perdió la gama completa de las diversidades culturales. También es cierto que para centenares de miles de hijos de inmigrantes, ese origen no significó un obstáculo particular pa-



ra su desarrollo en la sociedad civil y en la política, donde sus padres fueron señalados como extranjeros pero ellos reconocidos como típicamente argentinos. La escuela estatal, violenta unificadora, autoritaria, formó parte de la escena donde los hijos de extranjeros se convirtieron a toda velocidad en argentinos típicos. Quienes, desde la xenofobia o el racismo, resistieron estos procesos no formaron parte significativa, como en otros países, de la institución escolar estatal.

En consecuencia, con la quiebra de estas políticas de estado, se ha partido uno de los núcleos del consenso democrático de la Argentina. Y no sucedió a fines de los años sesenta, sino que los cambios comienzan con la revolución de 1930, cuando la Iglesia que había permanecido fuera de la educación estatal, por el principio de neutralidad religiosa (que compartimos, por ejemplo, con Francia), comienza un largo camino que la conduce a influir sobre la administración y las políticas estatales. No pienso sólo en la

fugaz introducción de la educación religiosa durante el peronismo, sino en la incidencia de la Iglesia en la máquina administrativa (dato que me parece más importante si se juzga por sus resultados actuales, en los que la Iglesia recolecta una parte considerable de la inversión estatal en escuelas privadas y en formación docente). Ni hablar de la participación que se le reconoció en la discusión de los nuevos contenidos de la enseñanza donde, en algunas provincias a las que la descentralización les devolvió su potestad, la Iglesia tuvo poder de veto.

Sociedad civil

Y con esto llego al segundo argumento de Narodowski. Como ya tuvimos bastantes décadas de escuela estatal, divididas en una etapa eficaz y un período donde el edificio parece irremediabilmente destartado, podríamos tomar el rumbo que la misma educación estatal está señalando en su fracaso: intentar la educación pública financiada por el estado. De todas formas, advierte Narodowski, esto ya está sucediendo: "La privatización

2. Desconozco cuáles son los gustos literarios de Narodowski, pero puedo asegurarle que los himnos no se caracterizan por convocar la creatividad de la poesía de vanguardia en ningún lugar del mundo. Siempre son canciones auto-exaltatorias, ¿sino ¿para qué cantarlos?

3. Hacia 1920 hay 6668 maestros en la ciudad de Buenos Aires; de ellos, sólo menos de un cinco por ciento carece de diploma de la escuela normal. En las provincias y territorios nacionales, hay 6434, de los cuales un sexto carece de diploma. Ver fuentes de datos en: Beatriz Sarlo, *La máquina cultural*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

constituyó una solución en términos de eficacia frente a los defectos que el propio estado había generado. Y al mismo tiempo, fue el estado quien garantizó, incluso financieramente, el proceso privatizador". Como las cosas han seguido este camino, sigamos, entonces, el camino de las cosas.

Narodowski revela, con datos sólidos, el triunfal proceso de privatización de la educación, no sólo en lo que concierne a la matrícula sino, lo que quizás sea más importante en el mediano plazo, de la formación docente: "La mayoría de los docentes del futuro (que educarán en escuelas estatales y privadas) se habrán graduado en institutos privados, mayoritariamente católicos".

Estamos ante un círculo que no deseo adjetivar: el espacio público educativo (que recibe una parte considerable de los recursos estatales) está bajo la dirección de aquellos sectores e instituciones de la sociedad civil que posee condiciones culturales e ideológicas para encabezar empresas educativas. Esto no es en absoluto sorprendente.

En efecto, la sociedad civil no es una constelación de voluntades, de individuos, ni de familias. La sociedad civil es un mapa de instituciones que pesan y definen en el espacio público según su grado de articulación cultural, de poder económico y de tradición de gestión. El espacio público es ocupado por quienes están en condiciones culturales y materiales de hacerlo. Sobre todo, por quienes pueden lograr una permanencia en el tiempo representando sus intereses y reuniendo voluntades. Los desocupados cortan una ruta, la ocupan varios días, y luego no tienen más remedio que retirarse a confiar en las promesas que eventualmente les han hecho. Excepto que algunas instituciones políticas, religiosas o civiles articulen esa movilización; la continuidad en el tiempo, la persistencia y el *savoir faire* reivindicatorio son más difíciles de adquirir por quienes no estuvieron antes en condiciones de emplear estas cualidades públicas en la construcción de instituciones que las garantizaran.

En ausencia de instituciones, la so-

ciedad civil se ausenta porque no puede poner en escena una representación.

Narodowski plantea su alternativa muy claramente: "Postular la necesidad de pensar [...] en términos de una desestatalización de algunos aspectos de las políticas de la educación y de un fortalecimiento de la acción estatal en las áreas en las que éste se ha mostrado más propenso al dejar hacer de algunos grupos sociales. En otras palabras, se trata no de fortalecer la política educativa general del estado sino de desmontar sus mecanismos a favor de los actores sociales". Las funciones políticas del estado consistirían en financiar los proyectos educativos teniendo en vista tres principios: la equidad, la diversidad y la justicia social. Sus funciones administrativas consistirían básicamente en garantizar la transparencia en el uso de los fondos. Los cambios propuestos incluirían una "porción significativa" de la política educativa. No se precisa el volumen de la porción.

Las reflexiones que siguen intentan exponer las precauciones que me parecen indispensables para, incluso, recorrer el camino de las ideas expuestas por Narodowski.

Es comprensible la confianza en una idea muy difundida en los últimos tiempos: que aquello que el estado no puede cambiar de su propio funcionamiento debe dejar de hacerlo, entregándose a quienes probaron que lo hacen bien. Sin embargo, la educación no son los teléfonos.

En el campo de la educación, ¿quiénes pasaron la prueba que el estado no está en condiciones de pasar? La respuesta la proporciona Narodowski: en primer lugar, la Iglesia católica. En consecuencia, el estado tendrá que emplearse a fondo para asegurar la diversidad teniendo como principal interlocutor y contendiente a la Iglesia. ¿Deberá limitar y controlar lo que no pudo controlar hasta hoy? ¿O quizás podría confiarse el sostenimiento de la diversidad a una de las partes del todo diverso? ¿Serán las familias las que podrán contribuir a garantizar la diversidad en el espacio gestionado por actores que no son diversos ni hacen de la diversidad un punto central de su ideología?

Sería injusto pedir a Narodowski que conteste estas preguntas que, en muchos casos, encontrarán resoluciones empíricas. Por lo demás, las familias más ricas en capital simbólico estarán en mejores condiciones de asegurar la diversidad en las instituciones a las que envían a sus hijos, en el caso de que a ese grupo de familias el ideal de diversidad les resulte indispensable; y no crean que es menos valioso que el control de las conductas públicas o el conocimiento de tecnologías de punta (custodiar a los chicos de la droga y enseñarles computación hoy son dos obsesiones de las familias que, en el proyecto descentralizador, tomarían muchas otras decisiones respecto de sus propios hijos y de la comunidad educativa en términos más amplios).

Me refiero con esta extensión a las familias porque ellas son el actor social, junto con los educadores, que Narodowski menciona como futuros protagonistas de un proyecto desestatalizador y descentralizador. Esto presupone una sociedad civil permanentemente activa que rodea a las escuelas, interviene dinámicamente, tiene tiempo y capital cultural para hacerlo. En realidad, esto ya sucede con las familias de capas medias y a ellas se les reforzarían las oportunidades de decisión, lo cual no tiene en sí mismo nada de condenable.

Un rasgo cultural de la posmodernidad es esta restauración de los valores de los grupos primarios de pertenencia, después de haberse cerrado el ciclo moderno donde la crítica de esos grupos formaba parte del tono de época. Los jóvenes (nos informan algunas encuestas) no encuentran modelos más valiosos que los que descubren en sus propias casas, o en la de sus primos, lo cual, si no significa una ampliación del horizonte de expectativas ni una apertura a la diversidad y lo desconocido, habla, por lo menos, del cierre de las heridas que la rebeldía sesentista puso en la vida de sus padres y abuelos.

Las familias y los educadores formarían una sociedad educativa, en la que habría muchos conflictos (los educadores sentirán no sólo el apoyo sino la tutela del ojo vigilante de las fami-

lias) pero, por lo menos, se haría algo para que los deseos de la sociedad civil se cumplieran. Quedará garantizado el principio democrático, aunque el estado tenga enormes dificultades, en este cuadro de decisiones familiares, para sostener la equidad, porque no puede redistribuirse el capital simbólico que las familias ya tienen como propio y entregarlo a aquellas familias que carecen de las destrezas, conocimientos y sobre todo carecen del tiempo para encarar productivamente una discusión sobre los proyectos educativos más convenientes para sus hijos. En todo caso, el esquema convendría a las capas medias más o menos ilustradas y la educación estatal podría reservarse para los pobres o los chicos cuyas familias no tomen parte activamente de las decisiones de las comunidades educativas.

Los educadores, por su lado, formados como nos lo ha dicho Narodowski en instituciones privadas, deberán haber encontrado allí las ideas e instrumentos que les permitan también a ellos reemplazar con ventajas los proyectos que hoy reciben de las burocracias estatales. No hay razones para prever que los mejores educadores no serán reclutados por las mejores familias para llevar a cabo los mejores proyectos educativos. Así es la vida.

La propuesta de Narodowski es interesante porque obliga a imaginar escenarios posibles (incluso cuando no sean los más probables). Seguramente, Narodowski comparte conmigo algunas inquietudes. Tiendo a creer que

los hijos de familias con aceptable capital cultural tienen mayores oportunidades que los otros chicos. Tiendo a creer que, libradas a su propia dinámica, las desigualdades producen más desigualdades. En un largo período de la Argentina, incluso en la república oligárquica, el estado intervino en esta trama de desigualdades. Lo hizo, como se hacía en esos tiempos, a través de procesos centralizadores que hoy están agotados y es sencillo someter a crítica.

Una de las ideas de moda en la política es la que consiste en confiar que toda descentralización es en sí misma beneficiosa. Un comunitarismo espontáneo piensa que ella anula intermediaciones burocráticas malsanas y acerca las decisiones a los sujetos que deberán cargar con sus consecuencias. Estas previsiones agradables presuponen más igualdad en la sociedad civil que la que se percibe cuando sus fracciones se enfrentan incluso en conocidos problemas menores como los casos en que las libertades públicas plantean conflictos a los deseos vecinales.

La política de estado para la educación tendría un diseño en negativo: que tenga la menor cantidad posible de políticas de estado y se limite a financiar políticas sectoriales, controlando su ejecución de acuerdo con ciertos principios. Narodowski invita a pensar el modo en que se desmontan mecanismos estatales a favor de actores sociales. Un estado que confie en la sociedad es, sin duda, mejor que un estado que se proponga configurarla desde arriba.

Probablemente dejamos sin tocar otro aspecto de la cuestión. Al principio de neutralidad de la escuela se le opone hoy el de su diversidad. Mientras el principio de la diversidad se refiera sólo a cuestiones identitarias y culturales, la discusión es interesante. Pero el conflicto emerge cuando la diversidad cultural, llena de promesas de desarrollos diferentes pero igualmente valiosos, se encuentra con otras diversidades que no necesariamente los producen: la diversidad que lleva el nombre de desigualdad económica y social. El estado en crisis no puede resolverla. Pero ella tampoco se resolvería si ese estado se limitara a financiar los proyectos de comunidades educativas que serían comunidades en un doble sentido: núcleos de personas movidas por los mismos objetivos, núcleos de personas parecidas desde el punto de vista social y cultural. Las comunidades de los más pobres deberían encontrar lo que Gramsci consideraba que eran los intelectuales de los pobres: miembros de la Iglesia, por ejemplo y, más modernamente, las burocracias de las ONG.

Comparto todas las inquietudes de Narodowski frente al lugar común educativo que consiste en clamar por la restauración de un estado educador. Simplemente planteo mi diferencia ante una salida que nadie desea. No me parece conveniente que a la utopía del estado total, que pocos se inclinan en resucitar, pueda reemplazársela por una utopía societalista.

21

HISPAMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Suscripción anual:

Socios del IILI: U\$S 55.00
Individual para estudiantes: U\$S 30.00
Individual para profesores jubilados: U\$S 30.00
Socios protectores: U\$S 80.00
Instituciones suscriptoras: U\$S 70.00
Instituciones protectoras: U\$S 80.00

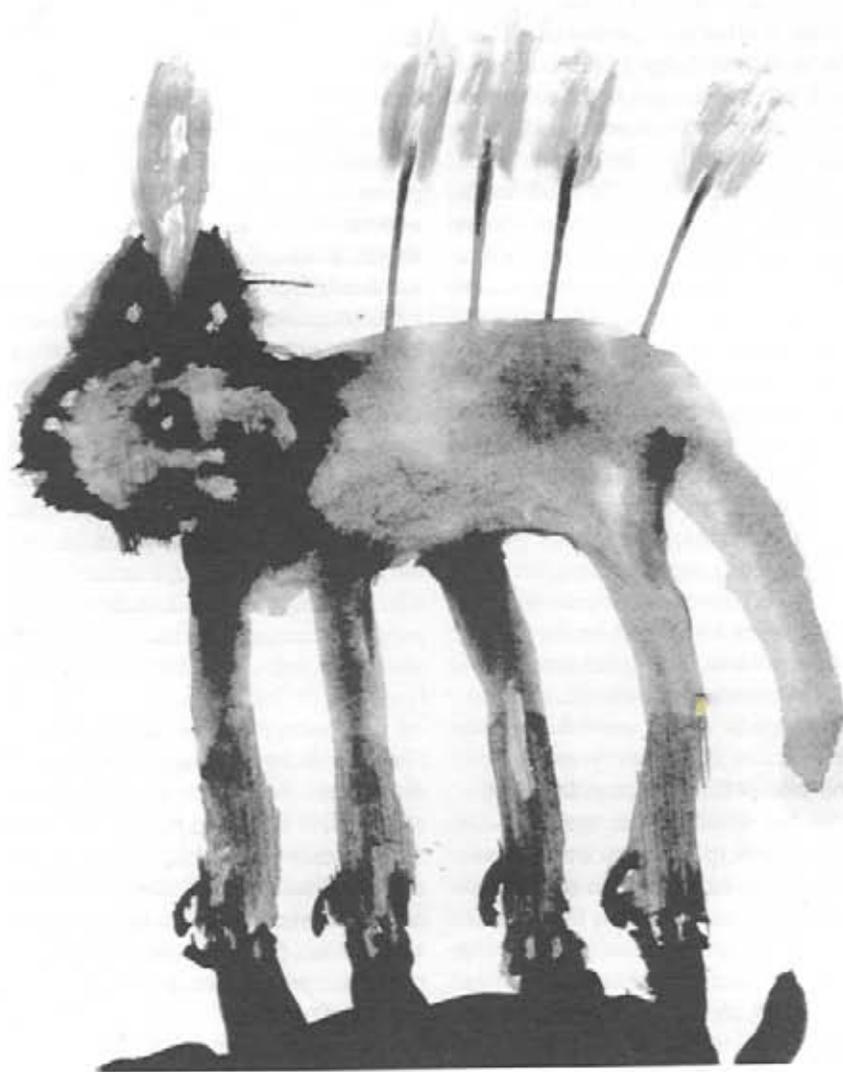
Países latinoamericanos:

Individual: U\$S 30.00
Instituciones: U\$S 35.00

Directora: Mabel Moraña

Secretario-Tesorero: Bobby J. Chamberlain

1312 CL, Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh PA 15260 USA



El artículo de Hugo Vezzetti "Activismos de la memoria: el escrache", que encabeza el número anterior de esta revista, provoca y merece una serie de reflexiones. Tanto por el peso del tema (que Vezzetti aborda con la franqueza necesaria) como por lo que significa en tanto se suma a las discusiones en que *Punto de vista* interviene a propósito de los diversos retornos de los setenta en el debate social de estos años, especialmente desde 1996 (aunque la apelación polémica de esta revista en torno de estas cuestiones en el ámbito de lo que aún podemos llamar cultura política de la izquierda se remonta por lo menos a

1984). Las notas que siguen proponen algunas de esas reflexiones; para adelantar la cuestión principal de entre las que más nos han interesado, digamos que Vezzetti aborda el problema de la memoria social en la Argentina de la posdictadura mediante un intento de análisis del "escrache", es decir de una de las prácticas recientes del discurso de algunos organismos de familiares de las víctimas de la dictadura; y a la vez, Vezzetti sesga u orienta su análisis con el propósito de recuperar o asimilar el "escrache" a los valores y creencias de una posición o una doctrina política que identifica como la posición de la "sociedad civil"

y que no es la que sostienen los inventores y protagonistas del "escrache".

Un argumento central del trabajo de Vezzetti está en la distinción entre el escrache que "se dirige a sacar del anonimato a un represor disimulado en la comunidad", y el que, en cambio, se propone "denunciar y enfrentar políticamente" a "figuras públicas y notorias del pasado dictatorial (como el General Bussi)". En el primer caso, propone Vezzetti, los HIJOS se ponen "en línea con la implantación reorganizadora y fundacional del *Nunca más*", que integra a vecinos y a la opinión pública en general en un castigo moral que continúa la resolución penal abierta por el Juicio de las Juntas e interrumpida por las leyes de punto final y obediencia debida y por el indulto. En el segundo caso se trataría, en cambio, "de una acción directa de movilización que descrea de los resortes institucionales de la política" y que conlleva la amenaza de "una recaída en la repetición antes que en la *rememoración* del pasado", en la que los HIJOS resumen discursiva e imaginariamente el lugar de combate revolucionario de sus padres, reeditando "los rituales del sectarismo y el encierro autorreferencial". Las objeciones que merece la distinción podrían sintetizarse en una: Vezzetti no evita el riesgo de pasar por alto que la relación que efectivamente tienen tanto buena parte de la "sociedad civil" como el Estado democrático con el pasa-

do dictatorial y sus efectos presentes impide pensar y desarrollar un proyecto democrático genuino que resulte viable, es decir un proyecto con el que las demandas de memoria y justicia no se lleven mal. De hecho, la diferenciación del escrache a Bussi se desdibuja si observamos que a partir, entre otras cosas, de las limitaciones de las instituciones judiciales, la irrupción de Bussi en la legalidad democrática, lejos de corresponderse con una "sociedad civil" que, sin disidencias relevantes, habría asimilado el relato del *Nunca más* como promesa de un "nuevo origen", no tuvo siquiera que apelar al olvido ni al anonimato como condiciones previas. El "origen" de Bussi como gobernador de Tucumán no es "nuevo". Por eso el escrache contra Bussi interroga la perspectiva de Vezzetti más que en ningún otro lugar de sus estimulantes reflexiones, porque interpela los límites de la democracia posdictatorial en la Argentina sin obtener una respuesta que no sea, también, una repetición del discurso (y de las acciones) del pasado: "los fantasmas y las representaciones del combate con el enemigo histórico" no han sido repuestos desde Tucumán por ninguna movilización radicalizada de familiares atados a la memoria privada de sus parientes revolucionarios, sino mantenidos en el lugar que ganaron desde el Operativo Independencia, un lugar en el que, lejos de intervenir mediante la memoria y la justicia, la democracia del *Nunca más* no ha podido incidir de modo decisivo. En este sentido, es interesante notar que las disputas sobre esta cuestión se crispen en el caso Bussi (lo que Vezzetti ve con claridad) y no, digamos, en el de Astiz, igualmente emblemático, que de tanto encontrarse con insultos, denuncias a voz en cuello y puñetazos callejeros más o menos espontáneos terminó por inspirar en buena medida la invención del escrache como actividad sistemática. Gracias al paciente activismo de los organismos de Derechos Humanos y al del padre de una víctima, que se ocuparon de *escracharlo* ante la opinión pública y ante la justicia desde los años de la dictadura, no era necesario hacia finales de los noventa que

Astiz fuese sacado de sus disimulos cotidianos para que la opinión pública lo recordase y condenase. Pero sucede que, si los escraches dirigidos contra represores menos notorios buscan, cuando hace falta, *descubrir*, es decir reconstruir la memoria, no es menos cierto que todos los escraches también se llevan a cabo para *mantener* los recuerdos colectivos, porque la rutinización de la presencia impune de los represores entre el resto de los ciudadanos beneficia con efectos de olvido tanto a los célebres como a los menos notorios. En la línea de reflexiones que propone Vezzetti, un caso como el de Astiz resulta poco problemático sencillamente porque las únicas instituciones que todavía le proporcionan cierto resguardo son las Fuerzas Armadas y no las propiamente democráticas. Los activismos, entre ellos el escrache, fueron tan persistentes con él que resultaron políticamente efectivos: las simpatías de que Astiz goza en un sector nada minúsculo de la sociedad no sólo "civil" de Bahía Blanca y alrededores (y que en términos numéricos le hubiesen alcanzado en algún momento para acceder, pongamos por caso, a una banca de concejal) se han vuelto vergonzantes y políticamente impresentables. No sucedió lo mismo con tantos otros represores menos *escrachados*, en virtud, entre otras cosas, de una serie de circunstancias y mecanismos que nada impide pensar —y así lo hemos hecho muchos de nosotros— como los peores "resortes institucionales de la política" en la Argentina. Si hay una diferencia decisiva entre los escraches a represores anónimos o tan notorios como Astiz o Etchecolatz, y el escrache a Bussi organizado por HIJOS en Tucumán en octubre de 1998, está en que en el último caso se trató además de una denuncia irritada contra los límites más repugnantes de la democracia argentina.

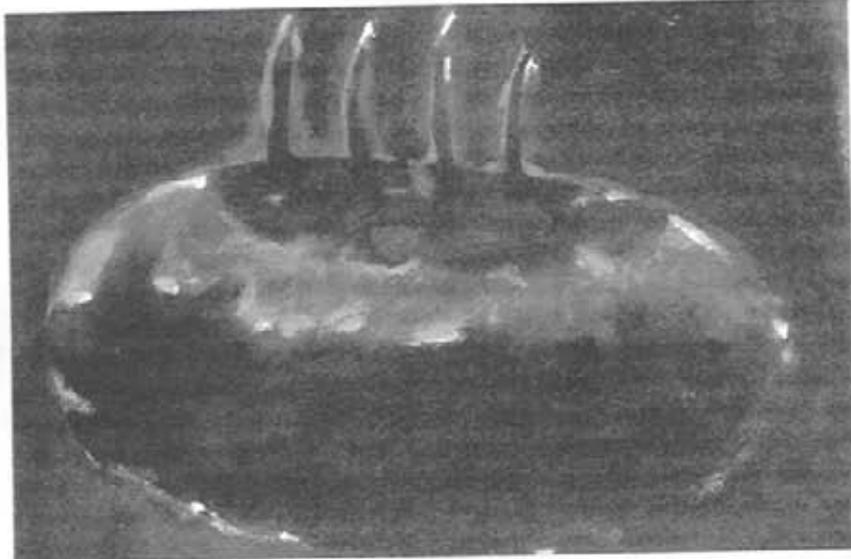
Muestra de tales límites parecen las declaraciones del ex presidente Raúl Alfonsín de mediados de febrero, a propósito de las causas abiertas por "el derecho a la verdad" que se llevan a cabo en La Plata para investigar el destino de los desaparecidos en la jurisdicción de la Cámara Federal local.

Alfonsín, operador y referente insoslayable de la coalición electoral con mejores posibilidades de acceder al gobierno nacional en menos de un año, se mostró preocupado no sólo por la posibilidad de que estos juicios *reabran heridas del pasado*, sino sobre todo porque la citación de militares podría afectar "la gobernabilidad". Vezzetti es claro cuando señala con severidad que después del juicio de 1985 los partidos políticos se distanciaron del proyecto de la sociedad civil, explicitado para él en el *Nunca más*. No obstante, conviene notar que, aunque las posibilidades de una condena legal estén cerradas por las leyes de impunidad, las advertencias de Alfonsín piden más: suponen ahora una incompatibilidad entre la verdad acerca de los hechos y las posibilidades de la democracia.

Por otra parte, la distinción de Vezzetti resulta discutible también si se analizan los que en su trabajo aparecen como escraches propiamente dichos. En el panfleto con que HIJOS de La Plata agitó y difundió el escrache contra el ex represor Carlos "Indio" Castillo (que en términos de Vezzetti sería claramente un anónimo) no hay distinción entre anónimos y notorios: "A través del señalamiento de Videla, Astiz, Etchecolatz, Beroch o Castillo, lo que condenamos es el terrorismo de estado, la miseria y la desigualdad, y, la impunidad de las atrocidades cometidas. Ante la ausencia de justicia, hagamos que el país sea su cárcel"; y, por otra parte, en ese panfleto la memoria también es, como en el escrache contra Bussi, memoria y reivindicación de los padres revolucionarios. Bajo el título "Qué es el escrache", los HIJOS proponen allí, entre otras consignas y posiciones: "(...) Con orgullo levantamos los nombres de nuestros padres, su lucha por un país digno de ser vivido por todos; reivindicamos sus ideales de igualdad, solidaridad, libertad. Cuando decimos que la represión no fue una guerra sino un plan sistemático de exterminio y persecución política, estamos rechazando la teoría de los dos demonios".

En relación con eso, el trabajo de Vezzetti no deja de sugerir que en el espacio de oposición a la dictadura to-

da disidencia significativa con su perspectiva —la del *Nunca más*— habría quedado desplazada a sólo o casi exclusivamente los parientes de las víctimas de la represión y los sobrevivientes de las organizaciones armadas de los setenta. Entre otras cosas porque, a la vez que plantea con acierto lo problemático de cierta "privatización" de los activismos de la memoria, abre más o menos implícitamente la hipótesis de que esa intervención protagónica de los testigos y afectados directos se cuente entre las causas de la escasa intervención del resto de la sociedad en la reconstrucción del pasado. Aunque no podamos completar aquí un análisis del problema, la discusión podría iniciarse recordando, por una parte, la masividad y la llamativa diversidad social del conjunto de quienes participaron de las movilizaciones en contra del punto final, la obediencia debida, el indulto, y los actos de marzo de 1996 en ocasión del vigésimo aniversario del golpe militar (acontecimientos en los que, además, no sólo los parientes y sus allegados o los restos de algún "izquierdismo irresponsable" asumieron las posiciones más radicalizadas); y agregando, por otra, la particular actitud de la opinión pública argentina cuando se la compara con los efectos de otras dictaduras en el llamado Cono Sur: aquí el silencio o el olvido colectivos no han logrado imponerse completamente por sobre la evidencia del genocidio de las fuerzas armadas, policiales y parapoliciales, repudiadas y desprestigiadas de modo llamativo y persistente. Seguramente esa persistencia no es ajena a la demostrada incapacidad de las instituciones del Estado para esclarecer y condenar los crímenes de la represión —ni siquiera en los términos planteados en el *Nunca más*—, ni al hecho de que el terrorismo de Estado apuntó y afectó al conjunto de la sociedad. Así, resulta discutible la idea del Informe de la CONADEP como un "corte político y ético" en torno del cual una sociedad sin quiebres se habría aglutinado en un *ritual* que resolvía su relación con el pasado y lo clausuraba. Desde una visión excesivamente armoniosa, Vezzetti entiende que las acciones de las Abuelas ante



la Justicia por sus nietos desaparecidos e incluso los juicios recientes en el exterior fueron posibles gracias a ese "corte político y ético, que trasladaba su centro a la justicia". Sucede sin embargo que, salvo excepciones, nunca hubo una acción efectiva del Poder Judicial para buscar a los niños apropiados por los represores, como lo demuestran tanto el hecho de que la mayoría de los casos permanezca irresuelto hasta hoy como la facilidad con que tantos apropiadores que decidieron escapar del país pudieron hacerlo. La noción de "nuevo origen" reemplazaría con un tópico algo mitológico el análisis histórico de lo que fue más bien una *transición* de conflictividad evidente entre las demandas de justicia y una presión posdictatorial de continuidad que logró instaurar, entre otras cosas, los mecanismos institucionales que darían lugar a la impunidad presente. En este sentido, las contradicciones que no se despejan en el trabajo de Vezzetti obligan a volver sobre lo que puede parecer obvio: que no podría haber tal recomienzo y sí escándalo en la medida en que Bussi deba quedar resguardado del escrache desde que los límites de las instituciones nos obligan a reconocerle la misma legitimidad de que goza el resto de los funcionarios electos; y que ese recomienzo se puede imaginar sólo si se sostiene que el golpe de Estado de 1976 reprimió casi exclusivamente al "terrorismo guerrillero" (hallado, dice Vezzetti, junto al accionar de la dictadura, en el "des-

censo a los infiernos" que emprendió la CONADEP) y no al vasto movimiento político, social y cultural que venía siendo identificado como el destinatario del exterminio en la llamada doctrina de la Seguridad Nacional y que en la interpretación histórica del *Nunca más* aparece como la víctima o el espectador de un fuego cruzado.

Conectada con la distinción entre activismo de los parientes y desinterés del resto de la sociedad, está la distinción que hace Vezzetti entre "pulsión testimonial" presente e "investigación histórica" futura: que la condición de partícipe o víctima impulsado, por lo mismo, a dar testimonio, inhabilite para el ejercicio del análisis a la luz de "archivos" que Vezzetti destina a una futura "generación que no fue protagonista" parece, por lo menos, muy discutible (reincidencia en una vieja e interminable discusión que forma parte, se sabe, de los lugares comunes en el debate acerca del saber histórico y social). La afirmación, por otra parte, permite preguntarse si de modo inadvertido el trabajo de Vezzetti no se torna así autocontradictorio: partícipe del debate político que analiza, entre otras cosas por razones generacionales, ¿no establece entonces un argumento que pone en duda la confiabilidad de las productivas reflexiones e hipótesis que leemos en su artículo, eximiendo además de proseguir en el presente el debate que abre?

Entre tales reflexiones se cuentan las que, a partir del predominio de los

géneros testimoniales en el discurso de los protagonistas, propone Vezzetti en torno de lo que podríamos llamar la dimensión estética o literaria de los activismos de la memoria. Vezzetti razona una ética de los modos de narrar el horror según una separación dura entre "distancia pensada" y "cercanía vivida", que retoma la orientación con que en esta revista se discuten los recientes retornos testimoniales a los años setenta, en su número de agosto de 1997.¹ Quedaría supuesto, así, que el testimonio no podría alojar un "residuo reflexivo" o un trabajo crítico, y que ni el testigo ni su lector —"un público receptivo"— podrían tomar distancia analítica. El supuesto parece asociado a una divergencia ideológico-política fuerte con cierto testigo típico o predominante, divergencia que toma la forma del argumento *siguen atados a ese esquema de significación acerca del pasado porque no analizan, y no pueden analizar por su condición de protagonistas/víctimas/testigos*.

Es cierto que muchos testimonios, orientados por una pulsión "complaciente cuando no reivindicativa", buscan el renacimiento de eso que Vezzetti identifica como cierto "sentido común izquierdista", e incluso asimilan la figura de los desaparecidos a la de los "combatientes caídos en la lucha con el enemigo". Antes que, por tales razones, desestimar la utilidad de los testimonios en su conjunto como inevitables instrumentos y materiales del proceso de "rememoración", parece menos político y más crítico preguntarse no sólo acerca de las razones que los hacen inevitables, sino también por las divergencias retóricas, temáticas e ideológicas que los atraviesan, y que aconsejarían no aglutinarlos en una caracterización uniforme.

Respecto de la primera cuestión, los testimonios no son inevitables sólo porque compensen la chatura prosaica de la democracia con una "visión heroica de la política" que repondría el deseo allí donde perspectivas como la de Vezzetti preferirían un dominio casi excluyente de la razón. Los testimonios parecen inevitables también por otras razones, entre las que no sería menor la necesidad de los familiares por recuperar, como matriz irre-

mediable de su propia identidad, la de sus hijos o, sobre todo, sus padres desaparecidos o muertos, y de hacerlo no sólo para sí mismos: la figura del militante revolucionario, convertida en tabú por efecto no sólo estratégico sino también ideológico de la *posición Nunca más*, es mucho más que una figura meramente privada, y su recuperación como objeto de una reflexión histórica que comience por nombrarla ha sido reinstalada en el debate reciente por los testimonios más que por cualquier otro tipo de intervención o género.

Respecto de la segunda cuestión, el corpus de testimonios publicados durante los últimos años se nos presenta mucho menos uniforme de lo que aparece en la descripción de Vezzetti, si lo examinamos incluso a la luz de la *estética* que el propio Vezzetti propone para la construcción de la memoria: desde la referencia a Claude Lanzmann y a su modo de narrar el horror en *Shoa*, Vezzetti reclama una *estética* "con silencios y con huecos que mantienen, en contra de lo ya sabido, interrogantes que no tienen respuesta", a diferencia de "la acumulación de testimonios" que siempre estaría al borde de la repetición de "esquemas de significación ya armados", siempre a punto de clausurar la incesante búsqueda colectiva de sentidos. Para iluminar la necesidad de revisar esa caracterización generalizadora de los testimonios y el valor consiguiente que se les resta en un trabajo de reconstrucción crítica del pasado, po-

dríamos releer un libro enfáticamente discutido por diversos trabajos anteriores de esta revista. Uno de los procedimientos narrativos de *La voluntad* está en el punto de vista, es decir en su opción por el estilo indirecto libre: los autores transfirieron los relatos de los entrevistados a un narrador en tercera persona, cuya voz, así, se hace cargo de las diversas subjetividades enunciativas de los protagonistas.² De este modo, los tonos nostálgicos, reivindicatorios o a veces casi sacralizantes de ciertos hechos pasados que se narran son los tonos a los que sucesiva e intermitentemente se va entregando el narrador del libro. No obstante, la contracara de esa aparente ausencia de distancia está en la previsible variedad de tonos, retóricas e ideologías, que precisamente se hace más llamativa por el estatuto del narrador: hay, por ejemplo, más diferencia que semejanza entre el relato de Graciela Daleo, sobrecargado de retóricas políticas cristalizadas, y el de Alejandro Ferreyra, que por su poética de la narración podría llevar el título de la segunda parte de *Operación masacre*: "Los hechos".

Estas notas, insuficientes para establecer o ensayar conclusiones, insisten no obstante en la necesidad crítica de revisar una y otra vez las hipótesis que cada una de nuestras iniciativas va aportando a un debate imprescindible, en el que la voluntad analítica siempre estará sostenida por una subjetividad históricamente situada.

Notas

1. Aquella entrega llevaba como título de tapa "Cuando la política era joven: Eva Perón, años setenta, democracia, populismo", y se abría con una nota de Oscar Terán que adelantaba una especie de crítica de la utopía moderna —vanguardista o, mejor, habermasiana— de reconexión o intercambio entre arte y praxis política o moral. La crítica sugería a su manera una renuncia al deseo o al deseo político —"el deseo de una ciudad"— es decir, la utopía entendida como apropiación de la política por parte del deseo. En la nota, titulada "Pensar el pasado", Terán cita a modo de epígrafe un breve relato de Italo Calvino en el que un hombre asaltado por el deseo de una ciudad que en su sueño "lo contenía joven", está finalmente en la ciudad pero "a edad avanzada", cuando "sus deseos ya son recuerdos". Terán agrega a la cita de Calvino, con la misma marginación del

epígrafe, como si lo estuviera completando, corrigiendo o asegurando su interpretación, que "Pensar el pasado es todavía más complejo cuando se desconfía de aquellos deseos". Pero antes de ese agregado, Terán ha eliminado de la cita aquello que la haría irreductible a las lógicas de la política: en el texto de Calvino, el deseo del hombre —quien más que pensar desea, y que de viejo mira el deseo de los jóvenes, y recuerda— se cumple: Isadora, la ciudad a la que llega, es "la ciudad de sus sueños" (Terán, Oscar: "Pensar el pasado", en *Punto de vista*, 58, agosto de 1997, pp. 1-2; el texto de Calvino, "Las ciudades y la memoria", pertenece a su libro *Las ciudades invisibles*, Madrid, Ed. Siruela, 1994, p. 23.)

2. Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Ed. Norma, 1997.

La cita de la violencia: convulsiones del sentido y rutinas oficiales

Nelly Richard

26



No poder contar la historia, no poder contar con la historia, no poder contar con la memoria, esto es precisamente nuestro malestar en la democracia... Lo que ha quedado así dislocado y escindido es la relación entre política y sensibilidad, pues no existe, creo, una política del malestar.

Sergio Rojas

El modelo consensual de la "democracia de los acuerdos" que formuló el gobierno chileno de la Transición (1989) señaló el paso de la política como *antagonismo* —la dramatización del conflicto regido por una mecánica de enfrentamientos— a la política como *transacción*: la fórmula del pacto y su tecnicismo de la negociación. La "democracia de los acuerdos" hizo del

consenso su garantía normativa, su clave operacional, su ideología desideologizante, su rito institucional, su trofeo discursivo.

¿Qué desbordes buscó limitar el consenso, al pretender forzar la unanimidad de voces y conductas en torno a la racionalización formal y tecnicificada del acuerdo? Desbordes de *nombres* (la peligrosa revuelta de las

palabras que diseminan sus significaciones heterodoxas para nombrar lo oculto-reprimido fuera de las redes oficiales de designación); desbordes de *cuerpos* y de *experiencias* (los modos discordantes en que las subjetividades sociales rompen las filas de la identidad normada por el libreto político o el spot publicitario con zigzagantes fugas de imaginarios); desbordes de *memorias* (las tumultuosas reinterpretaciones del pasado que mantienen el recuerdo de la historia abierto a una incesante pugna de lecturas y sentidos).

Memoria y desafecto

La consigna chilena de recuperación y normalización del orden democrático buscó conjurar el fantasma de las múltiples roturas y dislocaciones de signos producidas durante la dictadura encargándole a la fórmula del consenso que neutralizara los contrapuntos diferenciadores, los antagonismos de posturas, las demarcaciones polémicas de sentidos contrarios, a través de un pluralismo institucional que obligó a la diversidad a ser "no-contradicción":¹ cadena pasiva de diferencias que se yuxtaponen indiferentemente unas a otras sin confrontar sus valores

El ensayo que publicamos, con autorización de su autora, apareció en: Nelly Richard, *Residuos y metáforas: Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1998.

para no desapaciguar el eje de reconciliación neutral de la suma. Pluralismo y consenso fueron los temas llamados a interpretar una nueva multiplicidad social cuyos flujos de opinión debían, supuestamente, expresar lo diverso, pero cuya diversidad tenía que ser, a la vez, regulada por necesarios pactos de entendimiento y negociación que contuvieran sus excesos a fin de no reeditar los choques de fuerzas ideológicas que habían dividido el pasado.

El paradigma de normalidad y legitimidad políticas que establece el consenso para controlar la pluralidad heterogénea de lo social hizo necesario disciplinar antagonismos y confrontaciones, fijando límites destinados a proteger el acuerdo de todo aquello susceptible de desbordar la formalidad de su acto de constitución.² El consenso excluyó del protocolo de su firma la memoria de la disputa entre las razones y las pasiones que habían luchado en el interior del proceso de elaboración de su pacto discursivo. Lo Uno del consenso oficializado por la Transición se resiste ahora a aceptar no sólo que toda objetividad social "presupone necesariamente la represión de aquello que su instauración excluye"³ sino que, además, las fuerzas negativas de lo sustraído y lo excluido deben seguir inquietando los límites de normalización de lo político para impedir que el trazado de la identidad oficial sacrifique la memoria de sus "otros" y borre de su última definición normativa el rastro plural de las pugnas de validez y legitimidad entre *identidad, diferencia y alteridad*.

El consenso oficial de la Transición desechó aquella memoria privada de los des-acuerdos (aquella memoria anterior a la formalización del acuerdo) que hubiera dado cuenta de la vitalidad polémica —controversial— de sus mecanismos de constitución interna. Pero también, y sobre todo, eliminó de su repertorio de significados *convenidos* la memoria histórica del antes del consenso político-social, es decir, la memoria de un pasado juzgado *inconveniente* por las guerras de interpretación que sigue desatando entre verdades y posiciones todavía sin ajustar, en conflicto.

La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. La memoria remece el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar que ponen su recuerdo a trabajar, llevando comienzos y finales a reescribir nuevas hipótesis y conjeturas para desmontar con ellas el cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas. Y es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha, que no se da nunca por vencida, la que perturba la voluntad de sepultación oficial del recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas.

"El consenso es la etapa superior del olvido",⁴ dice Tomás Moulian, aludiendo al mecanismo de "blanqueo" que, en la escena chilena de la Transición, fue despejando las contradicciones en torno al valor histórico del pasado y también los desacuerdos sobre las finalidades de un presente en el que "la política ya no existe más como lucha de alternativas, como historicidad" sino como "historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometen la dinámica global".⁵ Pequeñas variaciones, ajustes y cambios que sólo anuncian un futuro pre-reconciliado: un futuro descargado de toda expectativa, aligerado del peso de la incertidumbre cuyo mérito radica en dejar abierto el campo de decisiones y apuestas que rodea lo aún no-determinado, manteniéndolo políticamente tenso y vibrante.

La Transición le encargó a los administradores oficiales del consenso la tarea de atenuar las marcas de la violencia que permanecía adherida al contorno de las palabras que nombran la conflictualidad del recuerdo, para reducir —eufemísticamente— la gravedad de sentido contenida en su dramática de los hechos y hacer que ya nada intolerable, nada insufrible, eche a perder las celebraciones oficiales de lo llevadero. La inofensividad de los nombres, su permisividad banal, se vale hoy de palabras sin emoción ni temblor para transmitir significados políticos que han sido rutinizados por la monotonía locutoria de los informati-

vos noticiosos. Pareciera, entonces, que el consenso político es sólo capaz de "referirse a" la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información), pero no de *practicarla* ni tampoco de *expresar sus tormentos*. "Practicar" la memoria implica disponer de los instrumentos conceptuales e interpretativos necesarios para investigar la densidad simbólica de los relatos; "expresar sus tormentos" supone recurrir a figuras de lenguaje (símbolos, metáforas, alegorías) suficientemente conmovibles para que entren en relación solidaria con la desatadura emocional del recuerdo. El consenso que reprime esta desatadura emocional del recuerdo sólo nombra a la memoria con palabras exentas de toda convulsión de sentido, para no alterar el formulismo minuciosamente calculado del intercambio político-mediático.

El libreto oficial del gobierno de la Concertación ha convertido la memoria en una doble cita, respetuosa y casi indolora. Tribunales, comisiones y monumentos a los derechos humanos citan regularmente a la memoria (hacen mención de ella, la notifican), pero dejando fuera de sus hablas diligentes toda la materia herida del recuerdo: densidad psíquica, volumen experiencial, huella afectiva, trasfondos cicatriciales de algo inolvidable que se resiste a plegarse tan sumisamente a la forma meramente cumplidora del trámite judicial o de la placa institucional.⁶ Además, la Concertación nos cita indistintamente a todos, nos convoca y nos reúne en torno a la memoria citada para invitarnos a compartir el simple valor de anotación —expurgado de todo recuento personal— con el cual el discurso público salda formalmente su deuda con el pasado sin demasiado pesar, sin casi nunca pasar por las aversiones, suplicios, hostilidades y resentimientos que desgarran a los sujetos biográficos. Como muchas de las palabras puestas a circular anodinamente, sin peso ni gravedad, por las vías comunicativas de la política mediática de la televisión, la palabra "memoria" ha borrado de su verbalización pública el recuerdo intratable, insociable, de la pesadilla que torturó y suplició a sus sujetos en el pasado. La memoria, desalojada in-

cluso de las palabras que la nombran,⁷ sufre ahora el vacío de una falta de contexto que cancela diariamente su pasado de horror, separando y alejando cada vez más el recuerdo histórico de la red de emocionalidad que antes lo hacía vibrar colectivamente.⁸ Pareciera que la palabra "memoria", así recitada por el habla mecanizada del consenso, somete el recuerdo de las víctimas a una nueva ofensa: la de volver ese recuerdo insignificante al dejar que lo hablen palabras debilitadas por las rutinas oficiales, que trabajan en poner los nombres cuidadosamente a salvo de cualquier investigación biográfica sobre lo convulso y fracturado de su materia vivencial. Palabras reducidas a la lengua insensible de la certificación objetiva —la del informe político, la del análisis sociológico— que nos dicen algo, en el mejor de los casos, de lo que el pasado "fue", pero sin que la referencia a ese "haber sido" de la indignidad vea sus convenciones expresivas trastocadas por lo inaguantable de la sustancia vivida que compone el recuerdo. Es decir, sin que el trazado demasiado bien asegurado de la fórmula consensualista se vea remecido por trastornos de conducta o sobresaltos en la voz que delatan los paroxismos de la furia y de la desesperación.

Roturas biográficas, desarticulaciones narrativas

La experiencia de la postdictadura anuda la memoria individual y colectiva a las figuras de la ausencia, de la pérdida, de la supresión, del desaparecimiento. Figuras rodeadas todas ellas por las sombras de un duelo en suspenso, inacabado, tensional, que deja sujeto y objeto en estado de pesadumbre y de incertidumbre, vagando sin tregua alrededor de lo inhallable del cuerpo y de la verdad que faltan y hacen falta.

La ausencia, la pérdida, la supresión, el desaparecimiento, evocan el cuerpo de los detenidos-desaparecidos en la dimensión más brutalmente sacrificial de la violencia, pero connotan también la muerte simbólica de la fuerza movilizadora de una histórici-

dad social que ya no es recuperable en su dimensión utópica. Esa fuerza de historicidad fue vivida por la cultura, durante el régimen militar, como lucha de sentidos, como lucha por defender un sentido urgido y urgente. Sin duda que la epopéyica tarea de haber tenido que reinventar lenguajes y sintaxis para sobrevivir a la catástrofe de la dictadura que sumergió cuerpos y experiencias en la violencia desintegrativa de múltiples choques y estallidos de identidad; el enfrentarse a los códigos como si la batalla del sentido fuera asunto de vida o muerte, debido a la peligrosidad del nombrar, sometieron prácticas culturales y biografías sociales a sobreexigencias de rigor y certeza que terminaron agobiándolas. Muchas subjetividades cansadas del disciplinamiento heroico de ese maximalismo combatiente que ayer las gobernaba, prefieren hoy complacerse en las pequeñas satisfacciones neoindividualistas de lo personal y de lo cotidiano, de lo subjetivo, como tácticas parciales de retraimiento y distraimiento que crean la ilusión de ciertas "autonomías relativas respecto de las estructuras del sistema" cuando ya no es posible creer razonablemente en su próximo derribamiento.⁹

Pero, además, la transición democrática y sus redes de normalización del orden desactivaron el carácter de *excepcionalidad* que revestía la aventura del sentido, cuando se trataba de combatir el horror y el terror desde zonas del pensar en constante estado de emergencia. Ese valor de lo extremo antes convocado por la pasión rebelde de defender verdades *insustituibles* (absolutas) pasó a formar parte del régimen de plana *sustitutividad* de los signos que hoy desenfatisa voluntades y pasiones de cambio en nombre del relativismo valorativo.¹⁰

Cualquiera sea el motivo dolido de la renuncia, la condición postdictatorial se expresa como "pérdida de objeto" en una marcada situación de "duelo":¹¹ bloqueos psíquicos, repliegues libidinales, paralizaciones afectivas, inhibiciones de la voluntad y del deseo frente a la sensación de pérdida de algo irreconstituible (cuerpo, verdad, ideología, representación). El pensamiento de la postdictadura es, tal co-

mo lo señala Alberto Moreiras, "más sufriente que celebratorio": "como el duelo que debe fundamentalmente al mismo tiempo asimilar y expulsar, el pensamiento trata de asimilar lo pasado buscando reconstituirse, reformarse, siguiendo líneas de identidad con su propio pasado; pero trata también de expulsar su cuerpo muerto, de extroyectar su corrupción torturada".¹² Ese dilema melancólico entre "asimilar" (recordar) y "expulsar" (olvidar) atraviesa el horizonte postdictatorial produciendo narraciones divididas entre el *enmudecimiento* —la falta de habla ligada al estupor de una serie de cambios inasimilables, por su velocidad y magnitud, a la continuidad de experiencia del sujeto— y la *sobreexcitación*: gestualidades compulsivas que exageran artificialmente ritmo y señales para combatir la tendencia depresiva con su movilidad postiza. Por un lado, biografías cautivas de la tristeza de un recuerdo inamovible en su fijeza mórbida. Por otro lado, relatos livianos que se precipitan histéricamente en la sobreacumulación de lo pasajero festejando con ella el guiño trivial de la novedad publicitaria. Del enmudecimiento a la sobreexcitación; del padecimiento atónico a la simulación hablantina, las respuestas —conscientes o inconscientes— al recuerdo de la tragedia hablan de la problematización de la memoria histórica en tiempos de postdictadura: una memoria tironeada entre la petrificación nostálgica del ayer en la repetición de lo mismo y la coreografía publicitaria de lo nuevo que se agota en las variaciones fútiles de la serie-mercado.

El reemplazo de la historia, como *volumen y acontecimiento*, por la plana superficie del consenso administrado y sus mecanismos de desapasionamiento del sentido generó, en ciertos actores sociales, el efecto retrospectivo de una intensificación nostálgica del recuerdo de la Antidictadura con su épica del metasignificado. La mitologización del pasado histórico, como emblema de pureza e incontaminación de los ideales políticos, condujo a una santificación de las víctimas destinada a remediar así la falta de ejemplaridad heroica de un presente rendido a la mera pragmática de actuaciones

ya carentes de toda rebeldía moral. El radical trastorno de aquel universo de sentido nítidamente marcado, bajo la dictadura, por oposiciones tajantes entre oficialismo y disidencia que iban acompañadas del *pathos* de una batalla monumental, produjo desastrosos efectos de vaciamiento utópico. De ahí el síntoma melancólico-depresivo que afecta al sujeto de la postdictadura, dejándolo tristemente sumergido en el decaimiento, en el repliegue del silencio o de la inacción, porque "incapaz de garantizar la autoestimulación suficiente para iniciar ciertas respuestas"¹³ frente a un mundo tan confusamente reordenado.

nidas y de totalidades homogéneas y que, ahora, las priva de toda certeza de pertenencia e identificación. El paisaje de la Transición se llenó de centralidades difusas y de márgenes corridos cuyos mecanismos de control se han vuelto ubicuos en sus razones y poderes, segmentados por escalas de valores oscilantes que ya no son éticamente confrontables entre sí, hasta formar un mapa de conversiones oportunistas donde no hace falta ser consecuente con nada, porque las biografías y las identidades mutan según el mismo ritmo veloz de permutación de los servicios y de las mercancías, en superficial armonía con una lógica del

do expertas en suprimir las articulaciones biográficas e históricas de las secuencias cronológicas y en borrar la problematización de sus enlaces, quizás debamos activar la proliferación de relatos capaces de multiplicar tramas de narratividad que pongan en marcha adelantamientos y retrospectivas para llevar la temporalidad de la historia a volverse sobre sí misma en cada intersección de hechos y palabras, haciendo saltar así la imagen mentirosa de un "hoy" desligado de todo antecedente y cálculo oficiales.¹⁵

El presente de la Transición se aprovecha de esta incomodidad social del recuerdo y de la autocensura con



La pérdida de una macrorreferencialidad de sentido ayer polarizada por la lucha frontal entre opuestos y la fragmentación relativista de los valores en el horizonte "post" fueron, quizás, experimentadas por algunos como algo liberador por ser capaces de romper la jerarquía opresiva del sentido único que obligaba a verdades totales en los tiempos doctrinarios del credo ideológico. Pero estos quiebres de horizontes y perspectivas fueron sobre todo vividos por las biografías militantes como desorientación pánica frente al estallido de las coordenadas de interpretación que, antes, ordenaban sus visiones de mundo según el trazado unívoco de centralidades defi-

cambio que sólo obedece los estímulos del gusto.

Pero, además, el horizonte utópico de la lucha contestataria de antes —un horizonte que se ve diariamente traicionado por el conformismo adaptativo de los nuevos enrolamientos sociales en las filas del poder político y del éxito económico— acusa fracturas traumáticas que inhiben las recordaciones de la memoria; que censuran las conexiones entre pasado y presente volviendo inenarrable la brecha moral o psíquica que escinde el proyecto de vida de los actores convertidos de la historia.¹⁴ Frente a las múltiples desvinculaciones entre pasado y presente que fabrican las tecnologías del olvi-

la que sus protagonistas cortan los hilos entre el "antes" y el "después" para proteger su "hoy" de comparaciones y divorciarlo de cualquier anterioridad a partir de la cual reclamar fidelidades o sancionar incoherencias. La actualidad chilena de la Transición se vale de ese "hoy" brevemente recortado —sin lazos históricos— para saturar el presente con el descompromiso de fugacidades y transitoriedades que sólo cargan de ritmo y virtudes lo momentáneo a fin de que la historia se vuelva definitivamente olvidadiza. Instantaneidad y momentaneidad son además los recursos frívolos con los que la novedad de la Transición disfraza la ambivalencia de su juego de más-

caras entre presente (la reapertura democrática) y pasado (la dictadura). En efecto, el gobierno del consenso partió exhibiendo su marca de distanciamiento y ruptura con el mundo de antagonismos de la dictadura, mientras que la democracia neoliberal necesitaba reforzar la cómplice hegemonía del mercado para garantizar la "reproductibilidad" de las políticas modernizadoras del régimen militar.¹⁶ Es decir que el presente del consenso tuvo que defender su "novedad" político-democrática —su "discurso del cambio"— silenciando lo no-nuevo (lo heredado) de sus formas económico-militares de continuación del pasado; ocultando esta perversión de los tiempos que mezcla continuidad y ruptura bajo el disfraz del autoafirmarse incesantemente como *actualidad* gracias a la pose exhibicionista de un presente trucado.

La presencia del recuerdo de la ausencia

Rastrear, socavar, desenterrar las huellas del pasado son las acciones que han realizado sin cesar las Agrupaciones de Derechos Humanos, desafiando la siniestra astucia de un poder que borró las pruebas —los restos— de su criminalidad para poner sus actos definitivamente a salvo de cualquier verificación material. Rastrear, socavar, desenterrar, marcan la voluntad de hacer aparecer los trozos de cuerpos y de verdad que faltan para juntar así una prueba que complete lo incompletado por la justicia.

Los restos de los desaparecidos —los restos del pasado desaparecido— deben ser primero descubiertos (desencubiertos) y luego asimilados: es decir, reinsertados en una narración biográfica e histórica que admita su prueba y teja alrededor de ella coexistencias de sentidos. Para desbloquear el recuerdo del pasado que el dolor o la culpa encriptaron en una temporalidad sellada, deben liberarse diversas interpretaciones de la historia y de la memoria capaces de asumir la conflictividad de los relatos y de ensayar, a partir de las múltiples fracciones inconexas de una temporalidad contradictoria, nuevas versiones y reescritu-

ras de lo sucedido que trasladen el suceso a redes inéditas de inteligibilidad histórica.¹⁷ No se trata, entonces, de dar vuelta la mirada hacia el pasado de la dictadura para grabar la imagen contemplativa de lo padecido y lo resistido en un presente donde dicha imagen se incruste míticamente como recuerdo, sino de abrir fisuras en los bloques de sentido que la historia cierra como pasados y finitos, para quebrar sus verdades unilaterales con los pliegues y dobleces de la interrogación crítica.

Donde se conjuga más dramáticamente la memoria del pasado es en la doble narración cruzada de los detenidos-desaparecidos y de sus familiares que luchan contra la *desaparición* del cuerpo, debiendo producir incesantemente la *aparición* social del recuerdo de su desaparición. "El compromiso con el recuerdo es la clave central de las elaboraciones simbólicas de los familiares de las víctimas"¹⁸ que, frente a la ausencia del cuerpo, deben prolongar la memoria de su imagen para mantener *vivo* el recuerdo del ausente y no hacerlo "desaparecer" una segunda vez mediante el olvido. "El sufrimiento del recuerdo es usado para dar vida a la muerte":¹⁹ la obsesividad fija del recuerdo no puede dejar de repetirse porque su esfumación duplicaría la violencia de la primera tachadura de identidad ejecutada por la desaparición, haciendo a ambas definitivamente cómplices de una supresión total (en el espacio y en el tiempo) de los rastros del sujeto. Es entonces "de vida o muerte" que perdure el recuerdo en la memoria de los familiares de las víctimas. Por eso la inagotable recordación del suceso traumático que reitera la pérdida, que la vuelve a marcar, contradiciendo así la ausencia de huellas con la que el mecanismo social y político de la desaparición ejecutó la supresión material de los cuerpos. Por eso la multiplicación de los actos simbólicos del acordarse que redefinen el recuerdo contra la indefinición de la muerte sin certeza. Por eso la voluntad de *actualización de la memoria* contra la *desmemoria de la actualidad* mediante una letanía "reiterada al infinito como un canto monocorde" que, en su repetición, pre-

tende "exorcizar del olvido al nombre invocado".²⁰

Pero, ¿en qué lenguaje hacer oír la desesperación del recuerdo y su insuprimible demanda de actualidad en un contexto donde tanto el recuerdo como la actualidad son banalizados por las técnicas deshistorizadoras de un presente mediático que ha roto toda ligadura entre "política y sensibilidad"?

Son varias las técnicas del olvido que llaman hoy a desentenderse del pasado: a dar vuelta la página de lo sucedido para perder la cabeza en la transitoriedad de los efectos en los que se envuelve paródicamente la Transición que disimula con ellos su "realidad estacionaria e intransitiva",²¹ o bien para mirar hacia el futuro, es decir, hacia el infinito —el *sinfin*— del capitalismo de fin de siglo como telón de fondo de una poderosa máquina de ingenios, trueques y humillaciones. Entre las varias técnicas del olvido, está el consenso con sus postulados de orden y reintegración social que aconsejan dejar fuera del vigilante límite de similaridad de su tranquilizador "nosotros" la disimilitud molesta del "ellos": los que encarnan el pasado, los que llevan sus estigmas en carne viva sin querer maquillarlos con las cosméticas del bienestar y sus modas de la entretención. Están las políticas de obliteración institucional de la culpa que, a través de las leyes de no castigo (indulto y amnistía), separan a la verdad de la justicia desvinculando a ambas —por decreto del reclamo ético de que los culpables identificados no salgan (nuevamente) ganando con un mismo operativo perverso de desidentificación. Y tejiendo asociaciones secretas entre ambas redes de conveniencia y transacción, están las disipativas formas de olvido que los medios de comunicación elaboran diariamente para que ni *el recuerdo* ni *su supresión* se hagan notar en medio de tantas finas censuras invisibles que restringen y anestesian el campo de la visión ("se goza en la telenovela, en el partido de fútbol y, en esa narración flasheo, se pierde sin avatares el sentido de lo digno... Mientras tanto lo represivo se acrecienta novedosa e inmisericordemente").²²

Los familiares de las víctimas sa-

ben de la dificultad de mantener a la memoria del pasado viva y *aplicada*, cuando todos los rituales consumistas se proponen distraerla, restarle sentido y fuerza de concentración. Por eso la interminable lista de declaraciones, hechos y noticias, que publica regularmente la Agrupación de Detenidos-Desaparecidos en su "Resumen de actividades" de cada año. Por eso la hiperdocumentación de los quehaceres neuróticamente multiplicados en torno al dolor de la pérdida que reconstruye el verosímil de una normalidad cotidiana ansiosa de producir señales y mensajes cuya contabilidad objetiva rellene, sustitivamente, el vacío subjetivo dejado por la ausencia. La voluntad de rememoración y de conmemoración de la pérdida que tratan de mantener viva los familiares de las víctimas choca con el universo pasivo de sedimentada indiferencia que hoy conjuga maquinaciones y espontaneidades, voluntades de cálculo y automatismos, imposiciones y disposiciones, todas aliadas entre sí a la hora de producir en conjunto el desgaste significativo de los actos y de las palabras que antes se cargaban de rigor y de emotividad. La memoria del "¿dónde están?" no encuentra donde alojarse en este paisaje de hoy sin narraciones intensivas, sin dramatizaciones de la voz. Sobre esta *inactualización del drama* reflexionaba Germán Bravo, a propósito de los testimonios de la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos y de la dificultad para inscribir su problemática de la memoria en un Chile de la Transición que sólo parece oír su lamento como si se tratara de "un canto aburrido, de un canto que ya perdió todo son, todo cambio de tono, un nombre... enfrentado a la estatura del tiempo con la sola fuerza de su repetición. La repetición al infinito de un nombre insportable. De un nombre devenido inexpressable e inaudible".²³ "La justicia no es transable", dice la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, es decir, "el dolor de cada uno y de todos no se puede cuantificar".²⁴ La *experiencia* del dolor sería, entonces, lo incuantificable: lo que se quiere irreductible a la ley cambiaría del mercado experta en nivelar cualida-

des y propiedades para su más fácil conversión al régimen de equivalencia neutral de la forma-mercancía o de la forma-signo.²⁵ Pero, ¿cómo manifestar el *valor* de la experiencia (es decir, la *materia vivida* de lo singular y de lo contingente, de lo testimoniable)²⁶ si las líneas de fuerza del consenso y del mercado estandarizaron las subjetividades y tecnologizaron las hablas, volviendo su expresión monocorde para que le cueste cada vez más a lo irreductiblemente singular del acontecimiento personal dislocar la uniformación pasiva de la serie? ¿Dónde grabar lo más tembloroso del recuerdo si ya casi no quedan superficies de reinscripción sensible de la memoria donde trasladar ese recuerdo para salvarlo de la rudeza, mezquindad e indolencia de la comunicación ordinaria?

Temblores de la representación

Hablar de superficies de reinscripción sensible de la memoria es hablar de una escena de *producción de lenguajes*; de los medios expresivos para restaurar la facultad de pronunciar el sentido y denunciar las operatorias de signos de la violencia, poniendo el horror a distancia gracias a una mediación conceptual o figurativa capaz de desbrutalizar en algo la vivencia inmediata de los hechos. Sólo una escena de producción de lenguajes permite tanto quebrar el silencio traumático de una no-palabra cómplice del olvido como salvarse de la repetición maníaco-obsesiva del recuerdo, dotándolo de los instrumentos reflexivos del desciframiento y de la interpretación para modificar la textura vivencial y la consistencia psíquica del drama. Imágenes y palabras, formas y conceptos, ayudan a trasladar la resignificación de la experiencia a planos de legibilidad donde la materia de lo vivido se hará parte de una comprensión de los hechos capaz de desenceguecer los nudos de la violencia que antes figuraba sin rostro ni expresión.

¿Pero a qué lengua recurrir para que el reclamo del pasado sea moralmente atendido como parte —interpeladora— de una narrativa social vigente, si casi todos los idiomas que

sobrevivieron a la crisis han ido reciclando sus léxicos en pasiva conformidad con el tono insensible —desafectivizado— de los medios de masas, y si estos medios de masas sólo administran la "pobreza de experiencia" (Benjamin) de una actualidad tecnológica sin piedad ni compasión hacia la fragilidad y precariedad de los restos de la memoria herida?²⁷

¿A qué lengua recurrir, en qué idioma confiar? El *dilema de la lengua* surge en Chile de la necesidad de recobrar la palabra después de los estallidos de la dictadura que casi privó a la experiencia de los nombres disponibles para comunicar la violencia de su mutilación. Y ese dilema es lo que inquietó —y todavía inquieta— a ciertos escritos de la postdictadura, suficientemente honestos y delicados para confesar su malestar en relación a tradiciones de conocimiento que prefirieron ocultar, defensivamente, la profundidad de la fractura que amenazaba con desintegrar sus moldes disciplinarios para seguir discursando como si nada, es decir, como si los instrumentos lingüísticos que confeccionaron su saber no fueran también parte de lo que la crisis de la significación obliga a revisar. El discurso de la sociología, por ejemplo, hubiera debido estar dispuesto a "repensar lo social después de la ruina de lo social".²⁸ La experiencia límite vivida en el curso de ciertas investigaciones sociológicas sobre derechos humanos encargadas de procesar los testimonios de las víctimas mediante técnicas meramente recolectoras y ordenadoras de datos (técnicas cuyo saber objetivo debía juntar la información contable que perseguía la estadística de la violencia) mostró que esas técnicas no eran capaces de "compartir una misma situación de desgarramiento ético e intelectual con quien aparecía como su 'objeto de investigación'".²⁹ Frente a identidades que habían perdido toda firmeza de contornos y unidad de significación, el relato profesional de la investigación sociológica seguía abusando de su racionalidad técnica y de su eficacia metodológica como muestras de una *distancia del conocimiento* que bloquea la pregunta formulada por T. Moulian: "¿cómo describir esos

infiernos, transmitiendo emociones que permitan la 'comprensión', con el lenguaje circunspecto, congelado, grave, falsamente objetivo de las 'ciencias humanas'".³⁰

Enfrentadas a una misma situación de desarticulación del sentido, fueron principalmente dos las respuestas chilenas que intentaron sobreponerse a su violencia reejercitando, por un lado, el discurso científico, y por otro, la textualidad poética. La primera respuesta se organizó desde la sociología para comprender las transformaciones de la sociedad ocurridas bajo el paradigma dictatorial —"represión" y "modernización"— refuncionalizando lo

social y lo político mediante análisis ajustados a los cambios. Mientras tanto la segunda respuesta estalló —desajustada— en la escena chilena del arte y de la literatura de los 80 desde prácticas de emergencia que juntaron fragmentos trizados de lenguajes al abandono, para narrar —alegóricamente— las ruinas del sentido.³¹ El discurso de las ciencias sociales alternativas analizó la crisis de sentido del Chile dictatorial, pero lo hizo recurriendo al molde disciplinario de un saber institucional que se cuidó mucho de no tener que experimentar —en cuerpo propio, en verbo propio— la dislocación de la razón objetiva que esa mo-

numental crisis de verdad y sistema podría haber desatado en el interior de sus redes profesionales del conocimiento.³² El saber de las ciencias sociales ordenó los síntomas de la crisis mediante una lengua reconstituyente de procesos y de sujetos: una lengua, por lo tanto, incompatible —en su voluntad de recomposición normativa— con lo roto, lo disgregado, lo escindido, de subjetividades sociales y culturales en trance de pertenencia e identidad. Mientras tanto, los textos críticos del arte y de la literatura, contemporáneos de los análisis técnicos que realizaba la sociología alternativa, buscaban confeccionar equivalencias sen-

Notas

1. Esta reflexión sobre los efectos de indiferenciación de las diferencias que produce el "relativismo valorativo" del pluralismo de mercado recorre distintos capítulos de Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida postmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
2. Ver Carlos Ruiz, "Concepciones de la democracia en la transición chilena", en *Seis ensayos sobre teoría de la democracia*, Santiago, Andrés Bello, 1993.
3. Ernesto Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993. Dice Laclau: "Toda objetividad es una objetividad amenazada. Si a pesar de esto ella logra afirmarse parcialmente como objetividad, esto sólo puede darse sobre la base de reprimir aquello que la amenaza. Estudiar las condiciones de existencia de una cierta identidad social es equivalente, por lo tanto, a estudiar los mecanismos de poder que la hacen posible.", p. 48.
4. Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, Arcis/Lom, 1997, p. 37.
5. *Ibid.*, p. 39.
6. Dice S. Villalobos: "En Chile el problema no es tanto la memoria, sino su performativa construcción en la retórica institucional que la conforma... Frente a las manidas ofertas reconstructivas, es necesario dejarse asir abruptamente por eso que sigue pasando, antes que conformarse con las operatorias jurídicas que tienden a exorcizar los fantasmas que asedian el presente. Una de esas operatorias es el *Informe Rettig*, verdadero reticulado de la memoria que, como redacción confinadora, como prolijo artefacto de la justicia de los tiempos, devuelve el presente a un eje de relativa tranquilidad. A la vez, 'violación de los derechos humanos', reza el ánimo convencional y masivo; pero no basta con el informe desplegado en la espectacularidad de lo público (forma sinuosa de repartir responsabilidades, ahí donde todos seríamos culpables). Desde antes es necesario

- disponer de las lenguas encargadas de nombrar "lo que pasó". Sergio Villalobos-Ruminott, *Crítica de la operación efectiva del derecho*, documento sin publicar del Seminario de Crítica Cultural de la Universidad Arcis, diciembre de 1997.
7. "Estas operatorias indoloras de la palabra" son la zona donde hoy se consumaría precisamente lo catastrófico: "ya no en el drama, en la empiria funesta de lo que sucedió políticamente, sino en los escombros de las palabras, que hoy sólo habitan rituales simbólicos de reivindicación, de arrepentimiento, de demonización, o de rutinas de lo ya dicho". Nicolás Casullo, "Una temporada en las palabras", en revista *Confines*, N° 3, La Marca, 1996, Buenos Aires, p. 17.
8. El documental *La memoria obstinada* (1996) del cineasta Patricio Guzmán, precisamente, desata esta red de emocionalidad: el video muestra el trabajo rememorante de una memoria dialógica (hecha de intercambios y transferencias comunicativas) que lleva a los personajes a vivir —performativamente los choques del recordar mediante recuerdos llenos de partículas biográficas. Para un comentario sobre el video de P. Guzmán, ver Nelly Richard, "Con motivo del 11 de septiembre: notas de lectura sobre *La memoria obstinada* de Patricio Guzmán", en *Revista de Crítica Cultural*, N° 15, noviembre de 1997, Santiago.
9. Por ejemplo, Martín Hoppenhayn dice: "Desprovistos del Gran Proyecto, lo cotidiano se convierte en lo que es: la vida de cada día y de todos los días. ¿Sano minimalismo? Tal vez: todos tienen sus pequeños proyectos capaces de colmar y justificar el día, la semana, el mes o a lo sumo el año... La Misión se disemina en programas, iniciativas que nacen y mueren, propuestas locales... El minimalismo se ha convertido en un valor bien visto para la acción de todos los días. Todo gran proyecto es tildado de pretencioso o irrealista y resurge la valoración del matiz, el detalle, la coyuntura. Este minimalismo encarna en la lógica del *software*,

- que cada cual crea o intercambia según preferencias, situaciones u objetivos, y donde no hay otro horizonte que la operación requerida en el momento". Martín Hoppenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 22-26.
10. "Es triste y de una mediocridad terrible", dice la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, "renunciar a estos valores absolutos por otros relativos". *Recuento de Actividades Año 1992*, Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, p. 148.
11. Para un riguroso y sutil análisis del clima postdictatorial, ver Alberto Moreiras, "Postdictadura y reforma del pensamiento", en *Revista de Crítica Cultural*, N° 7, noviembre de 1993, Santiago.
12. *Ibid.*, p. 27.
13. J. Kristeva, *Soleil Noir: dépression et mélancolie*, Paris, Gallimard, 1987, p. 19. (La traducción es mía). En este libro, J. Kristeva retoma —con toda delicadeza— la figura freudiana del "duelo" para proyectar los síntomas de la melancolía y de la depresión a la escena de transfiguración estética del arte y la literatura.
14. T. Moulian dice: "Para muchos de los convertidos que hoy hacen carrera por algunas de las pistas del sistema, el olvido representa el síntoma oscuro del remordimiento de una vida negada. Ese olvido es un recurso de protección ante recuerdos lacerantes, percibidos por instantes como pesadillas, reminiscencias fantasmales de lo vivido. Es un olvido que se entrecruza con la culpa de olvidar. Una vergüenza, no nombrada e indecible, por la infidelidad hacia otros y hacia la propia vida, la vergüenza de la convivencia y de la convivencia". Moulian, *op. cit.*, p. 32.
15. Me parece que el inédito éxito masivo del libro de T. Moulian se debe, en parte, a su condición de libro que cuenta una historia, que relata una memoria de la historia, que va y viene con la memoria en la historia, movilizándolo un

sibles que pusieran en correlación de signos el desastre categorial de los sistemas de representación sociales con una experiencia del lenguaje hecha de oraciones inconclusas, de vocabularios extraviados, de sintaxis en desarme. En lugar de querer suturar las brechas dejadas por tantos vacíos de representación con una discursividad reunificadora de sentido (como la discursividad técnica y operativa de las ciencias sociales), estas "poéticas de la crisis" tramadas por el arte y la literatura de los 80 en Chile prefirieron reestilizar cortes y fisuras, discontinuidades y estallidos. Al reinvestigar, hoy, la particularidad histórica de cada una de estas

formas de rearmar significación, queda a la vista que cada una de ellas (la sociológica y la estético-crítica: la rearticuladora y la desarticulada, la explicativa y la metaforizante, la densa y la tenue) prefiguraban dos modos distintos de relacionarse con la memoria y el recuerdo. Mientras la sociología trabajaba, profesionalmente, a favor de una versión tecnificada del consenso que debía eliminar de su máquina administrativa de planificación del orden toda opacidad superflua o recalitrante, el arte y la literatura de la "nueva escena" exploraban las zonas de conflicto a través de las cuales "figuras postergadas, imágenes indis-

puestas y desechos de la memoria reemprenden camino hacia las teorías"³³ mediante un "saber de la precariedad"³⁴ que habla una lengua suficientemente quebrada para no volver a mortificar lo herido con nuevas totalizaciones categoriales. Y son, creo, estas zonas de conflicto, de negatividad y refracción —estas zonas en las que se condensaba lo más oscurecido de una contraescena todavía llena de latencias y virtualidades interrumpidas— las que guardan, en el secreto de su tensa filigrana, un saber crítico de la emergencia y del rescate a tono con lo más frágil y conmovedor de la memoria del desastre.

sujeto del "recordar" posicionalmente marcado.
16. Esta línea de argumentación aparece ampliamente desplegada en el libro de T. Moulian anteriormente citado.

17. Dice H. Vezzetti: "Si la memoria es una dimensión activa de la experiencia, si la memoria es menos una facultad que una práctica... el trabajo de la rememoración requiere de quienes (políticos, pero, sobre todo, intelectuales, escritores y artistas, instituciones y espacios colectivos de producción) sean capaces de sostener una compleja construcción permanente. La 'actualización' del pasado depende de cierta elección, de cierta libertad, en el presente, de modo que el pasado no impone su peso sino que es recuperado por un horizonte que se abre al porvenir". Hugo Vezzetti, "Variaciones sobre la memoria social", en *Punto de Vista*, N° 56, diciembre de 1996, Buenos Aires, p. 2.

18. Hernán Vidal, *Dar la vida por la vida*, Santiago, Mosquito Editores, 1996, p. 90.

19. *Ibid.*

20. Germán Bravo, *4 ensayos y un poema*, Santiago, Intemperie Ediciones, 1996, p. 25.

21. Dice W. Thayer: "Es probable que el recelo con el vocablo 'transición' provenga de que lo usamos —no inocentemente para referir un estado de cosas respecto del cual, sabemos, no transita ni está en vías de ello; estado de cosas del que presentimos no sufrirá traslación alguna, o que ya transitó definitivamente, y que a partir de éste, su último tránsito, nunca más transitará, amenazándonos con su estadia definitiva... La actual transición es lo que no se va, una estación conservadora que permanece sin que nada vaya a sucederle". Willy Thayer, *La crisis no moderna de la universidad moderna (Epílogo del conflicto de las facultades)*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1996, p. 169.

22. "De imagen y verdad", revista *Contagio*, N° 3, comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, 1996, Bogotá p. 3.

23. Bravo, *op. cit.*, p. 25.

24. *Recuento de actividades Año 1991*, Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, p. 45.

25. I. Avelar dice: "El objeto del duelo es siempre inutilizable —no hay ningún uso para la reminiscencia de un enlutado, su objeto reside más allá de toda utilidad— y, a la vez, incambiable, intransferible —ya que el luto, por definición, rechaza cualquier transacción o negocio, cualquier sustitución: el duelo, al contrario del mercado no admitiría la metáfora. El duelo transitaría entonces fuera de la célebre dicotomía marxiana entre valor uso y valor cambio, e instauraría la esfera de un tercer valor no vislumbrado por Marx: el valor de memoria, valor de puro afecto: un antivalor, sin duda, puesto que lo propio suyo sería sustraerse a cualquier intercambio". Idelber Avelar, "Alegoría y post-dictadura: notas sobre la memoria del mercado" en *Revista de Crítica Cultural*, N° 14, junio de 1997, Santiago, p. 25.

26. En su prólogo a *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre historia* de W. Benjamin, Santiago, Arcis/Lom, 1996, p. 15, Pablo Oyarún dice: "Singularidad, inanticipabilidad y testimonialidad, tal sería un posible catálogo de los rasgos determinantes del concepto heredado de experiencia".

27. La obra del artista Carlos Altamirano (*Retratos*, diciembre de 1996, Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago) escenifica esta tensión crítica entre *memoria sensible* e *insensibilización de los medios*: una franja mural de recortes fotográficos de imágenes privadas y públicas —trabajada con la visualidad computarizada del diseño profesional— incorpora una fila de retratos de detenidos desaparecidos (enmarcados por los 'marcos dorados' de los cuadros del Museo) cuya huella erosionada trata de mantenerse a flote en medio de la corriente mediática que busca alinearlos en equivalencia de significantes con el resto de las imágenes caídas bajo la luz de la extroversión publicitaria". Para una

lectura crítica de la exposición de C. Altamirano, ver *Retratos de Carlos Altamirano* con textos de Fernando Balcells, Rita Ferrer, Justo P. Mellado, Roberto Merino y Matías Rivas, Santiago, Ocho Libros Editores, 1995.

28. Bravo, *op. cit.*, p. 33.

29. Bravo, *op. cit.*, p. 28.

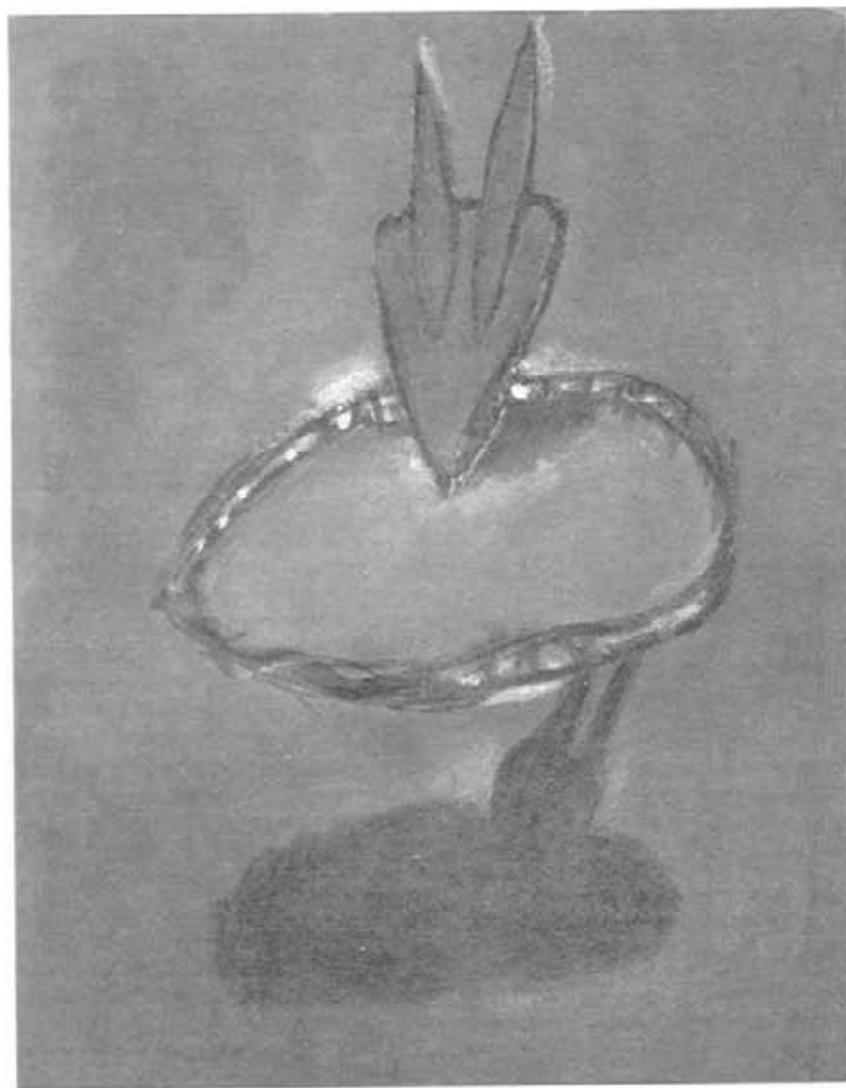
30. Moulian, *op. cit.*, p. 7.

31. Para un análisis crítico de estas tensiones de discursos, ver el capítulo "En torno a las ciencias sociales: líneas de fuerza y puntos de fuga", en Nelly Richard, *La insubordinación de los signos (cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1994, y la respuesta de J. J. Brunner: "Las tribus rebeldes y los modernos", en José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*, Santiago, Planeta, 1994.

32. Dice S. Villalobos al referirse a la tensión del pensar como desajuste crítico, no-cierre del presente a través de la consolatoria "política de los nombres" que ejercen "las discursividades transitológicas" y sus "mecanismos reconstructivos": "La sociología no habría pensado la transición en tanto tal, sino que habría ofertado la lengua correcta para nombrarla".

33. Casullo, *op. cit.*, p. 13.

34. De este saber de la precariedad y de la discontinuidad históricas (que atraviesa obras tan poderosas como las de Diamela Eltit, en la literatura, y de Eugenio Dittborn, en las artes visuales chilenas), se podría decir que es un saber "constructivo más que nada en sentido benjaminiano": un saber que "compone como en un mosaico los fragmentos... que la crisis nos ha puesto delante rompiendo los grandes nombres de la lengua de la verdad". Franco Rella, *El silencio y las palabras; el pensamiento en tiempo de crisis*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 70.



Maestros antiguos, publicado en 1987, es uno de los últimos relatos de Thomas Bernhard. La novela no contiene demasiadas alternativas; básicamente transcribe los pensamientos de un tal Reger, un hombre que día por medio se sienta en el mismo banco de un museo de Viena frente al mismo cuadro de Tintoretto, *El hombre de la barba blanca*.

Reger es musicólogo y publica críticas de música en el *Times* de Londres. La condición y la situación del personaje —un crítico de música que parece obsesionado por la pintura, por una pintura en particular— llevan rápidamente a pensar que algún tipo de

exégesis o análisis crítico tendrá lugar en la novela. Pero nada de esto ocurre. Las novelas de Bernhard generalmente nos ahorran todo tipo de explicación. *El malogrado*, por ejemplo, es la descripción del efecto que la genialidad del pianista Glenn Gould produce sobre un pianista menos dotado. Sólo nos enteramos de los estragos producidos por el efecto Gould. La novela es consecuentemente efectista: describe el efecto, sustrae la causa; no hay ninguna indicación de por qué las ejecuciones de Gould son superiores a todas las demás. La escritura de Bernhard asume necesariamente una forma tautológica: las ejecuciones de

Gould son magistrales porque Gould es magistral.

Sin progresos argumentativos, las disquisiciones (y las novelas) de Bernhard generalmente se desarrollan en espiral, rodeando dos o tres puntos del principio al fin, con movimientos similares, a veces idénticos. La repetición parece, más que un rasgo de estilo, una consecuencia inevitable en Bernhard; algo que proviene de una gran fuerza negativa, de una tenaz resistencia a nombrar una misma cosa de dos maneras. La repetición o, si se quiere, el manierismo de Bernhard es la consecuencia de una disposición filosófica y espiritual exclusiva del autor. Esa repetición podrá tener un cierto efecto semi-musical, un ritmo persistente, pero eso no autoriza a hablar de un sentido positivamente musical. Bernhard practica una negación radical de la metáfora y de cualquier mecanismo de sustitución. Su escritura parece renovar constantemente, palabra por palabra, el acuerdo del lenguaje, el acuerdo con el lector, como si de golpe se hubiese extinguido la memoria.

En la primera página de su novela *Extinción*, un profesor de literatura le menciona a su discípulo la escueta nómina de los escritores de este siglo que verdaderamente importan. Bernhard, desde luego, se incluye en la lista. El lector deberá dominar una primera sensación de irritación y probablemente pensará que Bernhard llegó al colmo. Y, en efecto, llegó al colmo, pero no de la vanidad sino del realis-

mo. Bernhard se incluye en la lista por la sencilla razón de que su literatura, como los cuadros de Tintoretto y las interpretaciones del pianista Glenn Gould y del barítono George London, forma parte de las cosas de este mundo. Una ficción en el sentido tradicional, un mundo paralelo, mejor o peor, debilitaría la tensión y el desacuerdo básico que Bernhard mantiene con el mundo real —sobre los cuales en buena medida está basada su literatura. Bernhard no crea la figura de un pianista magistral, la toma del mundo. Es cierto que esas figuras (Gould, el sobrino de Wittgenstein y tantos otros) proporcionan a sus novelas una fuerza adicional, pero también es cierto que la original maquinaria Bernhard legitima su presencia.

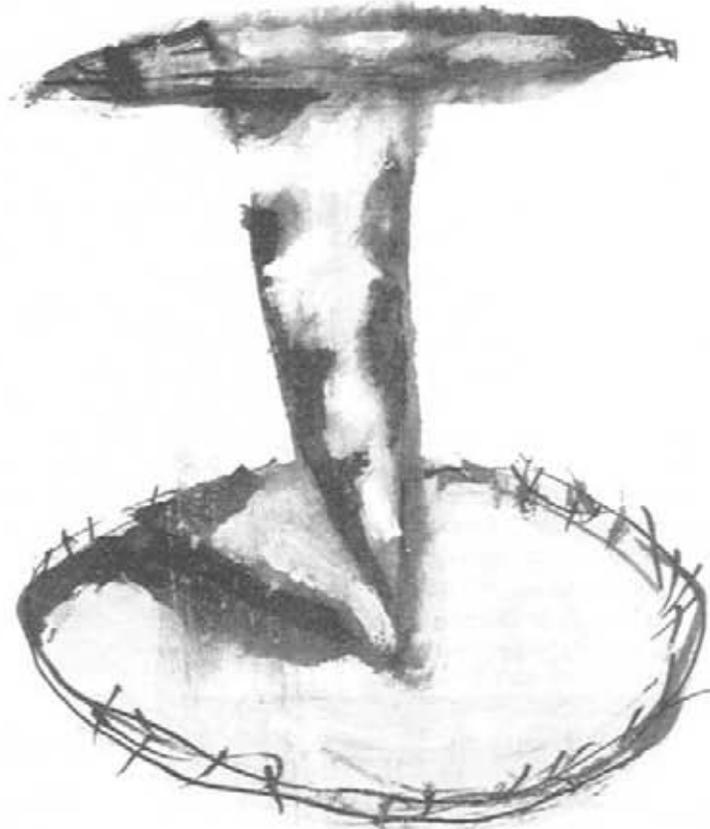
Pero lo que interesa ahora es la forma de las referencias artísticas o, más claramente, la forma de hablar sobre la música y los objetos de arte. La perspectiva de Bernhard se aleja igualmente de dos modos de representación tan diferentes entre sí como los de Proust y Thomas Mann. En Proust la música asoma desde el punto de vista del oyente (aun cuando se trate de un oyente más sensible que el compositor mismo), que va llegando a la obra desde una posición de cierta ignorancia. Esto queda claramente definido en la primera evocación de la sonata de Vinteuil: "Pero en un momento dado, sin poder distinguir claramente un contorno, ni dar un nombre a lo que le agradaba, seducido de golpe, quiso tomar una frase o una armonía —no sabía exactamente lo que era— que al pasar le ensanchó el alma, lo mismo que algunos perfumes de rosa que rondan por la húmeda atmósfera de la noche tienen la virtud de dilatar-nos la nariz". Proust sacará un extraordinario partido de esa ignorancia: "Quizá por no saber música le fue posible sentir una impresión tan confusa, una impresión de esas que acaso son las únicas puramente musicales, concentradas, absolutamente originales e irreductibles a otro orden cualquiera de impresiones".

La proliferación metafórica no es en Proust menos significativa que el reconocimiento de la debilidad esencial de la metáfora. Sus párrafos mu-

sicales son una fuga permanente, una corrida hacia algo que no puede ser apresado: "Indudablemente, las notas que estamos oyendo en ese momento aspiran ya, según su altura y cantidad, a cubrir, delante de nuestra mirada, superficies de dimensiones variadas, a trazar arabescos y darnos sensaciones de amplitud, de tenuidad, de estabilidad y de capricho. Pero las notas se desvanecen antes de que esas sensaciones estén lo bastante formadas en nuestra alma para librarnos de que nos sumerjan las nuevas sensaciones que ya están provocando las notas siguientes o simultáneas. Y esa impresión seguiría envolviendo con su liquidez y

remos con las siguientes y notemos sus diferencias".

Dr. Faustus pretende una perspectiva crítica distinta, en cierta forma más objetivista, para lo cual Mann crea, con la ayuda de Adorno, la figura del músico conferencista Kretzschmar. Los lectores recordarán sus apasionadas conferencias sobre la *Sonata op. 111* de Beethoven o sobre Beethoven y la fuga. Para emplear un término adorniano, las conferencias de Kretzschmar están orientadas por una idea de "constelación", en la que el análisis se funde con la crítica y la obra individual se funde con la historia. Se trata de ver cómo la historia de la música y la his-



su 'esfumado' los motivos que de cuando en cuando surgen, apenas discernibles, para hundirse en seguida y desaparecer, tan sólo percibidos por el placer particular que nos dan, imposibles de describir, de recordar, de nombrar, inefables, si no fuera porque la memoria, como un obrero que se esfuerza en asentar duraderos cimientos en medio de las olas, fabrica para nosotros facsímiles de esas frases fugitivas y nos permite que las compa-

toria de la humanidad se inscriben en una sonata de Beethoven.

Reger, el personaje de *Maestros antiguos*, es músico o al menos domina el lenguaje de la música. Los hombres de Bernhard, aun cuando parezcan autómatas o reiteren una misma docena de palabras durante páginas y páginas, no guardan ninguna relación con esas figuras de los relatos minimalistas que parecieran no tener demasiada conciencia de nada y que vi-

ven, en todo caso, rodeados de un insospechado halo dramático; los personajes de Bernhard saben todo, son como Dios, y en ningún momento dudan, a pesar de que muchas veces no lleguen a tomar ninguna decisión. A Reger no le está vedada la comprensión estética más profunda, le está vedada la posibilidad de transmitirla en la novela. En *Maestros antiguos* hay constantes alusiones a una charla magistral sobre *El arte de la fuga*, a una conferencia sobre *La tempestad* de Beethoven. Son prácticamente los mismos temas de Kretschmar, sólo que las conferencias de Reger no tienen lugar en la novela. Al lector sólo le llega la mención de la existencia de las charlas. Queda claro que a Reger, aun cuando no lo haga para nosotros, le interesan las disquisiciones musicales. "La calidad de *La tempestad* —dice Reger— estriba no en la obra misma sino en que se puede discutir sobre ella."

Reger es parco y al mismo tiempo lapidario. La novela es, de alguna forma, una empresa de destrucción de glorias musicales, principalmente Bruckner y Mahler, pero en menor medida también Beethoven. No se trata de una destrucción completamente arbitraria o caprichosa, tampoco de una destrucción que deba ser interpretada literalmente. "El compositor de Estado Beethoven —dice Reger— es de una seriedad ridícula. Pero a dónde iríamos a parar si sometieramos todas las cosas a un examen mortal." Lo que interesa de la novela de Bernhard no es tanto un sistema de jerarquías estéticas

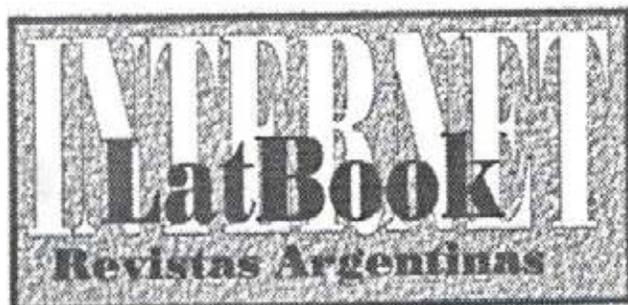
sino un principio filosófico. El ojo experto (el ojo de Reger) que todo lo ve y todo lo destruye parte de una suposición esencial, que es la imperfección de la obra. La obra de arte está cruzada por una debilidad esencial. Para un pesimista como Reger, el arte es arte en su huida de este mundo. Por eso en Reger el proceso de creación musical prácticamente no se distingue de la fruición estética, que es también una forma de sobrevivencia. La verdadera fruición no es menos intensa que la creación: en un solo cuadro de Tintoretto se va la vida, más allá de los motivos afectivos y extrapictóricos que lo llevan a Reger a sentarse regularmente frente a ese cuadro durante más de treinta años. Los maestros antiguos y el patrimonio espiritual en general no constituyen algo que Reger reverencia sino algo que utiliza como una medicina: "Sólo tuve con Schopenhauer una oportunidad de sobrevivir porque abusé de él para mi objetivo y lo falsifiqué realmente de la forma más innoble, así Reger, al convertirlo sencillamente en un medicamento de supervivencia, lo que no es en absoluto, lo mismo que tampoco los otros que ya he nombrado".

La empresa de demolición de Bernhard no se dirige contra la idea de lo sublime; nada más lejos de él que una negación del genio. Pero ocurre que el genio no se expresa todo el tiempo. El genio hace apariciones fugaces, no se encuentra en la totalidad de la obra. A los hombres les es dada la posibilidad de captar tales apariciones. "Soy

un fanático de los hombres, no de la humanidad". El humor de Bernhard es único en su género.

En medio de la novela llega un inglés a sentarse en el mismo banco que día por medio ocupa Reger, lo que nunca había ocurrido gracias al celo del fiel Irrsigler, el cuidador del museo. A Reger esto le provoca un verdadero estremecimiento, ya que él no tolera compañías que no haya elegido. Finalmente, después de intentar convencerlo sin éxito de que deje ese banco, Reger le pregunta al inglés: "¿Le interesa realmente ese *Hombre de la barba blanca*?". Pareciera que al fin y al cabo Reger va a cambiar impresiones sobre el cuadro que mira desde hace treinta años. Pero Bernhard prefiere dejar pasar esa oportunidad: el inglés ha llegado a ese museo de Viena no por un interés genuinamente estético sino estrictamente material. Debe sacarse una duda porque él tiene "exactamente" el mismo cuadro de Tintoretto en su casa, heredado de una tía, y quiere ver cuál de los dos es el verdadero.

La novela crea una especie de vacío activo. Es como si la experiencia de la música hubiese tenido lugar en el más absoluto silencio; como si la música hubiese efectivamente rodeado la novela; la hubiese rodeado por completo, como una amenaza, pero sin tocarla, dejando su huella en negativo. Y tal vez algo similar ocurre con la metáfora, que parece haber cambiado de escala para volver finalmente en la unidad mayor de la novela.



Punto de Vista

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos **Latbook** (libros y revistas). Disponible en Internet en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

Nº 15 - Segundo semestre 1998

Escriben: Garavaglia • Mases
 Zimmermann • Hourcade • Novaro
 Roldán • Lechner • Caponi
 Entrevista Roger Chartier

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; telefax directo: (042) 571194
 DIRIGIR CORRESPONDENCIA A: Casilla de Correo 353, Santa Fe, Argentina



Antes que nada quiero agradecer al bloque de diputados socialistas, en primer término a Alfredo Bravo, por haberme honrado al invitarme a participar en este homenaje a Eric Hobsbawm —al profesor Hobsbawm y al socialista Hobsbawm—. Para quien, no siendo estudiante de historia, como es mi caso, ha aprendido historia en los libros de Eric Hobsbawm, nada puede ser más honroso que tomar parte en un acto dedicado al maestro que se ha admirado de lejos, sin conocerlo.

Pero este hecho de biografía personal no tiene importancia aquí. Lo importante es que honra al bloque de diputados que ha promovido esta de-

mostración y de hecho a toda la institución que le da acogida, a través de ellos. Pensemos que no muchos años atrás hubiera sido inconcebible que en una sala de la Cámara de Diputados de la Argentina se testimoniara reconocimiento a la labor de un historiador marxista, no importa que fuera como Hobsbawm el autor de una obra indispensable para el conocimiento del mundo moderno. El hecho de que hoy sea posible indica que estamos saliendo de eso que nuestro huésped llama, en uno de sus últimos libros, "la guerra de religiones" seculares, es decir, la guerra de ideologías intolerantes que dominó gran parte del siglo XX, tam-

bién en nuestro país. Poca o ninguna autonomía podía tener la cultura frente al primado de la propaganda y el espíritu entregado a la diabolización de la otra ideología. De modo que este homenaje rendido al profesor Hobsbawm en un recinto del Congreso debe congratular a todos los demócratas, socialistas o no, a todos los que en los últimos quince años han luchado por que la vigencia de la soberanía popular, recuperada en 1983, fuera indisociable del pluralismo político e ideológico.

La obra del profesor Hobsbawm forma parte de una gran tradición historiográfica, la de los historiadores marxistas británicos surgida en la segunda posguerra. Su núcleo fundador provenía de los jóvenes de la izquierda estudiantil antifascista de los años treinta, la mayoría de los cuales se afilió al PC británico. A ese núcleo fundador pertenece Hobsbawm, quien, junto con otros que también se harán célebres como historiadores (Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Edward Thompson), animó durante varios años el Grupo de Historia del PC. La reputación del grupo como tal, más allá de la contribución de cada uno de sus miembros, va asociada a la reputación que adquirió, poco a poco, la revista que lanzaron como parte de la empresa historiográfica, *Past and Present*, que con el tiempo

Texto leído en ocasión del homenaje del bloque de diputados socialistas a Eric Hobsbawm, Cámara de Diputados, noviembre de 1998.

se convertiría en una de las revistas de referencia en el campo de la historia social.

Como ya se ha dicho aquí, el gran prestigio, que no es sólo académico, sino también intelectual, de Hobsbawm proviene de una trilogía: la que dedicó a lo que llamaría el "siglo XIX largo". Es decir, el período que se extiende desde las últimas décadas del siglo XVIII a 1914. Es la historia de la formación, el apogeo y la crisis de la "civilización burguesa", como va a denominar a la conjunción de capitalismo y constitucionalismo liberal. El título que dio a cada uno de los volúmenes de esta trilogía, publicados a lo largo de 25 años, comprime con la mayor elocuencia las etapas de ese proceso: *La era de la Revolución*, como llama a las dos revoluciones: la industrial y la francesa, la que creó un nuevo modo de producir, nuevas relaciones sociales y engendró las clases y la moderna lucha de clases, y la gran Revolución Francesa, que trastornó el orden político, no sólo en Francia, no sólo en Europa, sino que tuvo ecos en el mundo entero. (Ecos: reivindicando todavía, frente a la ola revisionista, el significado de la Revolución Francesa, no hace muchos años Hobsbawm escribió un ardoroso ensayo polémico con el título, justamente, de *Los ecos de la Revolución Francesa*.)

El segundo título, *La era del Capital* —la que va aproximadamente desde 1848 hasta 1875— es la época del triunfo de la burguesía europea tras la gran prueba de las revoluciones de 1848, revoluciones que hicieron aparecer por primera vez al movimiento de los trabajadores, componente de esa activación general que se conocería como la "primavera de los pueblos". Y, por último, *La era del Imperio*, que concluye con la Primera Guerra Mundial.

Se puede discrepar con algunos o con muchos de los análisis y de las interpretaciones que Hobsbawm formula en estos libros, pero no hay que ser marxista para aprender y fascinarse con el conjunto. El eje ordenador es reconocible, es el de los modos de producción y la lucha de clases, como corresponde a un historiador que reconoce inspirarse en el materialismo histórico. Pero quien los haya leído

sabe que no se encontrará en ellos esos ejercicios de vulgata marxista que fueron durante mucho tiempo los productos de la historiografía de los partidos comunistas, estuvieran o no en el poder. En su último libro, por lo menos en el último libro conocido en español, Hobsbawm observa que ninguno de sus libros ha sido traducido al ruso durante la era soviética. No eran considerados marxistas, o acaso no eran considerados lo suficientemente marxistas.

Ahora bien: ¿qué cautiva más en esa trilogía? ¿Qué produce mayor admiración? ¿La amplitud de la erudición o la composición de un material tan vasto, sobre cuestiones tan variadas que van de las tendencias del proceso económico a los movimientos intelectuales y artísticos, de los conflictos de clase a las divisiones políticas, que no siempre siguen la división de las clases?

"Todavía hoy su voz sigue siendo insoslayable", escribió hace pocos años la historiadora argentina Hilda Sabato, hablando de Hobsbawm. Pero Sabato no se refería a la trilogía que acabo de mencionar, sino a la fertilidad que tuvo entre historiadores argentinos otra de las líneas de investigación en que la contribución de nuestro huésped ha sido fundamental: la historia de los trabajadores. En un libro que lleva ese título, justamente, *Trabajadores*, Hobsbawm reunió los

estudios que colaborarían a inaugurar otro modo de encarar la historia del mundo del trabajo. Junto con la obra ya clásica de Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera inglesa*, los estudios de Hobsbawm contribuyeron a que la historia de los trabajadores no tuviera únicamente por objeto, como había ocurrido hasta entonces, la historia de las instituciones del movimiento obrero, o la de las corrientes sindicales o sus grupos dirigentes, sino la "totalidad de la experiencia de las clases trabajadoras". Es decir, no sólo sus formas de lucha y organización, sino "también sus condiciones de vida y trabajo, sus costumbres y tradiciones".¹

El pensamiento histórico de Hobsbawm nos remite a la época de oro de la historia social, digamos entre mediados de los años cincuenta y mediados de los años setenta. La historia social tuvo dos focos principales, uno en Francia y el otro en Inglaterra. En el caso de los historiadores de formación marxista, esa época de brillo tiene como condición la crisis del stalinismo, en la segunda mitad de los cincuenta, que dio lugar al florecimiento no ya del marxismo, sino de "los marxismos", y de "los estilos de marxismo", en plural. Esa pluralidad de marxismos puede verse en otra obra que lo tiene a Hobsbawm como animador y autor de varias secciones y capítulos: *La historia del marxismo*, que comenzó a publicarse en Italia con el sello de la editorial Einaudi. Hobsbawm fue uno de los autores del proyecto de esta vasta obra en varios tomos, junto con otros historiadores, algunos de ellos ya fallecidos como George Haupt, o el italiano Ernesto Ragionieri. El primer volumen de esta obra es de 1978. Para entonces comenzaba la declinación del marxismo no sólo como discurso del mundo académico, sino como referencia ideológica de los grandes movimientos de masas europeos. Esto es lo que significó el marxismo para un partido de masas como lo fue el Partido Comunista Italiano, el Partido Comunista Francés y aun el Partido Comunista



1. Hilda Sabato, "Hobsbawm y nuestro pasado", en *Punto de vista*, n.º 46, agosto de 1993.

Español, por entonces todavía en la clandestinidad.

Hobsbawm ha señalado muchas veces su deuda con la obra de Marx y con la tradición que proviene de esa obra. Pero quiero darle a él la palabra para definir la índole de esa deuda, porque creo que la resume mejor de lo que nadie podría hacerlo. Por eso lo voy a citar: "Aunque considerara desechable gran parte del planteamiento marxista de la historia, continuaría presentando mis respetos —profundos, pero no desprovistos de sentido crítico— a lo que los japoneses llaman *sensei*, es decir, un maestro intelectual con el que se tiene contraída una deuda que no se puede pagar".² Creo que son muchos los historiadores del mundo que harían suyas estas palabras para referirse a la obra de Marx.

Su último trabajo de historia —uno puede suponer que acaso fue el más difícil de escribir para él—, un trabajo en que el discurso erudito se entretiene con el testimonio y la evocación autobiográfica, lleva el título de *La era de los extremos* (ignoro por qué la editorial española que tradujo literalmente los títulos originales de los otros libros de Hobsbawm neutralizó el último con el nombre de *Historia del siglo XX*). Es la edad que va desde 1914 a 1989: el "siglo corto". Casi contemporáneamente a la escritura de este texto complejo, en el que Hobsbawm repiensa su propio pasado, su propio compromiso, sus propias implicaciones con una historia de la que no es sólo observador, sino actor, escribió

un ensayo sobre "El presente como historia". Y de ahí quiero extraer una declaración porque está muy ligada a una de las grandes lecciones del último libro de Hobsbawm. Dice en ese ensayo: "Gran parte de mi vida, probablemente la mayor parte de mi vida consciente, ha estado dedicada a una esperanza que se ha visto claramente defraudada, y a una causa que ha fracasado visiblemente, el comunismo, que comenzó con la revolución de Octubre. Pero nada hay como la derrota para agudizar la mente del historiador".³

Los deberes del historiador: una y otra vez se puede ver, explícitamente en los ensayos en que Hobsbawm reflexiona sobre el oficio de historiar, pero también, aunque no sea explícitamente, en el modo en que practica él la historia, lo que va a señalar como "los deberes del historiador", aquellos que corresponden a la ética del oficio. Cada vez más va a volver sobre eso, porque sabe, obviamente, del "mal uso que la ideología hace de la historia", como ha dicho hablando contra el uso de la historia para construir mitologías nacionalistas. Entonces, no va a dejar de subrayar que la crítica de las mitologías, que a veces es la mitología que uno ha cultivado, es parte de los deberes del historiador.

Su último libro de ensayo sobre historia podríamos decir que gira en torno a dos preguntas: ¿qué podemos saber? ¿qué debemos esperar? Hobsbawm piensa que las dos cosas son necesarias, quiero decir, es necesario el conocimiento y es necesaria la es-

peranza. Pero las dos cosas no deben ser confundidas. No renuncia al sueño de una sociedad que "merezca ser vivida", como la nombra él mismo, aunque no la imagine ya en los términos en que la imaginó durante la mayor parte de su vida. No deja como legado un mensaje pesimista ni fácilmente optimista. Lo que acude a la mente tras la lectura de *La era de los extremos*, y la lectura del libro *Sobre la historia* es aquel aforismo de Antonio Gramsci —un pensador y un militante que él admira y a quien no se puede dejar de evocar al considerar el mensaje de esos dos libros—: "Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad".

Lo vi por primera vez a Hobsbawm hace pocos días, en una reunión organizada en su homenaje por el diario *Clarín*. Confieso que me sorprendió la pasión que lo animaba al hablar de política, de la política europea contemporánea, quiero decir, mostrando aprobación al referirse a Jospin, muy poca al mencionar a Tony Blair, y haciendo manifiesta su simpatía por Massimo D'Alema. Uno no podía dejar de pensar en el espíritu de este hombre de 83 años, que es sabio, pero a quien la sabiduría no le ha hecho perder el entusiasmo. Así, con esta imagen del historiador y del socialista, quiero concluir. Larga vida, Eric Hobsbawm, su sueño es también nuestro sueño.

2. Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, p. 9.

3. Eric Hobsbawm, "El presente como historia", en *Sobre la historia...*, p. 241.

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

DIRECTORA:
NELLY RICHARD

SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES

1 año, 3 números, vía aérea

Personal U\$S 20 / Instituciones U\$S 30

Ajuntar cheque a nombre de Nelly Richard, Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

ESTUDIOS

Revista del Centro de Estudios Avanzados
Universidad Nacional de Córdoba

Director: Héctor Schmucler

Sec. de redacción:

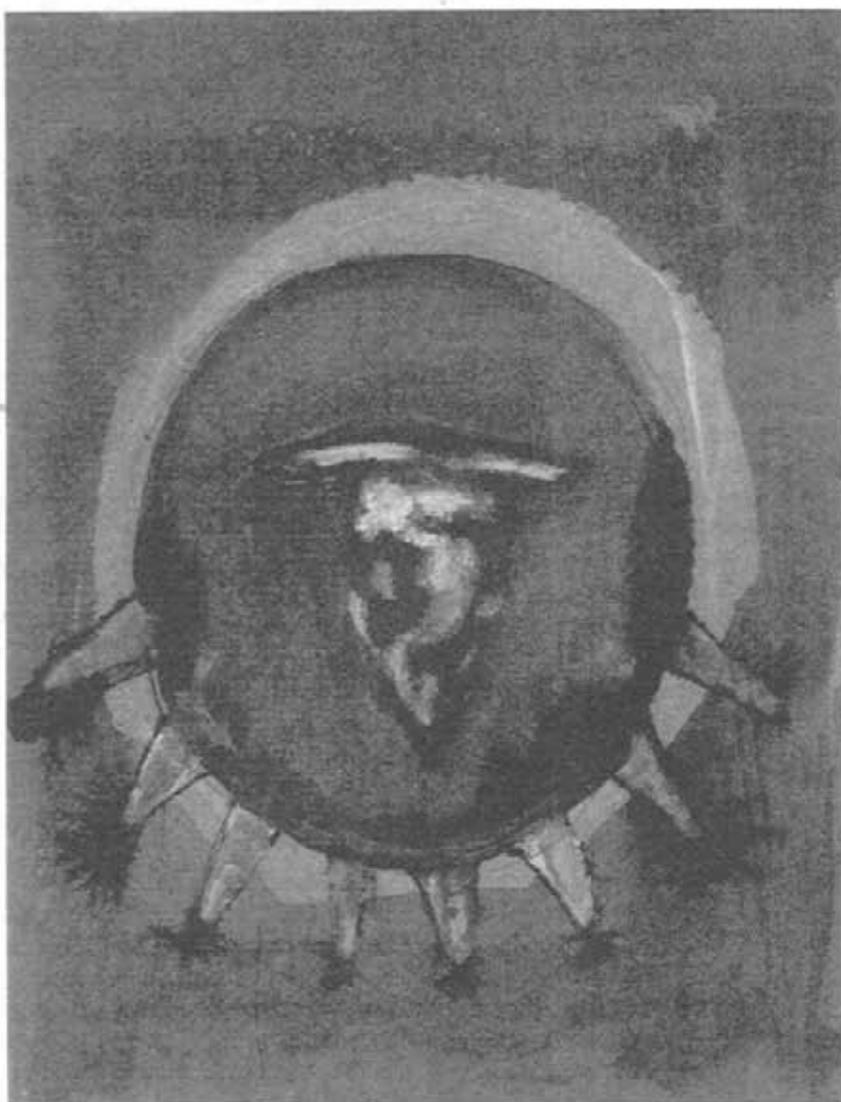
Elsa Chanaguir y Horacio Crespo

Av. Vélez Sarsfield 153

Córdoba

Hechos y nombres de la izquierda

Marcelo Leiras



40

Los hombres nacen libres e iguales. Quienes piensan y juzgan a partir de la creencia en la verdad de esta declaración se sitúan a la izquierda. Desde la izquierda, cualquier forma de subordinación o cualquier reparto desigual de bienes resultan, en principio, injustos. En tanto que injustos (esto es, mundanos), de acuerdo con la conciencia moral de izquierda, subordinación y desigualdad deben, y pueden, resarcirse o evitarse.

Lo distintivo del juicio de izquierda es la creencia en la compatibilidad y mutua necesidad de libertad e igualdad. El juicio de izquierda no tolera sacrificios de una en aras de la otra.

Pueden encontrarse numerosos ejemplos históricos de acciones que implicaron sacrificios de la libertad en nombre de la igualdad llevados a cabo por gobiernos o movimientos ubicados en la izquierda. Sin embargo, esto no alcanza para identificar lisa y llanamente a la izquierda con el igualitarismo. Medidas exclusivamente igualitarias pueden objetarse desde la izquierda, es decir, desde una posición que reclame la realización simultánea de libertad e igualdad.

Resulta llamativo el ascendente que ha tenido en nuestro siglo esta topografía elemental del espacio político. Esta constituye incluso una reduc-

ción del original revolucionario francés, donde a la distinción entre aristócratas, en la derecha, y amigos de la libertad, en la izquierda, se le sumaba la diferencia de temperamentos entre quienes ocupaban los bancos superiores (los de imaginación viva y espíritu rebelde, según la descripción de Mona Ozouf) y quienes se sentaban más abajo en la asamblea (los de temperamento sobrio).¹ Sin embargo, la osadía y la desmesura de las grandes revoluciones modernas han sido tales, sus efectos de demostración tan poderosos, que, a pesar de sus derrotas, los más altos ideales políticos continúan condensándose en esta taxonomía primaria respecto de la que aún hoy podemos situarnos. La distinción entre izquierda y derecha, por ambiciosa, terminante y categórica, es de izquierda.

A pesar de su potencia significativa, una distinción modelada a partir de episodios revolucionarios, excepcionales por definición, no deja de aplicarse con dificultad a circunstancias políticas normales. Esta dificultad crece cuando se trata de identificar a la izquierda en una nación creada al calor de una revolución de independencia tan anti-monárquica como anti-jacobina, heredera, en ese sentido, de un imaginario siempre reacio a las distinciones propuestas por los temperamen-

1. "Montagnards", en F. Furet y M. Ozouf, *A Critical Dictionary of the French Revolution*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1989.

tos de imaginación viva, por los espíritus rebeldes y por los amigos de la libertad. La resolución de esta dificultad para el caso argentino, la identificación de la izquierda en la Argentina o, si la hubiera, de una izquierda argentina, es la primera de las tareas que se propone un volumen cuidadoso e inteligentemente editado por Javier Trímboli: *La izquierda en la Argentina*.²

La izquierda argentina de la que se ocupan Trímboli y sus entrevistados es la izquierda de la posguerra y el posperonismo. Se trata de una izquierda impaciente, radical y optimista, incómoda en su posición minoritaria y crítica tanto de la timidez como del elitismo de sus antecedentes socialistas y comunista de la primera mitad del siglo.

La izquierda que abrazó esta vocación se enfrentó entonces con dos dilemas, que dieron lugar a otros tantos posibles equívocos. El primer dilema, referido por Horacio González en su recuerdo de John William Cooke (pág. 88), consistió en determinar si la izquierda "coincide con su nombre", es decir, si los hechos sociales y políticos cuyas consecuencias previsibles eran de izquierda podían o no alentarse utilizando los vocabularios políticos tradicionalmente asociados con la izquierda, si adoptar una posición de izquierda requería o no apartarse de la retórica, sino del programa, del marxismo. En estrecha asociación con el primero, el segundo dilema consistió en determinar si el nombre de la izquierda en la Argentina era el del peronismo, si producir transformaciones sociales radicales en el país no requería, en principio, aceptar y luego develar la verdad que encerraba la devoción de las masas obreras por el líder exiliado. Después de Ezeiza, de la expulsión de Montoneros de la Plaza, de la posición de Isabel Perón en la línea de sucesión, después de López Rega, es difícil objetar la sentencia de León Rozitchner sobre el proyecto del peronismo revolucionario: "Era una fantasía loca de la izquierda entrista (...) pensar que con la masa peronista y con la figura de Perón y Evita como modelos se podía llegar a la Revolución" (pág. 187). Tan

difícil como pensar el entusiasmo que acompañó el crecimiento del peronismo revolucionario, y que llevó por primera vez a una izquierda argentina a ocupar posiciones clave en el aparato de gobierno, *sin* la confianza depositada en las masas peronistas y en las figuras de Perón y Evita. Son el recuerdo de estos años (de esplendor, según Caparrós, págs. 56 y 57) y la persistente soledad de las izquierdas que resistieron el canto de la sirena populista, los que a pesar del estruendoso fracaso del peronismo revolucionario continuaron alimentando y alimentan la sospecha de que tampoco hoy en la Argentina la izquierda coin-



cide con su nombre. Apostar a esta incongruencia estimula la observación e imaginación críticas de la izquierda y la saludable predisposición a escuchar las verdades encerradas en las prácticas imprevisibles para los corolarios de las teorías de la izquierda e incluso contrarias a ellos. Esta apuesta y esta predisposición constituyen valiosos legados de algunas de las experiencias de las que se ocupan las entrevistas de Trímboli.

Ahora bien, si en la Argentina los hechos de izquierda, los avances en términos de la conjunción entre libertad e igualdad, no coinciden con los nombres de izquierda, los programas y las insignias que identifican a los revoltosos y a los impacientes, ¿qué motivo habría para conservar la distinción entre izquierda y derecha? Aceptar la tesis de la incongruencia entre los hechos y los nombres de la izquierda lleva a compartir la convicción de Carlos Altamirano de que "(...) el esquema izquierda-derecha no fue nunca un esquema adecuado para interpretar la división política en la Argentina" (pág. 26). En efecto, si bien puede objetarse que la división política fundamental en los setenta sí resultaba adecuada a un esquema izquierda-derecha, esta adecuación tuvo lugar

precisamente cuando la mayoría en la izquierda adhería equívocamente a ella a través del peronismo. Y sin embargo, descartar por inadecuada e incongruente la distinción entre izquierda y derecha, limitarse a los clivajes fundamentales que ofrece el proceso político argentino, parecería condenar a la imaginación política a los impulsos conservadores, anti igualitarios y anti libertarios, de sus tradiciones dominantes.

Esta confianza en la capacidad innovadora de las intervenciones políticas realizadas desde la izquierda contrasta con la magra cosecha de la historia de las intervenciones que efec-

tivamente tuvieron lugar en nuestro país desde esta posición (tanto desde las izquierdas con nombre propio como desde las izquierdas visitantes de las grandes corrientes políticas nacionales). Las revisiones teóricas requeridas para una refundación de la izquierda es otro de los temas organizadores de estas ocho conversaciones.

Aunque todos los entrevistados coinciden tanto en la necesidad de esta revisión como en la insuficiencia de los balances realizados hasta ahora, puede establecerse una primera distinción entre ellos en términos de su relación con el marxismo revolucionario como clave de identificación política. Altamirano, de Ipola y Sarlo lo consideran agotado. González propone recolocar a los grandes textos de la tradición marxista en el siglo XIX que los prohibió, pero no con el propósito de confinarlos a su contexto sino como condición de recuperarlos para el presente. Se trataría, en cualquier caso, de la reanimación de un corpus

2. *La Izquierda en la Argentina*, conversaciones de Javier Trímboli con Carlos Altamirano, Martín Caparrós, Horacio González, Eduardo Grüner, Emilio de Ipola, León Rozitchner, Beatriz Sarlo y Horacio Tarcus, Manantial, Buenos Aires, 1998.

que hoy sólo alcanza a producir formas retóricas carentes de "peso ontológico" y que luego son apropiadas por otros sujetos (págs. 90-93). En cambio, para Grüner, Tarcus, y, menos claramente, para Rozitchner, el derrumbe de los estados leninistas no alcanza a resultar en un cambio de época. Grüner considera al marxismo como un "modo de producir conocimiento" que continúa constituyendo "el gran horizonte teórico de nuestra época" (págs. 123-124). Este modo de producir conocimiento es, fundamentalmente, una crítica del capitalismo. Paradójicamente, la supervivencia de este sistema y sus inequidades justifican la actualidad del universo teórico que procura su transformación. Puesto que la configuración económica del capitalismo ha cambiado, la tarea fundamental para la revisión de las herramientas teóricas de la izquierda consiste, para Grüner, en la adaptación de la teoría marxista del valor y la consecuente redefinición del proletariado como sujeto revolucionario. Tarcus inscribe la anunciada crisis contemporánea del marxismo en el marco de una historia de similares anuncios que comienza en 1898. Dicha crisis no resultaría tanto del derrumbe de los así llamados socialismos reales sino del fracaso de las apuestas políticas de los intelectuales marxistas. Tarcus extiende este argumento de Perry Anderson al caso de los intelectuales argentinos que abjuraron del marxismo, a quienes reprocha su falta de "voluntad de disentir" y de "heterodoxia", su inclinación a ir "siempre donde iba la corriente" (pág. 266). Aunque insuficiente para producir una crisis terminal del marxismo, la caída de los socialismos reales sí ha redundado en el descrédito del socialismo como proyecto. La revitalización del potencial emancipatorio del marxismo requeriría entonces de la reposición de la dimensión utópica objetada por los fundadores de la tradición.

Altamirano y Sarlo justifican su pesimismo respecto de la vigencia del marxismo precisamente a partir de la idea de la crisis de los pensamientos edificados sobre la confianza en la existencia de una meta (tópica o utópica) y en la marcha ineluctable del

proceso histórico hacia ella. El debilitamiento de la idea de "revolución" como objetivo de la acción socialista, constituye también el núcleo de la crítica de De Ipola a las versiones oficiales del marxismo. La revitalización de una política de izquierda requiere, para estos tres entrevistados, de la renuncia a reeditar la dimensión profética de los discursos marxistas revolucionarios y de la aceptación de las capacidades limitadas del conocimiento y la voluntad como guías de la acción política. Las ideas de justicia, para Altamirano, y de extensión y profundización de la democracia, para De Ipola, constituyen las brújulas que deberían guiar los movimientos de las izquierdas contemporáneas.

Adoptar una posición en el diferendo entre estos entrevistados respecto del marxismo como clave de identificación política resulta extraordinariamente difícil para quienes hemos tenido un contacto exclusivamente libresco y académico con esta tradición (por este, y otros motivos, el lector lamentará que el editor del volumen, quien sí ha tenido un contacto vital con el marxismo, no haya extendido sus oportunas intervenciones en las entrevistas en un texto introductorio o un capítulo final). No ha resultado más sencilla para los protagonistas del diferendo, quienes probablemente como resultado de diferencias previas al balance sobre el marxismo que hoy los separa, han confrontado sus argumentos muy infrecuentemente en los últimos años.

A pesar de esta dificultad, pueden formularse algunas observaciones sobre la vigencia del marxismo como teoría de la acción. En este sentido, los argumentos expuestos en la entrevista por Grüner no resultan suficientes para justificar su confianza en las capacidades analíticas del marxismo como crítica del sistema capitalista. De las reformulaciones de la teoría del valor y de la teoría del sujeto revolucionario podría resultar un programa de acción que sólo tuviera con la obra de Marx un lejano y abstracto parentesco epistemológico; a saber: la idea de que el ser social determina a la conciencia y no a la inversa. Más persuasivo resulta el programa de Tarcus, el que

agrega a la necesidad de reponer una dimensión utópica en el proyecto marxista, la de resolver el problema de la construcción de un poder alternativo que no reproduzca especularmente las estructuras de poder que se desean reemplazar y la de redefinir las formas institucionales de la acción de izquierda, especialmente el modelo leninista de partido.

No obstante, ni Tarcus, ni Grüner, ni Rozitchner terminan de recoger el guante de las objeciones al determinismo y al proyecto revolucionario formuladas por Altamirano, Sarlo o de Ipola (que es también el guante de la erosión de los partidos socialistas y comunistas, no solamente en Europa Central y del Este, sino también en la Europa Mediterránea). Podemos, sin embargo, preguntarnos, si una crítica radical de las desigualdades y subordinaciones existentes puede prescindir de una gramática (ya que no una teoría) de la historia, esto es de lo que González llama la "revelación del misterio" (pág. 91). La economía neoclásica constituye la gramática dominante de nuestra época y es cuestionable que esta dominación pueda minarse desde la izquierda sin la disposición de un dispositivo teórico de generalidad y potencia comparables.

Por otro lado, la distancia entre las promesas democráticas de los 80 y las realidades democráticas de los 90, debiera extender la revisión de los materiales de la izquierda más allá de las insuficiencias del marxismo y dentro de la todavía inexplorada genealogía del resurgimiento del ideal democrático de fin del siglo XX. No es necesario compartir el diagnóstico extraordinariamente pesimista de Rozitchner (la democracia es una tregua entre guerras en la que la subordinación económica sostenida en el terror reemplaza al sometimiento físico y a la violencia), ni negar el extraordinario valor de la reconquista de las libertades civiles y del sufragio para revisar, distinguiendo los impulsos igualitarios y libertarios de las inclinaciones conservadoras, tanto en el mestizaje de tradiciones como en la configuración de fuerzas históricas de las que ha resultado esta democracia argentina de fin de siglo.

Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina

Jorge Myers



El siglo veinte fue excepcionalmente rico en experiencias y decepciones, que han sido interpretadas y reinterpretadas según la situación ideológica, geográfica y temporal de cada testigo. La requisitoria de cada autor refleja su diferente origen de partido, de creencia ideológica o de comunidad afectiva, y en consecuencia los amigos y los enemigos, los buenos y los malos, los triunfos y los fracasos son analógicamente diferentes en cada relato. En todos ellos, sin embargo, la fuerza de los hechos tiende a unificar las perspectivas en torno a tres grandes cuestiones: que el siglo veinte fue la era de las guerras universales, la era de

los extremos, y, finalmente, la era del colapso o eclipse del "orden liberal". Si han sido extremadamente acris las disputas en torno al significado de aquellas guerras o en torno a cuáles movimientos o partidos debían integrar la nómina precisa de "los extremismos" (para la mayoría de los intérpretes el fascismo, el nacionalismo integralista y el comunismo son los ejemplos más evidentes), la noción de una crisis profunda del orden liberal no lo ha sido tanto. Sería muy raro encontrar un autor que defendiera al siglo veinte como el del liberalismo triunfante y más raro aun alguno que negara la realidad de su eclipse, al me-

nos durante la primera mitad del siglo. En general —salvo algunos casos aislados de provincianismo norteamericano— la imagen prevaleciente corresponde a la descripción formulada alguna vez por Judith Shklar, quien consideraba que en el siglo veinte el único liberalismo viable era un liberalismo acechado —un liberalismo que por ello mismo debía aceptar una existencia restringida a los estrechos límites del "liberalismo del temor", es decir, de una última valla protectora ante las atrocidades del siglo.

Esta visión parece animar también, desde su propio título, el último libro de Natalio Botana, *El siglo de la libertad y el miedo*.¹ Aunque no menciona las formulaciones de Shklar, la lógica que preside su reconstrucción de la historia ideológica del siglo veinte corre por carriles paralelos: el liberalismo como corriente de ideas y el liberalismo como sistema de vida —como orden— habrían estado permanentemente acechados a lo largo del siglo, pautándolo con su ritmo de ocaso y recuperación. El relato de Botana se desarrolla según criterios en gran medida convencionales. En sus páginas, la primera guerra mundial marca el quiebre definitivo del antiguo orden civilizatorio cuyo signo dominante fue la búsqueda de una fórmula que garantizara la legitimidad política y el respeto —correlativo— de las liberta-

1. Natalio Botana, *El siglo de la libertad y el miedo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

des individuales. Mientras que los contenidos y los alcances del orden político liberal habrían experimentado un permanente —aunque lento y difícil— perfeccionamiento durante todo el siglo diecinueve, que parecía a punto de desembocar en el maridaje definitivo —evocando la clásica antinomia tocquevilleana— de la libertad con la democracia, esa progresión hacia una sociedad menos truculenta que las del pasado conoció una interrupción brusca como consecuencia de la Gran Guerra. De 1914 en adelante, el escenario político de una mayoría de los países de la zona atlántica habría pasado a estar dominado por extremismos de distinto signo, socavándose, en aras de la utopía redentora del proletariado tanto como de aquella de las naciones integrales, el fundamento de la legitimidad política hasta dejar esas sociedades inermes ante tiranías más mortíferas y totalizadoras que cualquiera conocida en el pasado. En ese mundo tenebroso de entreguerras, cuya violencia y horror se condensa para Botana en los recuerdos conmovedoramente evocados de la Guerra Civil Española, aparecen sólo esporádicos destellos de esperanza, radicados en la voluntad de moderación de algunos pocos hombres de estado como Manuel Azaña o Léon Blum, o el financiero Walther Rathenau. Ese panorama de disolución —de las libertades públicas, del pacto de convivencia que fundaba a las sociedades políticas, de la tolerancia y aun de la cortesía hacia las opiniones contrarias— no tocaría su fin en los países de Europa antes de alcanzada aquella dolorosa catarsis librada por una segunda guerra mundial abismada por la Shoah. Recién entonces podría comenzar la tarea lenta y difícil de reconstrucción de la legitimidad perdida, cuya paradójica condición de posibilidad resultaría ser el temor mutuo de las dos superpotencias que se repartieron el dominio del globo —la Unión Soviética y los Estados Unidos. En ese mundo hobbesiano de la guerra sin fin, el pragmatismo, la moderación, y sobre todo la *cordura* pudieron “volver por su cauce” y presidir esa ardua faena de la constitución de la paz y de la libertad bajo la forma de instituciones estables.

Si en los Estados Unidos, donde a juicio de Botana la libertad habría sobrevivido en gran medida incólume (empañada únicamente por los años de persecución del maccartismo), ese proceso apenas tendría lugar, en Europa en cambio, la creación del Mercado Común y a la postre de la Comunidad Europea, más la gradual redemocratización de casi todos los estados de su territorio, marcaría el momento más logrado de este renacimiento de los ideales, de las prácticas y de las instituciones de la libertad. Si aquí también los héroes históricos son los líderes de la moderación —Adenauer más que De Gaulle, Alcide de Gasperi más que Attlee—, el proceso de recuperación pudo contar con el importante aporte de cambios ideológicos significativos que tendieron a expandir el ámbito moderado en desmedro de los extremos. La iglesia católica habría abandonado definitivamente el extremismo antidemocrático e integrista de la etapa transcurrida entre la Revolución francesa y el pontificado de Pío XII, los fascismos y nacionalismos integristas habrían sido barridos del mapa por efecto de la Segunda Guerra, y los partidos socialistas —a partir de las decisiones de Bad Godesberg— habrían adaptado sus programas a la *via media* implícita en el simultáneo abandono de Marx y la aceptación de la legitimidad del mundo capitalista. Botana no manifiesta sin embargo ninguna ilusión acerca del alcance extremadamente limitado de esta transformación, tanto en el plano institucional cuanto en el geográfico. Las nuevas formas de la soberanía supranacionales son para él aún sumamente endebles y ambiguas, y reposan por supuesto sobre realidades geopolíticas que relevan más del ámbito de la *Realpolitik*, de la amenaza y del uso del poder en su estado puro —realidades que durante la Guerra Fría equivalían a la política de las dos superpotencias, y que hoy se resumen en una sola. Si la libertad, por otra parte, ha recuperado sus antiguos fueros en el continente europeo, en Norteamérica y en algunas otras (poquísimas) regiones, la historia de los otros dos tercios del globo ha seguido estando en gran medida supeditada a las líneas de con-

flicto, a los procesos de disolución y deterioro civilizatorio, iniciados por el “suicidio de los bárbaros” de 1914. No sólo prosigue la guerra permanente, tanto bajo su faz ideológica como bajo la más común últimamente de metro regocijo de carniceros; también los genocidios —de los tutsi ruandeses, de bosnios musulmanes, de kurdos y armenios, de camboyanos, de los olvidados hmong de Laos— dejan su triste marca en las vidas y en las esperanzas de estas zonas menos afortunadas del planeta. El relato de Botana parece por momentos tensarse en este contrapunto entre el salvajismo del mundo pre o posliberal y aquel otro de un orden liberal restaurado y expandido, y amaga con formular aquellas duras preguntas que puedan develar su acerada complejidad; sin embargo, tiende a contenerse en una posición de triste y elegante escepticismo —aunque quizás el término más apropiado sería, ya que Botana no es un escéptico en cuanto a su firme creencia en la necesidad de la libertad y de la moderación políticas, *el desencanto* de quien ha vivido la época más abyecta de la historia mundial, y de nuestra propia pequeña historia rioplatense y argentina. En este sentido, el escepticismo de Botana es semejante al de Judith Shklar, en tanto revela una conciencia demasiado clara de la fragilidad de los movimientos históricos como para poder otorgar alguna confianza a los pronósticos de un triunfo definitivo de los valores del liberalismo democrático.

En ese esquema que opone un mundo sumido en la noche de la guerra a otro que comienza a emerger a la plena luz de la libertad y de la moderación, la Argentina, aunque como los demás países de América latina ocupa un espacio ambiguo, está más cerca del primero que del segundo. El relato de Botana adquiere mayor originalidad cuando pasa a reflexionar sobre esta cuestión, pudiéndose decir incluso que ensaya una interpretación general de la historia de la libertad política en la Argentina del siglo veinte, cuyo interés radica no sólo en sus conclusiones explícitas, sino también en los presupuestos implícitos que subyacen y que revelan características per-

durables de "la tradición liberal" local. Esta interpretación ubica su punto de partida en el período que la mayoría de los historiadores han identificado como "liberal", cuya delimitación cronológica correspondería en su versión larga a 1852-1930 y en su versión corta a 1862 ó 1880-1912 ó 1916 (y que para Botana parece abarcar 1862-1930). Desde esta perspectiva los furios del siglo habrían producido aquí, al igual que en Europa, una ruptura en la línea atendible de desarrollo, cuya consecuencia más directa debió ser la entronización del conflicto ideológico sin cuartel, del autoritarismo y —finalmente— del asesinato de masas. Si hasta 1930, pudo llegar a pensarse que la Argentina iba camino a unir la libertad consagrada en la constitución de 1853 con una participación política democrática de toda la ciudadanía, la ruptura institucional de 1930, con su secuela de dictaduras y regímenes semi-democráticos y falaces, llevó a socavar las bases mismas de la legitimidad política local. Entre esa fecha y la actualidad, una plena legitimidad nunca habría logrado restablecerse, si bien la experiencia transcurrida entre 1983 y el presente es la que más se acerca a ese ideal. Para Botana, esa pérdida de legitimidad institucional, esa disolución del orden liberal trabajosamente edificado en décadas anteriores, respondió por una parte a la incorporación algo gratuita (a sus ojos) de la Argentina al proceso histórico que entonces vivían las naciones europeas, y por otra a la cuestión irresuelta de la sucesión política que empalmaba con nuestro principal problema político, la voluntad hegemónica de gobernantes y partidos. Si la primera razón parece poco convincente precisamente por la liviandad de las premisas que invoca, la segunda puede apoyarse en un abundante muestrario de datos empíricos recogidos de nuestra historia contemporánea y moderna. No es un hecho demasiado halagador para la propia vanidad que tan sólo en dos ocasiones haya podido tener lugar en la historia política argentina de este siglo, un traspaso pacífico del mando de un gobernante de un partido al de otro: en 1916, de un presidente conservador a otro radical, y en

1989, la muy traumática de uno radical a otro peronista. Más aún, los únicos dos presidentes en el último medio siglo que lograron terminar su mandato fueron precisamente aquellos que por su gran concentración de poder político, pudieron aspirar exitosamente a una reelección consecutiva: Juan Domingo Perón y Carlos Saúl Menem. Sobre la base de hechos comprobados como éstos, su relato aplica un esquema de caída y restauración a la historia de la libertad y la democracia locales que reproduce a destiempo el proceso europeo, que se inicia en 1930 (aunque presentado ya en los años de gobierno radical, en tanto ellos también manifestaron aquella voluntad hegemónica señalada por Botana) y que cierra tentativamente en 1983, después de nuestro propio sórdido y brutal remedo del Holocausto europeo.

Junto con la "ilegitimidad", aquello que organiza el relato botaniano es la crítica dirigida contra los "extremismos". En la Argentina del ocaso liberal, el extremismo de izquierda y de derecha —distinto en sus ideales específicos pero igual en su estructura a aquellos de la Europa de entreguerras— llegaría a conquistar, en sucesivas etapas, una amplia hegemonía de todo el espacio político. En los años treinta y cuarenta, el espacio que le restaba a los moderados habría comenzado a estrecharse cada vez más, hasta quedar virtualmente anulado en los años que siguieron al primer gobierno de Perón. Motorizado por las usinas ideológicas renovadas al amparo de la Guerra Fría, cuyo traslado al continente americano habría sido una consecuencia directa de la Revolución cubana y el ascenso del modelo castrista o guevarista de guerra revolucionaria, ese extremismo —comunista y anticomunista, peronista y antiperonista, marxista y nacionalista o católico integrista— dominaría el panorama argentino durante dos décadas hasta desembocar en la hoguera del Proceso con su saldo de 15 a 30 mil desaparecidos. El florecimiento de los extremos constituye de este modo la contracara por así decirlo "natural" del colapso del orden liberal-democrático. Más aún, aquello que emerge con cla-

ridad es que para Botana ese extremo mismo, en vez de producirlo, halló su condición de posibilidad en el colapso del orden liberal-democrático. La ruptura del pacto liberal produciría el desplazamiento hacia los extremos, y no viceversa. Es por este mismo motivo, que la perspectiva teórica que parece subternder todo el análisis político de este ensayo permanece aferrada a aquello que podríamos legítimamente denominar la consideración mecánica del poder político. La interpretación ensayada por Botana rezuma por momentos cierto aire "whig" de satisfacción con la marcha reciente de las cosas, de convencimiento íntimo de la superioridad incontestable del orden liberal con el que se identifica —"whiggismo" reforzado además por las omisiones u olvidos que afectan su representación de las sociedades y de los movimientos políticos que opta por elogiar—; pero no lo es ni en su concepción más profunda de la historia ni en su noción de la inevitable fragilidad de las cosas. Es en este punto que aparece el aspecto central del pensamiento liberal de Botana, su principal aporte a la esporádica tradición liberal argentina: el convencimiento de que la palanca del cambio político y social, el dispositivo que permitirá garantizar y consolidar el orden liberal y conjurar las furias de los extremos, es una máquina institucional bien dispuesta. Botana muestra ser esa *rara avis* en nuestro medio, un liberal madisoniano, convencido de la prioridad de los ordenamientos institucionales en el logro de tal o cual resultado histórico.

Es en este punto que aparece la duda central que plantea este libro: ¿alguna vez existió realmente un "momento liberal" en la Argentina que pueda ser recuperado por medio de un ordenamiento institucional adecuado? ¿La mecánica institucional que garantizaba el buen funcionamiento de la máquina constitucional, y que permitió el paso de un orden oligárquico a otro democrático sin mayor efusión de sangre, correspondía realmente a lo que comúnmente se entiende por "liberalismo" o por "sistema de libertad"? Todo parecería indicar que, en el plano de las prácticas si no en el de

los discursos o de los lenguajes políticos, aquello que la mayoría de los historiadores y ensayistas siguen pensando como un "siglo diecinueve liberal" ha tenido muy poco que ver con el liberalismo en cualquiera de sus acepciones más estrictas. Esta es una cuestión extremadamente compleja, ya que efectivamente es cierto por un lado que el liberalismo no ha sido uno solo, sino muchos, y por otro que sus principios organizativos han tendido a configurar corrientes de pensamiento y de acción no sólo radicalmente distintas sino en muchos casos directamente contrapuestas. A grandes rasgos, hay sólo dos formas de resolverla: o existe una matriz conceptual "auténtica" para medir los liberalismos putativos del mundo, o cada movimiento que se haya arrogado el título alguna vez de "liberal" debe ser considerado como una variante legítima. Ninguna de estas soluciones satisface, ya que la primera —más acorde con la visión del liberalismo inglés clásico, de tradición "whig", que tendía a confundir la identidad liberal con la identidad nacional inglesa— presupone aquello que en las doctrinas políticas nunca se da realmente, la existencia de un modelo "ortodoxo", de una verdad doctrinaria, que sirva de regla exacta para medir las "desviaciones"; mientras que la segunda permitiría vincular como miembros de una misma familia ideológica a Vladimir Zhirinovski y Alvaro Alsogaray, a Harold Laski y Porfirio Díaz, a Sergio Berlusconi y Robert La Follette. En la Argentina, esta cuestión se ha visto empañada aún más por el hecho de que los relatos prevalecientes durante mucho tiempo acerca del largo siglo diecinueve tendieron a reforzar —desde el integrista católico o desde el nacionalismo tanto como desde la izquierda marxista— la versión negativa de una era "liberal" marcada esencialmente por el individualismo desenfrenado, por la presencia indisputada de una economía de mercado sin trabas, por el predominio de unas libertades públicas que proclamadas para todos eran en los hechos propiedad real de tan sólo unos pocos, etc. La pregunta permanece abierta sin embargo: ¿fue alguna vez la Argentina una sociedad liberal?

Todo parecería indicar que no; que un "orden liberal" comparable al de los países anglosajones, escandinavos, o aun germanos, o al de situaciones más próximas como la francesa o italiana, nunca ha imperado en la historia argentina, ni siquiera en los momentos de aquel "siglo diecinueve liberal" que más parecerían aproximarse al perfil de aquellas versiones canónicas. La tradición de estado en la Argentina ha sido siempre más fuerte que la de la sociedad civil, y los espacios de autonomía individual y colectiva han estado siempre fuertemente supeditados a la presión de una esfera de lo político férreamente vinculada a lo estatal. Ello no quiere decir que no haya habido períodos en que las libertades públicas, las "garantías individuales" de la tradición de los *idéologues*, han podido expandirse y arraigarse en las prácticas cotidianas de la sociedad: sin duda, la etapa que comienza en 1852 y culmina en los años 30 (y que mantendría una parcial perduración "de arrastre" en las próximas tres décadas) dibuja un periplo ascendente, progresista, de perfeccionamiento de la libertad individual. El grado de movilización cultural y asociativa de los años ochenta, noventa, novecientos, etc., hasta los treinta de este siglo, fue amplísimo, al punto de ser comparable al de aquellos países más claramente situados en la estela del desarrollo "liberal". Pero estuvo ausente durante todos estos años, y quizás siga estándolo aun ahora, un elemento crucial: el de la autonomía de las esferas sociales que constituye el *sine qua non* de cualquier sociedad política de cuño auténticamente liberal. La sociedad en la Argentina del siglo diecinueve, como aquella de nuestro propio siglo, ha tendido a colapsar en el Estado. Ello no debería sorprender, ya que por la estructuración original que configuró las relaciones entre el aparato estatal y la sociedad, la única "palanca" sobre la cual apoyar una voluntad de cambio estuvo colocada en el primero y no en la segunda. Sería contra esta difícil y frustrante aporía que chocarían los reformadores rivadavianos de la década de 1820, quienes aspiraban a hacer que el estado, que los gobiernos, reposa-

ran sobre una sociedad civil y una opinión pública enteramente autónomas, y que sin embargo descubran que primero sería necesario que el propio estado creara esos elementos. Una y otra vez en la historia argentina —con mayor ambigüedad, es cierto, a medida que la sociedad ha ido volviéndose más compleja y más refractaria— los elementos que debían garantizar aquellos valores —de tolerancia, de pluralismo de opiniones, de transparencia en la gestión del poder— que Botana identifica con el legado liberal, debieron ser generados desde el poder mismo. Es por este motivo también que en la tradición liberal argentina, la tradición de discursos e ideas, de corrientes de pensamiento y de propuestas literarias, ha imperado por lo general la ingenuidad, la desesperación o la mala fe. Cuando Alberdi, en su etapa más pura de liberalismo económico, escribió el *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina* (1855), no pudo eludir el hecho de que para lograr su utopía de un estado mínimo, retirado de toda intervención activa en las actividades productivas del país, era necesario primero fortalecer ese mismo estado, ampliar su poder, para así llevar a cabo la transformación que representaba la condición de posibilidad de su eventual achicamiento: el trasplante inmigratorio que, al transformar las bases demográficas de la sociedad argentina, generaría aquel movimiento espontáneo de la sociedad civil y de las fuerzas productivas que permitiría la abdicación del estado. Durante todo el siglo diecinueve, las clásicas libertades del ideario liberal estuvieron notablemente restringidas: la libertad de prensa se amplió progresivamente, pero nunca alcanzó una consolidación tan plena como en otros países (aunque el periplo experimentado por esta libertad en países como los Estados Unidos, donde desde la Primera Guerra Mundial en adelante una censura esporádica y puntual ha pesado sobre toda publicación de "izquierda" o de "extrema derecha", ofrece, al parecer de algunos, una justificación de esta práctica local); la libertad de reunión se amplió y se achicó según los vaivenes de la política facciosa y del "pro-

blema social"; la libertad de expresión siguió sometida a los dictados de una moral pública que alcanzaba resonancia en las esferas del estado, como descubrió muy a su pesar Isadora Duncan cuando se le ocurrió unir en una sola danza la irreverencia sexual y la patriótica; y por supuesto, el hecho de que por la práctica sistemática del fraude la Argentina fuera "un país sin ciudadanos" (como escribió Mansilla), obturaba del panorama local el principal puntal de todas aquellas otras libertades.

¿Por qué es tan central esta cuestión de la presencia o no de algún tipo de autonomía de la sociedad civil para decidir si alguna vez existió realmente en la Argentina un "momento liberal"? Porque si uno acepta que las principales configuraciones ideológicas que integran la familia de los liberalismos son aquellas que derivan de la reflexión en torno a la libertad negativa y la positiva, y en torno a la libertad ante la opinión, la ausencia de una sociedad civil con capacidad de autonomía (o, como ha ocurrido durante este siglo, la presencia de una sociedad civil con una muy reducida capacidad de autonomía, cuyo desenvolvimiento ha estado sistemáticamente entorpecido por las presiones de la política de Estado) implica un escollo en gran medida insuperable para el desarrollo de cualquiera de estos ideales de libertad. La acción individual sin trabas, o con el mínimo de trabas necesarias para una convivencia civilizada, ese ideal libertario por excelencia, evidentemente no puede subsistir donde no existe una sociedad civil autónoma, ya que, en una sociedad de ese tipo, tampoco gozarán de autonomía los individuos (o lo harán únicamente de una forma *de facto*, contra la ley y contra las normas que subtienden la convivencia). Por su parte, el ideal del *Bildung* ciudadano, el desarrollo de la propia libertad como una creación positiva, activa, puede ser que halle su condición de posibilidad precisamente en la existencia de imposiciones disciplinarias originadas en un estado fuerte y republicano que pretenda hacer de sus habitantes, ciudadanos: la educación pública —al menos en sus orígenes y antes del actual

descenso hacia la anomia— estaba íntimamente vinculada con este ideal. Sin embargo, si un estado fuerte puede ser una condición necesaria para la realización de este ideal, lo es también una sociedad civil fuerte, ya que sin espacios de autonomía consolidados, en cuyo interior pueda desplegarse la propia libertad positiva y sea posible *actuar* como ciudadano, ese ideal no puede sino desembocar en su antítesis: en el tipo de república jacobina o totalitaria que le produce escoror a Botana, o en la frustración de un país de ciudadanos privados de un ámbito en el que actuar como tales —una situación demasiado parecida a la que impera hoy en la Argentina como para que merezca mayores comentarios. Finalmente, desde la perspectiva de la tradición que se origina en las preocupaciones de John Stuart Mill, tan clarividente en cuanto a la opresión que puede resultar de una opinión pública intolerante y "prejuiciosa", parecería que en un país como la Argentina, como lo ilustran los recientes vaivenes en torno al tema de la prostitución y del travestismo, resulta irrelevante, ya que es en el plano de las políticas de estado que se sigue produciendo el cercenamiento de las libertades, sin que la opinión pública constituya más que un insumo oblicuo para que las fuerzas que se disputan el control del aparato estatal diriman sus enfrentamientos. La prohibición absoluta, impulsada por el Presidente de la Nación y su partido, decidida por el Jefe de Gobierno de la Ciudad y el suyo, y sancionada con el voto de los aliados frepasistas de este último (salvo honrosas excepciones, como las del bloque socialista y otros legisladores frepasistas y radicales) respondió a demandas que efectivamente poseían cierto peso en la opinión pública ciudadana por razones que poco o nada tenían que ver con ella: la opinión pública sigue siendo ahora, como en el siglo diecinueve y como en la era de los extremos y del ocaso de la libertad en nuestro siglo, el pato de la boda en los juegos que rodean la administración real del poder en la Argentina.

En el plano de las ideas y de los discursos, es cierto sin embargo, que ha existido una importante, aunque

ocasional, tradición liberal, cuyo momento de mayor desarrollo correspondió al auge de las dos generaciones románticas y de aquella que se formó bajo su supervisión, la "del ochenta". Si los tópicos y presupuestos del liberalismo político clásico estuvieron siempre integrados a sistemas de pensamiento que no necesariamente configuraban un ideario "liberal" *stricto sensu*, fuera ello por su eclecticismo o por su voluntad demasiado intensa de comprender la Argentina, los valores asociados con el impulso liberal pudieron arraigar en una concepción de la literatura como la de Juan María Gutiérrez, en versiones de la historia como las de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y José María Ramos Mejía, o en reflexiones sobre el estado, la ley y la sociedad como aquellas desarrolladas por Alberdi, Sarmiento, o —en un plano menos brillante— Luis V. Varela, o José Nicolás Matienzo. En el siglo veinte, y en realidad desde la década del noventa del siglo anterior (o aun desde antes, si uno considera *Conflictos y armonía de las Razas en América* como el texto fundacional de la nueva corriente), el advenimiento, primero, del positivismo —con su énfasis en el determinismo biológico y en la primacía de lo social sobre lo individual y sobre lo político— y de los socialismos y nacionalismos luego, llevaría a que el liberalismo en su acepción más translúcida perdiera espacio en el universo intelectual local, opacándose gradualmente hasta desmoronarse del todo en los años posteriores al golpe del 30. La nómina de "liberales" del siglo veinte es reducida y más bien triste: Joaquín V. González, Emilio Coni, Federico Pinedo (cuya inscripción en esta tradición es compleja), y el susodicho Alvaro Alsogaray. Sería en la izquierda socialista donde mejor perduró la antigua tradición liberal, en autores que al mismo tiempo que apostaban a una superación de las certezas del liberalismo decimonónico, hacían suya la genealogía que conducía de Sarmiento a Juan B. Justo. Al igual que autores ingleses como Stephen Spender (en su etapa comunista), escritores como Aníbal Ponce o Héctor P. Agosti percibirían su propio mar-

xismo como una suerte de perfeccionamiento y superación dialéctica del universo de valores y metas contenidos en la tradición liberal argentina. Esta continuidad desplazada puede quizás verse opacada en el relato de Botana, para quien los autores que acabo de enumerar deberían —de acuerdo al esquema adoptado por él— pertenecer a la tradición de “los extremistas” (aunque es cierto que él no formula ningún juicio explícito al respecto): su existencia problematiza en un grado aún mayor el esquema de Botana, en tanto sugiere que las relaciones ideológicas entre la moderación liberal y sus opuestos no necesariamente estén, en la Argentina, donde han podido estar en otras situaciones o coyunturas nacionales. El hecho es que, en cuanto a los liberales que se reconocieron como tales, la tradición intelectual ha sido en este siglo delgada y entrecortada, pudiéndose aseverar que recién en la obra de Botana reemerge un liberalismo político en el sentido más clásico del término, luego de más o menos treinta años de eclipse.

Esta conclusión se sostiene no obstante en la existencia de otra tradición derivada del tronco liberal, aquella del “neoliberalismo” hoy tan en boga. En la escritura de Alberdi —así como en la de Botana— aparecía por momentos una clara conciencia de la paradoja con que debía lidiar en la Argentina el liberalismo político (y también, dentro de una matriz de interpretación relacionada pero distinta, el económico). No así los políticos, economistas y publicistas agrupados en la corriente “neo-liberal” o “liberista” (para utilizar la terminología tan útil de Jorge Guilherme Merquior), que han tendido a pasar por alto la especificidad de

la estructuración sociopolítica argentina, aplicando un esquema de aspiración universalista cuya simplicidad radica en el olvido de la desprolijidad terca que siempre muestra la realidad concreta. Este liberalismo “empresarial” que aconseja resolver el dilema de la libertad en la Argentina mediante una reducción lisa y llana —una cuasi abolición— del estado ignora la centralidad del estado en esta sociedad, su lugar históricamente elaborado como nexo central de todos los vínculos y redes sociales, y como única “palanca” con capacidad de efectuar cambios. Confundiendo deliberadamente las aspiraciones por una mayor libertad ciudadana con aquella por una mayor libertad de acción económica (elementos que están claramente vinculados, pero no en la forma simplista que este tipo de argumento suele proponer), este movimiento pretende realizar su proyecto empresarial aunque ello implique una desarticulación general de la sociedad. Disolver el estado en la Argentina, lamentablemente, no producirá los efectos benéficos pronosticados, ya que tal proceso se produce necesariamente en el contexto de una sociedad estructurada en torno a la centralidad del estado: los resultados más probables de una política semejante son una progresiva desarticulación de las redes sociales tradicionales, obstaculizadoras de la libertad pero garantes de la cohesión sociocultural, y una intensificación de la política facciosa y de la voluntad hegemónica, en tanto las estructuras de identidad partidaria tenderán a usurpar el rol antes depositado (muy ineficazmente, es cierto) en el estado.

Esta es la aporía de nuestro liberalismo, de nuestra aspiración a una cul-

tura auténticamente liberal que conjure eficazmente el fantasma de los autoritarismos y de la violencia irracional. El intento de fundar esa cultura liberal choca con la centralidad del estado como cemento de todas nuestras relaciones sociales; el intento de remover esa centralidad produce una situación que obtura en un grado aún mayor esa fundación de una cultura cívica liberal. Giramos en el círculo estrecho y asfixiante que nos ha demarcado la historia y en el cual cualquier movimiento hacia delante parece retrotraernos al punto de partida. El marco que debió presidir los interrogantes que creo han sido omitidos del libro de Botana es éste, y es por su ausencia que resulta profundamente insatisfactoria la idea de una mecánica del poder como la que propone Botana. El mecanismo puede efectivamente garantizar el imperio de las garantías individuales, el desarrollo pleno de las libertades públicas, pero debe primero haber sido puesto en marcha. Y ello sólo será posible en el contexto de una estructuración sociopolítica que permita y ampare tal empeño. Botana cifra su creencia en la elogiada voluntad de su sentimiento, y en la experiencia del horror ante cuyos fueros cualquier remedio, por improbable que sea, promete ser mejor que la realidad que tenemos. Sin embargo, esa realidad —sociológica, en el sentido más denso de este término— no puede ser impunemente obviada, y cualquier esfuerzo por fundar esa cultura política liberal cuya bondad todos intuimos, deberá partir primero de una resolución de esta dura, de esta amarga aporía, contra la cual los sentimientos sin duda valen menos que el esfuerzo desengañado de intelección.

PUNTO DE VISTA

Salió el Índice general números 1 a 60, 1978-1998 con índices cronológicos, de autores y temático.

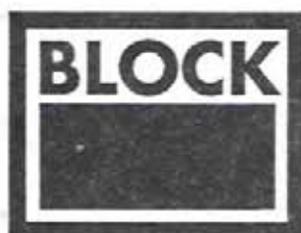
Pídalo en nuestras oficinas, tel.: 4381-7229 o en las librerías Gandhi y Prometeo.

PUNTO DE VISTA

Si usted no tiene todos los números de *Punto de Vista*, ahora puede obtenerlos:

En Buenos Aires: Librería Gandhi, Corrientes 1551 y Librería Prometeo, Corrientes 1916. En Rosario: Librería Logos, Entre Ríos 789 y Librería Homo Sapiens, Sarmiento 646.

En nuestras oficinas: Llámenos por teléfono al 4381-7229 y encargue los números que necesita. O escribanos a: Casilla de correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires.



Revista de cultura de
la arquitectura, la
ciudad y el territorio

Centro de Estudios
de Arquitectura
Contemporánea



NUEVA SOCIEDAD

Director: Heidulf Schmidt
Jefe de Redacción: S. Chejfec

Página digital: www.nuevasoc.org.ve

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 145

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: 267.31.89/265.99.75/265.53.21/266.16.48/265.18.49. Fax: 267.33.97; Correo E.: <nuso@nuevasoc.org.ve> <megonzal@nuevasoc.org.ve>

Números temáticos semestrales

Nº 1 (Septiembre 1997):

Belleza

Nº 2 (Mayo 1998):

Naturaleza

Nº 3 (Noviembre 1998):

Aldo Rossi

Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77 (1428) Buenos Aires
Tel.: 4784-8654 / Fax: 4784-0087

DIARIO DE POESÍA

Nº 49 / Otoño de 1999

Dossier: Paco Urondo

Separata: La noche de Walpurgis de Goethe
Birthday Letters por Ted Hughes
Reportaje a Augusto de Campos

**SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
US\$ 40**

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires



Editores: Ivan Almeida & Cristina Parodi.

Consejo Internacional de Redacción: Jaime Alazraki, Daniel Balderston, Lisa Block de Behar, Umberto Eco, Sigrún Eiríksdóttir, Noé Jitrik, Djelal Kadir, Wladimir Krzysinski, Michel Lafon, Pino Paoloni, Roberto Paoli, Piero Ricci, Hans-G. Ruprecht, Beatriz Sarlo, Sallí Sosnowski, Peier Standish.

Administración:

Borges Center • Aarhus Universitet • Romansk Institut • Niels Juelsgade 84
8200 Aarhus N • Dinamarca • Telephone: 45/86 16 39 72 • Fax: 45/86 16 38 61
e-mail: romivan@hum.aau.dk

Internet: <http://www.hum.aau.dk/Institut/rom/borges/borges.htm>



PUNTO DE VISTA

63 Revista de
cultura
8 \$
Abril 1999

La ciudad de los arquitectos: Silvestri /
Educación, estado y sociedad civil:
Gorelik • Sarlo / Memoria y demo-
cracia: Dalmaroni y Merbilhaá •
Richard / Bernhard, música y metáfo-
ra: Monjeau / Hobsbawm, historiador
socialista: Altamirano / Sobre la izquier-
da: Leiras / Sobre Botana y el liberalis-
mo: Myers Ilustra: Jorge Boccardo